

LA RESPUESTA ES LA ORACIÓN

Autor: Morris Venden

Año: 1988

jesusyyo.com

LA RESPUESTA ES LA ORACIÓN	1
Capítulo 1: El problema con la oración	4
Capítulo 2: Tipos de Oración.....	14
Capítulo 3: ¿Por qué orar?	40
Capítulo 4: Discutiendo con Dios	58
Capítulo 5: La Oración Intercesora	84
Capítulo 6: Condiciones para las Oraciones Contestadas	98
Capítulo 7: Oración y Pecado Acariciado.....	124
Capítulo 8: Oración y Superación	146
Capítulo 9: Oración, Fe, y Promesas.....	162
Capítulo 10: Oración por Sanación	178
Capítulo 11: Persistencia en la Oración.....	217
Capítulo 12: Cuando Dios habla	237
Capítulo 13: Oración y Ayuno.....	254
Capítulo 14: Hágase Tu Voluntad.....	267
Capítulo 15: Oración y Testificación	274
Capítulo 16: Oración y Alabanza	287
Capítulo 17: ¿Por qué las cosas empeoran cuando oramos?	301

CAPÍTULO 1: EL PROBLEMA CON LA ORACIÓN

Mi esposa y yo, tuvimos el privilegio de viajar con el anciano HMS Richards Senior, en el último grupo de viaje que nos llevó a Tierra Santa. Uno de los lugares que visitamos, fue la tumba donde muchos estudiosos creen que fue enterrado Cristo.

Nos turnamos para entrar en la pequeña habitación de piedra, y todavía recuerdo que HMS Richards llegó a la puerta, y nos dijo a los que estábamos afuera: "¡No está allí! ¡Está vacío!".

Buda está muerto. Mahoma está muerto. Aún se pueden visitar sus restos. Pero cuando vas a la tumba de Cristo, está vacía. La religión cristiana puede distinguirse de todas las demás religiones del mundo, por el hecho de que afirma adorar a un Dios vivo. No basamos nuestra fe en algún credo, o en una colección de sabiduría escrita hace mucho tiempo. No nos unimos a los adoradores paganos, que se inclinan ante ídolos de madera y piedra. ¡Nuestro Dios está vivo! Como proclama el título del libro de Francis Schaeffer, Él está ahí, y no guarda silencio.

Una vez, cuando era niño, mi barrilete quedó atrapado en un árbol. En mi hora de necesidad, oré para que Dios sacara mi barrilete del árbol. Luego, observé desde abajo, agarrándome de la cuerda, mientras el barrilete se movía suavemente de un lado a otro, entre las ramas del árbol. De repente, se liberó, ileso. ¡Sabía que Dios aceptó mi oración ese día!

Quizás, alguna vez, tuviste una experiencia similar, pero la olvidaste. Sin embargo, incluso el hecho de que algunas respuestas a las oraciones hayan sido olvidadas, es en sí mismo significativo. Debido a que muchas de nuestras oraciones parecen quedar sin respuesta, eso es lo que mejor recordamos.

Por supuesto, como cristianos, se supone que no debemos creer en oraciones sin respuesta, por lo que encontramos todo tipo de razones para explicar nuestra decepción. Decimos: "A veces Dios dice Sí, a veces dice No, y a veces dice que esperemos un rato". O decimos: "Es posible que la respuesta no llegue de la manera que esperamos". A veces decimos: "Dios responderá Sí, a la oración, sólo cuando sea de acuerdo con Su voluntad".

Pero al final, muchos cristianos sospechan un poco del proceso de oración. Han sido defraudados demasiadas

veces. Así que continúan con la rutina de la "oración", pero sus peticiones son tan generales, que nunca pueden estar seguros de si sus oraciones fueron respondidas.

¿Alguna vez has escuchado una oración como la siguiente?

Querido Padre celestial, te pedimos tu presencia aquí con nosotros esta mañana. Danos corazones comprensivos, para que podamos aprender lo que Tú quieres que sepamos. Que estés con los enfermos y afligidos, y con los que no están aquí con nosotros esta mañana. Bendice a los misioneros y colportores en los campos extranjeros. Guía en los asuntos de gobierno. Y por fin, cuando vengas, concédenos, sin pérdida de uno solo, obtener una entrada abundante en tu reino. Porque todo lo pedimos en el nombre de Jesús, Amén.

Ahora dime. Si Dios respondiera esa oración diciendo Sí, ¿qué obtendrías? ¿Cómo sabrías que Él habría respondido?

Pero esto nos lleva a un problema. La oración no siempre funciona como esperamos. A pesar de que afirmamos creer en un Dios que está vivo, un Dios que está ahí, un Dios que es amor, a menudo encontramos que Él

no responde a nuestras oraciones, de ninguna manera que podamos medir.

A veces pido a grupos de cristianos, que indiquen cuántos de ellos pueden recordar una respuesta específica y definitiva a la oración. ¡Es sorprendente cuántos son incapaces de pensar en un solo ejemplo!

Sin embargo, a menudo tenemos miedo de orar de manera más específica, especialmente en público, porque recordamos los momentos en los que parecía que nuestras oraciones no fueron respondidas, y recordamos lo que eso nos hizo por dentro, lo que le hizo a nuestra fe en un Dios de amor. Para evitar que eso vuelva a suceder, hacemos de la oración una rutina, un ritual, un último recurso.

Quizás hayas oído hablar de dos personas, que estaban hablando de la crisis de un amigo. El primero describió todas las cosas que se habían intentado, pero no habían ayudado, y finalmente, dijo: "Parece que no queda nada por hacer más que orar".

A lo que el segundo respondió: "¡Ay! ¿Se ha llegado a eso?"

Sonreímos ante esas historias. Pero las vivimos. Creemos en la oración. Sí, adelante. No hace daño orar por

ello. Pero cuando se trata del resultado final, tenemos mucha más fe en nuestro propio trabajo, que en la obra de Dios para nosotros.

Le damos a nuestros hijos, una dieta estricta de Daniel en el foso de los leones, los dignos hebreos en el horno de fuego, y Moisés cruzando el Mar Rojo, con los egipcios pisándole los talones. Los acostamos con historias de Elías en el monte Carmelo, y de Abraham en el monte Moria, con el cuchillo en la mano levantada. Pero la primera vez, que su fe infantil pone a prueba a Dios, nos entra el miedo.

Mi esposa y yo vivíamos en Glendale, California, cuando nuestros hijos eran pequeños. Hubo incendios forestales cerca y la policía evacuó nuestra área. Obviamente, estábamos preocupados mientras esperábamos el resultado desde una distancia segura, pero los niños dijeron: "No te preocupes papá. Nuestra casa no se quemará. Oramos y le pedimos a Dios que la proteja".

¿Alguna vez te ha pasado algo así? ¿Alguna vez has tenido problemas con el auto, y tus hijos en el asiento trasero dijeron: "¿Por qué no le pedimos a Jesús que encienda el auto"?

¿Alguna vez has perdido algo importante y, después de buscar por todas partes, tus hijos te sugirieron: "Oremos

y pidámosle a Jesús que nos lo encuentre"? Te pone en una situación difícil, ¿no?

Como padre cristiano, no puedes ver claramente la manera de decir: "No te molestes en orar. ¡Eso seguramente no servirá de nada!".

Sin embargo, tampoco puedes encontrar una explicación que satisfaga a tus hijos (y a ti mismo), si la casa se quema, o el auto no arranca, o no encuentras el objeto que falta.

Entonces les dices a los niños: "Tal vez no fue la voluntad de Dios evitar que la casa se quemara, o arrancar el auto". Si eso es cierto, entonces tal vez sería mejor simplemente orar: "Por favor, quédate con nosotros, y ayúdanos". ¡De esa manera, no se notará tanto si no hay respuesta!

Sin embargo, mientras todo esto sucede, te encuentras rogándole a Dios: "Vamos, por favor, responde esta pregunta para los niños. Son demasiado pequeños para...".

¿Para qué? ¿Para descubrir que Dios no es realmente lo que les has dicho que es? ¿Descubrir que la oración realmente no funciona después de todo? ¡Tenemos tanto

miedo de que nuestros hijos hagan preguntas para las que no tenemos respuesta!

Hay otro factor que nos inquieta, cuando se trata de la oración: el pecado. Se nos ha dicho que Dios no escucha a los pecadores. Hemos aprendido que son nuestras iniquidades las que nos separan a nosotros y a Dios, para que Él no nos escuche. Cada vez que consideramos invocarlo en oración, el diablo está presente con una lista actualizada, de razones por las cuales estaríamos desperdiciando el aliento.

El silencio de Dios es uno de nuestros mayores problemas con la oración. Cuando distinguimos entre oración efectiva y oración ineficaz, nos referimos a la oración que produce una respuesta, versus la oración que no produce respuesta. Sabemos que Dios, siendo omnisciente y omnipresente, escucha cada palabra que pronunciamos en oración, o de otra manera. Entonces, cuando hablamos de que Él "escucha" nuestras oraciones, esperamos una respuesta de Su parte. No sólo debe oír, sino que debe actuar en función de lo que oye.

Es cierto que la oración es principalmente para comunicarse, no sólo para obtener respuestas. Pero la comunicación, insiste en una vía de doble sentido. ¿Alguna

vez has estado hablando con alguien, compartiendo algo que era importante para ti, y no has obtenido respuesta? ¿Qué es lo primero que preguntaste? Dijiste: "¿Estás escuchando?". La comunicación eficaz requiere una respuesta.

Por eso, es natural cuando nos comunicamos con Dios, esperar una respuesta. Pero recuerda esto: "Respuesta", puede significar más que simplemente obtener que se concedan tus solicitudes. La respuesta de Dios puede venir de otras formas.

La búsqueda del cristiano, en el estudio de la oración, es definir, y luego experimentar la oración eficaz. Queremos aprender qué marca la diferencia, y cómo evitar la oración que es ineficaz. Queremos estar en contacto con un Dios, que ha prometido no sólo escuchar, sino responder.

Cuando nos preguntamos, por qué la oración no siempre produce la respuesta que buscamos o esperamos, no estamos solos. Consideremos el lamento de Job:

"Respondió Job, y dijo: Aun hoy es amarga mi queja, Pues su mano agrava mis gemidos. ¡Quién me diera saber dónde hallarlo! Yo iría hasta su trono, Expondría ante Él mi causa, Llenaría mi boca de argumentos, Sabría con qué

palabras me replica, Y entendería qué me está diciendo. ¿Contendería conmigo haciendo gala de su fuerza? No, sino que me prestaría atención. Allí el justo podría razonar con Él, Y yo quedaría libre para siempre de mi Juez. Pero, si voy hacia el levante, no está allí, Al poniente, y tampoco lo percibo. Si se manifiesta al norte, no lo diviso, Y si se oculta en el sur, no lo veo". (Job 23:1-9)

David oró: "No calles, oh, Dios; no calles, ni te quedes quieto, oh, Dios". (Salmo 83:1). Incluso para Cristo, cuando estaba en la cruz y experimentando el silencio de Dios, surgió la pregunta: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?". (Marcos 15:24).

Entonces, cuando parezca que Dios no responde a tus oraciones, estás en buena compañía. Sin embargo, ¿es posible que Él anhele responder mucho más de lo que le permitimos? ¿Hay más cosas disponibles, en nuestra comunicación bidireccional con Dios, de lo que la mayoría de nosotros hemos experimentado? ¿Cómo debemos afrontar los momentos en que Dios guarda silencio? ¿Qué nos está diciendo cuando nos "habla" a través de ese mismo silencio? Éstas son preguntas, para las que estamos buscando soluciones. El objetivo de este estudio es aprender más sobre la comunicación con Dios, a través de

la oración, para que podamos aprender a conocerlo mejor, y confiar más en Él.

CAPÍTULO 2: TIPOS DE ORACIÓN

Alguien dijo una vez, que cuando hablamos con Dios, es oración, pero cuando Dios nos habla, es esquizofrenia. ¡En ninguna otra área de la vida, buscamos con tanto entusiasmo una respuesta, y vemos la respuesta con tanta sospecha, cuando la obtenemos! Pero la premisa principal de este libro es que Dios responde. Él no sólo escucha, Él responde.

Eso no significa que Él siempre diga Sí, aunque si estudias detenidamente las oraciones de la Biblia, encontrarás que aquellas en las que la respuesta fue No, son minoría. Con sólo unas pocas excepciones, las oraciones en la Biblia recibieron una respuesta definitiva y positiva, en un tiempo lo suficientemente corto, como para que fuera obvio que Dios había respondido. Así, que, para empezar, aclaremos esto, cuando oras, puedes esperar que Dios responda.

Sin embargo, la respuesta de Dios puede diferir, dependiendo del tipo de oración que ofrezcas. Así que tomemos un tiempo, para examinar los distintos tipos de oración, y el tipo de respuesta que podemos esperar cuando oramos.

Podríamos clasificar la oración, según sus diversas formas, como oración silenciosa, oración privada o secreta, oración pública, oración familiar o grupal, etc. Es cierto que estamos invitados a acercarnos a Dios en oración, tanto en privado como en asociación con otros. Pero hay una mejor manera de pensar en la oración, que simplemente quién está involucrado en hacer la petición.

Comenzaremos con los tipos de oración más comunes y avanzaremos hacia aquellos que son menos conocidos.

ORACIONES DE ARREPENTIMIENTO Y CONFESIÓN

Es a través de una oración de arrepentimiento y confesión, que llegamos a Cristo en primer lugar, admitiendo que somos pecadores, y aceptando Su gracia justificadora. Este es un terreno familiar para la mayoría de los cristianos.

Quizás el ejemplo bíblico más destacado de este tipo de oración sea la oración de David en el Salmo 51. De hecho, a esto se le ha llamado el Salmo Penitencial. David había pecado mucho. Codicia, engaño, adulterio, asesinato. Había añadido un pecado a otro, hasta que finalmente, el profeta Natán fue enviado para detenerlo en

su caída. La entrada de David fue grandiosa, pero también lo fue su arrepentimiento. Nota sus palabras:

Ten misericordia de mí, oh, Dios, conforme a tu misericordia; conforme a la multitud de tus misericordias, borra mis transgresiones. Lávame completamente de mi maldad, y límpiame de mi pecado. Porque reconozco mis transgresiones, y mi pecado está siempre delante de mí. (Salmo 51:1-3).

¿Alguna vez te has encontrado atrapado en una espiral descendente de pecado, incapaz de ver una manera de escapar? Este es el primer paso, que es tan simple que fácilmente podría pasarse por alto. Debes admitir que tienes un problema. Jeremías 3:13 lo dice: "Sólo reconoce tu iniquidad, que has transgredido contra Jehová tu Dios".

David hizo esa confesión, admitiendo que había pecado, y que necesitaba desesperadamente la misericordia y el perdón de Dios. Luego, continuó: "Contra ti, contra ti sólo he pecado, y he hecho este mal a la vista". (versículo 4).

¡Espera un minuto! ¿No había pecado David contra Betsabé? ¿No había pecado contra su marido Urías, y contra su propia familia? ¿No había pecado contra el capitán del ejército, en quien delegaba la responsabilidad

de llevar a cabo sus designios asesinos? ¿No había pecado contra toda la casa de Israel, al no cumplir con su alto llamamiento como rey ungido por Dios, para gobernarlos? Por supuesto que sí.

Pero David reconoció que su primer y mayor pecado, fue contra Dios mismo. Cuando se vio a sí mismo a la luz de su relación con Dios, reconoció lo culpable que era en realidad. Él oró:

Esconde tu rostro de mis pecados, y borra todas mis iniquidades. Crea en mí, un corazón limpio, oh, Dios; y renueva un espíritu recto dentro de mí. No me eches lejos de tu presencia; y no quites de mí, tu santo espíritu. Devuélveme el gozo de tu salvación; y sostenme con tu espíritu libre. (versículos 9-12).

David estaba verdaderamente arrepentido, no sólo por las consecuencias de sus malas acciones, sino principalmente por el dolor que había traído al corazón de Dios. Su arrepentimiento fue sincero y genuino. La Biblia da varios ejemplos de este tipo de oración. Daniel hizo una oración de arrepentimiento y confesión, no sólo por sí mismo, sino en nombre de todo el pueblo de Dios:

Hemos pecado, y hemos cometido iniquidad, y hemos hecho impíamente, y nos hemos rebelado, aun

apartándonos de tus preceptos y de tus juicios; ni hemos escuchado a tus siervos los profetas, que hablaron en tu nombre a nuestros reyes, a nuestros príncipes, y a nuestros padres, y a todo el pueblo de la tierra. Oh, Señor, a ti es la justicia, pero a nosotros la confusión de rostros, como en este día. (Daniel 9:5-7).

Cuando vemos la justicia que pertenece únicamente a Dios, llegamos a vernos a nosotros mismos, bajo una luz verdadera. Sólo entonces, podremos orar con verdadero arrepentimiento y confesión.

Esdras confesó los pecados del pueblo de Israel. Se sintió tan apenado por la maldad de la gente de su tiempo, que dijo: “Cuando oí esto, rasgué mi vestido y mi manto, y me arranqué el pelo de la cabeza y de la barba, y me senté atónito”. (Esdras 9:3). Esdras estaba bastante molesto. Finalmente, a la hora del sacrificio de la tarde, comenzó a orar:

“Oh Dios mío, me avergüenzo y me sonrojo al alzar mi rostro hacia ti, Dios mío: porque nuestras iniquidades han aumentado sobre nuestra cabeza, y nuestra transgresión ha crecido hasta los cielos”. (versículo 6).

Estos son sólo algunos ejemplos, de oraciones de arrepentimiento y confesión en la Biblia.

Cuando acudimos a Dios con nuestras oraciones de arrepentimiento y confesión, como Esdras, podemos sentirnos avergonzados y sonrojados, incluso de acercarnos a Él, en nuestra miserable condición. Como no nos sentimos diferentes, podemos temer que Él, no haya escuchado ni respondido a nuestras peticiones de Su misericordia y perdón. Pero Dios no cumple sus promesas basándose en nuestros sentimientos. Él ya nos ha dado Su Palabra acerca de cuál será Su respuesta, cuando acudamos a Él, en busca de perdón. La respuesta es siempre sí. Inmediatamente.

Jesús lo dijo en Juan 6:37: "Al que a mí viene, no le echo fuera". Cada vez que vamos a Él, siempre, siempre somos aceptados. No importa cuántas veces nos hayamos alejado de Él, cada vez que volvemos y buscamos Su perdón, Él está esperando para aceptarnos una vez más.

Entonces, ¿cuál es la respuesta de Dios a las oraciones de arrepentimiento y confesión? Él nos perdona y nos acepta. Él perdona, y más que eso, nos cubre con Su justicia, para que estemos ante Él, como si nunca hubiéramos pecado.

ORACIONES DE PETICIÓN

Las peticiones son probablemente la forma de oración más común. A veces, convertimos a Dios en Papá Noel. Nuestra vida de oración consiste casi enteramente en pedir y recibir.

Esto no funcionaría, si lo probaras con tus amigos humanos. ¿Cuánto duraría cualquier relación, si cada vez que hablaras con esa persona, le dijeras: "¿Podrías por favor darme esto, y hacer aquello por mí, y cuidar de esto otro?". Quizás fue una reacción contra este tipo de cristianismo, que Calvin Miller escribió en "El Fragmento de Filipenses": "¿Dónde está el que no pide nada, porque ya lo tiene todo?".

Mateo 6:33 lo dice: "Busquen primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas les serán añadidas". Por eso, nuestra primera búsqueda de Dios, siempre debe ser la comunión espiritual, y no las bendiciones temporales.

Sin embargo, la Biblia invita a oraciones de petición. Abraham pidió un hijo. ¿Recibió respuesta? Sí, la recibió. Josué también se centró en el sol: ¡esta vez un sol diferente! También recibió la respuesta que pedía, y el sol se detuvo, mientras terminaba su batalla con el enemigo.

Muchas peticiones de oración bíblica tienen que ver con la sanidad. Mateo 9 habla de Jairo, quien le pidió a Jesús que viniera y sanara a su hija. Cuando llegó Jesús, la hija ya había muerto, pero eso no fue problema para Él. La hija de Jairo le fue devuelta ese mismo día. La mujer siro-fenicia pidió a Jesús que sanara a su hija, que estaba gravemente acosada por un demonio. ¿Recibió una respuesta? Sí. Jesús pareció ignorar su pedido por un tiempo, pero luego le concedió su deseo.

¡La Biblia enseña que las peticiones de oración tienen respuesta! La abrumadora mayoría de las peticiones de oración, que están registradas en la Biblia, no sólo fueron respondidas, sino que fueron contestadas que Sí. Y donde la respuesta fue No, se dio una explicación. Cuando Dios negó la petición de Pablo, acerca de quitar el aguijón de su carne, dijo: "No, mi gracia es suficiente". Cuando negó la petición de Moisés de entrar a la tierra de Canaán, dijo: "No, no puedes entrar a causa de tu pecado. ¡Y no me preguntes más!". Cuando Dios negó la petición de David, acerca de construir un templo en su honor, dijo: "Tú eres un hombre de sangre. Tu hijo lo construirá en su lugar". Generalmente, la negativa se debía a que estaban en juego el honor, la gloria, y la reputación de Dios.

A menudo, había un retraso en la respuesta de Dios a las oraciones bíblicas, pero cuando Su respuesta fue que debía esperar, compensó el retraso con ayuda adicional, para mantener fuerte la fe de la persona, mientras esperaba. Invitó a su pueblo a seguir preguntando, hasta recibir una respuesta definitiva, de una forma u otra.

ORACIONES DE ACCIÓN DE GRACIAS Y ALABANZA

La Biblia está llena de oraciones de acción de gracias y alabanza. Nuestro problema como cristianos, es que muchas veces descuidamos este tipo de oración. Sin embargo, Dios es digno de nuestra alabanza.

¿Recuerdas cuando eras pequeño, y alguien te hacía un favor, o te hacía un regalo? Casi antes de que tuvieras la oportunidad de abrir la boca, tus padres dijeron: "¿Qué se dice?". Esperaban que antes de que pasaran muchos años, recordases decir gracias por tu cuenta, ¡sin que nadie te lo pidiera!

¿Qué tal decirle Gracias, al Creador del universo, que mantiene latiendo tu corazón, y que diariamente te colma de beneficios? ¿Cuánto tiempo ha pasado, desde que te esforzaste especialmente en darle las gracias?

Fue un día maravilloso cuando el Mar Rojo se abrió, y los hijos de Israel pasaron por tierra seca. Alabaron a Dios cantando con estas palabras:

Cantaré al Señor, porque triunfó gloriosamente: arrojó al mar al caballo y a su jinete. El Señor es mi fortaleza y mi canción, y él ha sido mi salvación; él es mi Dios, y le prepararé habitación; el Dios de mi padre, y yo lo exaltaré (Éxodo 15:1-2).

Los israelitas continuaron cantando y alabando las maravillas, que el Señor había realizado para ellos, ese día. Se les animó a mantener ese día en la memoria, a contar la historia de su liberación de Egipto a lo largo de los años venideros, como un recordatorio para sus hijos y los hijos de sus hijos, de las bendiciones y la bondad del Señor para con ellos. Puedes leer uno de esos recuentos en Deuteronomio 26.

Los Salmos están llenos de alabanzas a Dios. El Salmo 50:14 dice: "Ofrezcan a Dios acción de gracias". Salmo 57:9-11 dice: "Te alabaré, oh, Señor, entre los pueblos; te cantaré entre las naciones. Porque grande es hasta los cielos tu misericordia, y hasta las nubes tu verdad. Enaltecido seas, Oh Dios, sobre los cielos: sea tu gloria sobre toda la tierra". Salmo 107:1 dice: "Den gracias al Señor, porque él es

bueno, porque su misericordia permanece para siempre". Y así sucesivamente, y así sucesivamente. Los escritores de los Salmos nunca parecieron cansarse de exaltar el nombre de Dios, y alabarlo por su bondad y misericordia.

Isaías da una oración de alabanza a Dios, que comienza con estas palabras. "Oh Señor, tú eres mi Dios; te exaltaré, alabaré tu nombre; porque has hecho cosas maravillosas, tus consejos de antaño son fidelidad y verdad". (Isaías 25:1). Jeremías lo elogió, diciendo: "¡Ah, Señor Dios! Atrévete, tú hiciste los cielos y la tierra, con tu gran poder y con tu brazo extendido, y nada hay demasiado difícil para ti". (Jeremías 32:17).

Jesús alabó a su Padre, y le agradeció públicamente por escuchar y responder sus oraciones. En la tumba de Lázaro, dijo: "Padre, te doy gracias porque me has oído. Y sabía que siempre me oyes; pero lo dije a causa de la gente que está allí, para que crean que tú me has enviado". (Juan 11:41-42).

Hasta el último libro de la Biblia, el libro de Apocalipsis, se ofrecen continuamente, alabanza y acción de gracias a Dios. Apocalipsis 5:12 dice: "Digno es el Cordero que fue inmolado de recibir poder, riquezas, sabiduría, fortaleza, honra, gloria y bendición". Y en Apocalipsis 19:6, se oye la

voz de la gran multitud, que dice: "Aleluya, porque reina el Señor Dios omnipotente".

Más adelante, examinaremos más detalladamente el tema de la oración y la alabanza, pero por ahora, presta atención a la respuesta de Dios, a las oraciones de alabanza y acción de gracias. ¿Él responde?

Pablo y Silas alabaron a Dios, con cánticos a medianoche, a pesar de que estaban en la cárcel. ¿Recuerdas la historia? ¡Hubo un poderoso terremoto! ¿Te parece bien eso como respuesta? Fue tan dramático, que casi dio miedo. El carcelero tuvo tanto miedo, que estuvo a punto de atravesarse el corazón con su espada, pero los apóstoles le gritaron: "¡No te hagas daño! ¡Estamos todos aquí!". (Hechos 16:28).

En Hechos 4, puedes encontrar la historia de una iglesia que oró, alabando a Dios por Su fuerza y poder, y Dios dijo: "Tienes razón. Aquí tienes un ejemplo". Y nuevamente, hubo un terremoto. ¡Evidentemente, Dios disfruta de los terremotos!

Cuando la gente alaba a Dios y le da gracias, a veces Él responde de manera visible. En otras ocasiones, Su respuesta puede ser el gozo de un corazón que canta.

ORACIÓN POR ORIENTACIÓN

¡Lo que Gedeón no sabía, cuando tomó su vellón y lo dejó afuera durante la noche, era que su acto se publicaría en el extranjero, durante miles de años más! La historia de Gedeón es uno de los ejemplos bíblicos más conocidos, de oración pidiendo guía. Gedeón necesitaba saber con certeza, cuál era la voluntad de Dios para su vida en ese momento, y pidió no sólo una respuesta de Dios, sino una forma particular de respuesta, que Dios consideró adecuada para honrar.

Los tres dignos hebreos, y el propio Daniel, de repente se encontraron en una crisis (ver Daniel 2). Aparentemente, el primer conocimiento que tuvieron sobre la demanda del rey de una interpretación de su sueño olvidado fue cuando los soldados se presentaron en su puerta, para llevarlos a la ejecución. Pidieron tiempo suficiente para consultar a su Dios, y Dios respondió, revelándoles los secretos del rey, por medio de un sueño.

¡A veces, los cristianos inmaduros han superado a Gedeón! Sus oraciones pidiendo guía, se convierten en un conjunto de una señal tras otra, mientras intentan fabricar

métodos para que Dios les comunique Su voluntad. Sin embargo, incluso para Gedeón, esta estructuración particular de la respuesta de Dios fue aparentemente una experiencia única. Mucho más común, en las historias de oración bíblica, es que alguien solicite que Dios le dé una señal, pero luego le deje a Él, determinar cuál debe ser esa señal.

El tema de comprender la guía de Dios es muy importante, y lo he analizado mucho más detalladamente, en el libro “Cómo conocer la voluntad de Dios para tu vida”. Para nuestros propósitos aquí, simplemente subrayaremos un punto. Dios quiere guiar e instruir a su pueblo. Su respuesta a sus oraciones pidiendo guía, puede enviarse de diversas maneras. Puede elegir obrar mediante señales, o mediante Su voluntad, tal como se revela en Su Palabra. Puede comunicarse a través de circunstancias providenciales, o a través de puertas abiertas y cerradas. Puede enviar convicción del Espíritu Santo, para darnos un sentido interno de su voluntad para nosotros, o puede trabajar a través de otros cristianos, para compartir con nosotros el beneficio de su experiencia, sabiduría y comprensión. En la mayoría de los casos, Dios obra a través de varios, o todos estos métodos, de modo que cuando miramos el panorama total, entendemos Su voluntad para

nosotros en una situación dada, debido al peso de la evidencia.

¡Pero Dios responde! No estamos limitados a orar pidiendo guía, y luego tomar decisiones basadas en nuestro propio juicio, conocimiento, y sentido común. Si eso fuera todo lo que se necesitara para tomar una decisión o elección correcta, ¡entonces el ateo no tendría ninguna desventaja, a la hora de elegir el camino correcto! Dios quiere guiar a su pueblo, y estamos seguros al esperar y observar su respuesta. Considera este párrafo del libro Profetas y Reyes:

Los registros de la historia sagrada están escritos no simplemente para que podamos leerlos y maravillarnos, sino para que la misma fe que obró en los siervos de Dios de antaño, pueda obrar en nosotros. De manera no menos marcada, el Señor obrará ahora, dondequiera que haya corazones de fe, para ser canales de Su poder. (PR 175).

ORACIONES DEVOCIONALES

¿Cómo se las arregló Jesús, para pasar tanto tiempo en oración, incluso noches enteras, cuando estaba tan absorto en comunión con su Padre, que se olvidaba de

acostarse? ¿Alguna vez, has tratado de imaginar por qué oró? Veamos los tipos de oración que hemos considerado hasta ahora. Jesús no había necesitado arrepentimiento y confesión, por lo que no oró por eso. Sin embargo, Él presentó muchas peticiones ante el Padre, peticiones para las necesidades que sentía como ser humano, experimentando las debilidades que son comunes a la humanidad. Debe haber dedicado tiempo a la acción de gracias y la alabanza, y se nos dice que buscó guía desde lo alto, de la misma manera que nosotros debemos buscarla, mientras día a día, esperaba que su Padre le diera a conocer los planes para su vida. “El Deseado de Todas las Gentes” nos dice que Jesús no hizo planes para sí mismo, sino que los recibió día a día de su Padre. Puedes leerlo en la página 208:

“El Hijo de Dios fue entregado a la voluntad del Padre, y dependiente de Su poder. Cristo se despojó tan completamente de sí mismo, que no hizo planes para sí mismo. Aceptó los planes de Dios para Él, y día a día, el Padre le reveló Sus planes. Así también debemos depender de Dios, para que nuestras vidas sean el simple resultado de su voluntad”.

Pero no importa cuál sea la naturaleza de las peticiones que Jesús presentó ante el Padre, y no importa con qué frecuencia le devolvió las gracias al Padre por Su amor y cuidado, debe haber pasado la mayor parte de Su tiempo, simplemente hablando. Sabía el secreto de hablar con Dios, como con un Amigo.

¿Y cómo hablamos con los amigos? ¡Simplemente hablamos! Compartimos lo que tenemos en mente. Hablamos de lo que está pasando en nuestras vidas. Contamos cómo nos sentimos, y qué pensamos. Compartimos nuestras preocupaciones, y nuestras alegrías. La comunicación con un amigo va mucho más allá de pedir favores, y expresar agradecimiento por los favores recibidos.

La oración devocional es hablar con Dios como lo harías con un amigo. ¿Alguna vez has probado? ¿Alguna vez has leído un capítulo de "El Deseado de Todas las Gentes", o un pasaje de las Escrituras, y deliberadamente has tratado de ponerte en escena, orando mientras lees, orando por lo que lees? Si es así, has tenido la oportunidad de escuchar la respuesta de Dios. Él guía tus pensamientos. Él te muestra cómo la historia que estás leyendo, se aplica a tu propia vida y necesidades.

Entonces, si alguna vez disminuiste la velocidad lo suficiente, como para permitir que tu alma alcanzara a tu cuerpo, es posible que hayas aprendido el secreto de no apresurarte a trabajar o hacer negocios, una vez que termines tu parte de la conversación. Esperas. Escuchas con tu mente. Muchas personas han descubierto, que Dios guía sus pensamientos de una manera personal y específica, comunicándose con ellos en la tranquilidad de sus propios corazones.

La oración devocional puede ser bidireccional, de una manera aún más emocionante que la habitual petición y respuesta. A medida que disminuimos la velocidad, y nos tomamos el tiempo para comunicarnos con Dios, Él responderá en comunión con nosotros. Él está dispuesto a pasar tanto tiempo en comunión con nosotros, como nosotros estemos dispuestos a pasarlo con Él. Siempre somos nosotros quienes ponemos los límites de la relación. Él nunca lo hace.

"Él nos hablará personalmente de Sus misterios. Nuestros corazones a menudo arderán dentro de nosotros, cuando Él se acerque para comunicarse con nosotros, como lo hizo con Enoc." (DTG 668).

"Podemos ser admitidos en intimidad íntima y comunión con Dios." (DMJ 131).

ORACIÓN DE INTERCESIÓN

La oración intercesora es el único tipo de oración, que Dios se deleita en responder por encima de todas las demás. Es posible que Él no pueda conceder tus peticiones con tanta libertad, cuando buscas Sus bendiciones para ti mismo, porque tu propio egoísmo puede mezclarse en el proceso. Pero cuando oras por los demás, te estás uniendo al gran Intercesor. Jesús oró por los demás, más que por sí mismo (ver El Deseado de todas las gentes, página 379). Él oró por ti. Puedes leer Su oración por ti, en Juan 17. Y a medida que te unas a Él en Su ministerio de intercesión por los demás, de alguna manera, tú mismo te acercarás más a Él.

Moisés intercedió por el pueblo de Israel, una y otra vez. Lo que mejor recordamos es su oración clásica, cuando ofreció su propia vida eterna, por las vidas de las personas, si eso de alguna manera marcaba la diferencia. Este patrón se repitió muchas veces, a lo largo de su viaje desde Egipto hasta Canaán. El pueblo llegaría a una crisis.

Ellos gemirían, se quejarían, y refunfuñarían, y Moisés se arrodillaría en su nombre.

A veces, la gente intenta decir que la oración tiene principalmente valor como catarsis, y que una persona podría recibir el mismo beneficio, descargándose con un amigo o consejero, ¡o tal vez incluso con su perro! Pero una de las evidencias de que la oración funciona, es que cuando oramos por los demás, incluso sin que ellos lo sepan, nuestras oraciones marcan la diferencia.

El tema de la oración intercesora es apasionante, y le dedicaremos un capítulo entero más adelante, pero una vez más, la seguridad de la respuesta de Dios es cierta. En Lucas 11:5-13, donde Jesús dio una parábola sobre la oración intercesora, vemos a alguien que va a medianoche a pedir pan para un amigo. No lo necesitaba para él, ya que su familia había comido y estaba saciada. Pero un amigo había acudido a él, con una necesidad. Y así se mantuvo, incluso ante la aparente negativa, hasta que se accedió a su petición.

La parábola no termina con las necesidades del amigo que quedan desatendidas. El amigo no se acuesta con hambre, aunque sea tarde. Se da pan para afrontar la emergencia. ¡Qué maravillosa seguridad es para nosotros,

que la voluntad de Dios sea bendecir, particularmente, cuando buscamos una bendición para quienes nos rodean!

ORACIÓN DE DIÁLOGO

Finalmente, debemos fijarnos brevemente en el tipo de oración menos común: la oración dialogada. La Biblia registra varias ocasiones, en las que Dios realmente entabló conversación con su pueblo. La mayoría de nosotros, incluso los cristianos, nos sentimos muy incómodos con esta idea de la oración, y, por lo tanto, hemos tenido poca o ninguna experiencia con ella. ¡Quizás incluso la evitemos!

Se diferencia de los otros tipos de oración, en que pide a Dios una respuesta directa, inmediata, y específica al tema que estamos trayendo a Su atención. Se trata menos de pedirle a Dios que actúe, y más de pedirle que nos hable de sus acciones antes de actuar. También permite a Dios, a veces, tomar la iniciativa en el tema de la conversación, o elegir el tema de la conversación por completo.

¡Es casi aterrador considerar la oración de diálogo, aunque sea brevemente! Sin embargo, si queremos ser objetivos al examinar los diversos tipos de oración en la Biblia, debemos incluirla.

Abraham experimentó este tipo de oración, cuando oró por Sodoma (ver Génesis 18 y 19). Finalmente, se dio cuenta de quién había estado cenando, y cuando Dios compartió algunas de sus confidencias con Abraham, acerca de sus planes para Sodoma, ¡Abraham comenzó a replicar! Abraham no eligió el tema de la conversación, sino que Dios lo inició. Seguramente, Dios sabía con qué tipo de material estaba tratando, y sabía cuál sería la respuesta de Abraham. Invitó a Abraham a hablar sobre ello, para poder explicar Sus juicios, y que Abraham pudiera entender.

Moisés realizó este tipo de oración varias veces. En la zarza ardiente, discutió con Dios, acerca de sus calificaciones para ser el líder del movimiento del Éxodo (ver Éxodo 3 y 4). Nuevamente, Dios organizó la entrevista. Moisés estaba ocupándose en sus propios asuntos, allí en la parte trasera de la montaña. No tenía intención de liderar un éxodo de Egipto, sino que estaba ocupado pastoreando ovejas. Para él, el día en la zarza ardiente comenzó igual que cualquier otro día. No se dio cuenta de que Dios lo estaba esperando, buscando una oportunidad para hablar.

Jacob dialogó con Dios en oración, después de pelear con Jesús en el arroyo Jaboc (ver Génesis 32). Después de

la noche de lucha junto al arroyo, cuando amaneció y Jacob se dio cuenta de con quién había estado peleando, entabló conversación con su oponente. Recuerdas la historia. Jesús dijo: "Déjame ir". Pero en lugar de soltarse, Jacob dijo: "¡Espera un momento!". Y se aferró fuerte, negándose a soltarse, negándose a darse por vencido. Elena de White nos dice que fue Cristo mismo, quien le dio a Jacob el valor y la determinación para aguantar, y eso también es una buena noticia. (PVGM 175).

Hay otros ejemplos en la Biblia de este tipo de oración, y tal vez antes de pasar las últimas páginas de la historia de esta tierra, sepamos más sobre ella en nuestros días.

A veces, la gente trata de explicar los milagros y las visitas de los ángeles, las visiones y los sueños de los tiempos bíblicos, diciendo: "Bueno, lo necesitaban más en aquel entonces, pero ahora estamos más iluminados, por lo que Dios no tiene que rebajarse a tales medidas". Pero si entendemos algo acerca de los efectos acumulativos del pecado a lo largo de los años sobre el organismo humano, entonces nos damos cuenta de que necesitamos más las manifestaciones del poder de Dios, que la gente de los tiempos bíblicos.

Y se promete que, en los últimos días, se revivirán las líneas de comunicación más abiertas. Joel habla de tener sueños y ver visiones en el tiempo del fin. Nota también este párrafo de Elena de White:

Aquel que con el dedo divino trazó los límites de Judea, que designó el lugar exacto donde debía levantarse el templo, que elaboró diseños para la iglesia judía, y para el servicio del santuario, ¿dejará a su pueblo, el pueblo elegido, que guarda sus mandamientos, a una experiencia casual, a un accidente, a tropezar en la oscuridad? ¿Aquellos a quienes ha confiado la luz más preciosa, a quienes ha confiado el mensaje del tercer ángel, tendrán menos de su dirección providencial, que su antiguo pueblo? (RH 21 de febrero de 1893).

Dios quiere comunicarse con nosotros, sea cual sea el método que elija. Juan 14:21 lo dice: "Le amaré y me manifestaré a él". Juan 15:15 lo dice: "De ahora en adelante no los llamaré siervos; porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero yo los he llamado amigos." Juan 10:4-5 lo dice: "Él va delante de ellos, y las ovejas lo siguen, porque conocen su voz. Y al extraño no seguirán, sino que huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños.

"Jesús dio estas promesas a sus discípulos, pero la promesa es para nosotros también. "El Deseado de Todas las Gentes", página 669, dice: "Por el Espíritu, el Salvador sería accesible a todos. En este sentido, Él estaría más cerca de ellos, que si no hubiera ascendido a lo alto." Así que, en lugar de esperar tener menos de Su presencia hoy, se nos ha dado la promesa de aún más.

En el libro "El Camino a Cristo", se encuentran estas palabras alentadoras:

"El Señor es muy compasivo y misericordioso. ... Su corazón de amor se conmueve con nuestros dolores, y también con nuestras expresiones de ellos. Cuéntale todo lo que confunde la mente. Nada es demasiado grande para que Él lo soporte, porque Él sostiene los mundos. Él gobierna todos los asuntos del universo. Cualquier cosa que de algún modo concierna a nuestra paz, no es demasiado pequeña para que Él no la note. No hay ningún capítulo en nuestra experiencia, que sea demasiado oscuro para que Él lo lea; no hay perplejidad que le resulte demasiado difícil desentrañar. Ninguna calamidad puede afectar al más pequeño de sus hijos, ninguna ansiedad acosa el alma, ningún gozo alegra, ninguna oración sincera escapa de los labios, que nuestro Padre celestial no

observe, o en la que no se interese inmediatamente. Él sana a los quebrantados de corazón, y venda sus heridas... Las relaciones entre Dios y cada alma son tan distintas y plenas, como si no hubiera otra alma sobre la tierra para compartir Su vigilancia, ni otra alma por quien Él dio a Su amado Hijo". (CC 100).

CAPÍTULO 3: ¿POR QUÉ ORAR?

Brent y Nancy eran amigos del alcalde de su ciudad. Lo conocían personalmente desde hacía varios años, y a menudo, disfrutaban de su compañía en su casa. Cada vez que se postuló para un cargo, ellos colaboraron activamente en sus campañas y votaron por él, en el momento de las elecciones. Distribuyeron folletos, ayudaron con sus reuniones políticas, y compartieron con otros todas las buenas razones que se les ocurrieron, por las que todos deberían votar por su amigo como alcalde de la ciudad. Cada vez que fue reelegido, se sumaron a las celebraciones de la victoria con gran entusiasmo.

Al lado de Brent y Nancy, vivía el viejo señor Perkins. El señor Perkins odiaba al alcalde, y se lo hizo saber a todos. Por todo lo que salía mal en su ciudad, lo culpaba directamente al alcalde. Si el precio de la gasolina subía unos centavos, o si el autobús llegaba tarde, o si el perro del otro lado de la calle perseguía a su gato, el señor Perkins estaba seguro de que era culpa del alcalde. Culpó al alcalde por las raíces de los árboles que bloqueaban sus líneas de alcantarillado, y por las grietas en su calle. ¡Había

votado contra el alcalde en todas las elecciones, y estaba orgulloso de ello!

Le encantaba burlarse de Brent y Nancy, por su amistad con el alcalde. Cuando pasaba junto a ellos en la calle, decía cosas como: «Qué lástima que su amigo el alcalde no pueda hacer algo por la falta de espacios de estacionamiento en la zona alta». O: «Mi cheque de la seguridad social volvió a retrasarse este mes, pero ¿qué puedes esperar, si tu amigo el alcalde intenta manejar las cosas por aquí?».

Una noche, cuando el alcalde fue a cenar a su casa, todos estaban mirando por la ventana delantera. El señor Perkins llegó caminando hacia su casa, vio el coche del alcalde, y se detuvo. Miró el coche, miró hacia la casa, y frunció el ceño. Luego, se acercó al coche del alcalde, y escupió directamente en el reluciente parabrisas.

Brent y Nancy estaban indignados. «Deberías hacer que lo arresten», exclamó Brent.

«Desalojarlo de su casa», sugirió Nancy. «¡Haz que la ciudad convierta su lote en un parque, o algo así! ¿No ves cómo te trata?».

Pero el alcalde no hizo nada.

Entonces, un día empezó a llover. Día tras día, llovía intensa y constantemente. ¡Nunca había llovido tanto en la ciudad! Las calles y los sótanos quedaron inundados. El agua se acumulaba en charcos, en los jardines, y calles. Y todavía seguía lloviendo. Finalmente, la represa se rompió, y la corriente del río se apoderó de las calles. En el barrio donde vivían Brent y Nancy todas las casas fueron arrasadas. Sólo se salvaron sus vidas. Todo lo que poseían se perdió en las aguas de la inundación.

Tan pronto como terminaron las lluvias, y las aguas de la inundación comenzaron a retroceder, se anunció que había fondos disponibles a través de la oficina del alcalde, para aquellos que habían perdido sus hogares en la inundación. En el periódico de la ciudad, se publicó un anuncio de que las solicitudes se recibirían en la oficina del alcalde, y que los fondos se distribuirían entre quienes necesitaran ayuda.

Brent y Nancy se sintieron aliviados. Después de eso, no se preocuparon ni un minuto más. Estaban seguros de que su amigo el alcalde se encargaría de que recibieran el importe total, lo antes posible, para que su casa pudiera ser reconstruida, y pudieran reponer sus posesiones

perdidas. Confiados, llevaron su solicitud al propio alcalde, y la dejaron en sus manos.

Luego, esperaron. Y esperaron. Y esperaron aún más. Pasaron las semanas. «Me pregunto por qué está tardando tanto», dijo Brent un día. «Pensé que seguramente ya habríamos tenido el dinero antes».

«Debe haber alguna buena razón», respondió Nancy. «¿No tenemos suerte de no tener que preocuparnos? ¡Este es un buen momento para ser amigos del alcalde!».

«Estoy seguro de que no me gustaría estar en el lugar del señor Perkins, en este momento», añadió Brent. «Me pregunto si se molestó siquiera en presentar una solicitud».

Pasaron algunas semanas más. Aun así, no recibieron respuesta. Entonces, un día, el periódico publicó un artículo especial sobre las víctimas de las inundaciones, y mostró una foto del Sr. Perkins de pie, frente a su casa recién enmarcada.

Brent y Nancy se apresuraron a ir a su antiguo vecindario, para verlo por sí mismos. Efectivamente, cuando llegaron a su cuadra, allí estaba el Sr. Perkins trabajando en su casa.

Se acercaron adonde estaba trabajando, y lo saludaron.

El Sr. Perkins gruñó: «Si su amigo el alcalde hubiera estado atendiendo su negocio, y hubiera hecho reparar la represa, no estaríamos en este lío. También le tomó bastante tiempo conseguirnos el dinero para reconstruir. Pasó más de una semana antes de que obtuviera el mío».

“¿Cuándo presentaste tu solicitud?”, preguntó Nancy.

«Nunca lo hice», dijo el Sr. Perkins. «El alcalde debería saber quién necesita reconstruir su casa. ¿Para qué necesitaba una solicitud?». Luego, añadió: «Supongo que atendieron tu caso primero, ya que has estado tan enredada con el alcalde todos estos años. ¿Por qué no has comenzado a reconstruir?».

«Aún no hemos recibido nuestro dinero», dijo Brent. «Sin embargo, presentamos nuestra solicitud, y estamos seguros de que hay alguna buena razón por la cual ha habido un retraso».

El señor Perkins miró incrédulo a Brent y Nancy, y viceversa. Entonces, empezó a reír. Todavía se reía cuando Brent y Nancy se alejaron lentamente. Finalmente, se

detuvo el tiempo suficiente para gritarles: «Ahora, ¿no están contentos de ser amigos del alcalde?».

¿Te gustaría ser amigo de este alcalde? ¿Crees que valió la pena poner una «solicitud»? ¿Alguna vez, has descubierto que Dios obra de la misma manera? Veamos algunas referencias bíblicas, que hablan de cómo Dios trata a sus amigos, y a aquellos que no son sus amigos. Jesús dijo:

«Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen; para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace surgir su agua sobre malos y buenos, y hace llover sobre justos e injustos». (Mateo 5:44-45).

Dios podría haber elegido ser selectivo al otorgar Su don de luz. Podría haber decidido trabajar como lo hizo en el momento del Éxodo, cuando durante tres días, el pueblo de Israel tuvo luz en sus viviendas, pero los egipcios estaban en oscuridad. Pero en cambio, la regla general es que el sol y la lluvia se dan por igual a todos, sin importar su bondad o maldad. Podemos concretar, como una especie de axioma o tesis, que Dios da algunas bendiciones tanto a los buenos como a los malos.

Jeremías cuestionó el trato de Dios con los malvados:

«Justo eres tú, oh, Señor, cuando te suplico; sin embargo, déjame hablar contigo de tus juicios: ¿Por qué prospera el camino de los impíos? ¿Por qué se alegran todos los que actúan con tanta traición? Tú los plantaste, y echaron raíces; crecen, y dan fruto”. (Jeremías 12:1-2).

Al parecer, Jeremías no estaba descontento con la respuesta que recibió de Dios para sus propias necesidades, porque le dijo: «Justo eres tú, oh, Señor, cuando te suplico». Pero quería que Dios fuera más cuidadoso con Sus bendiciones, y más rápido con Sus juicios.

David, por otro lado, descubrió no sólo que Dios parecía dispuesto a bendecir a sus enemigos, sino que sus amigos, como el propio David, parecían estar defraudados en el departamento de bendiciones. David descubrió que los malvados recibían bendiciones a lo largo del camino, mientras él sufría pruebas, luchas, y aflicciones. Este descubrimiento casi le hizo perder la fe en Dios:

«Casi había perdido la confianza; mi fe casi había desaparecido, porque tenía celos de los soberbios, cuando veía que a los malvados les iba bien. No sufren dolor; son fuertes y sanos. No sufren como los demás; no tienen los

problemas que otros tienen. Y por eso visten el orgullo como un collar y la violencia como un manto; sus corazones derraman maldad, y sus mentes están ocupadas en planes perversos. Se ríen de los demás y hablan de cosas malas; están orgullosos y hacen planes para oprimir a los demás. Hablan mal de Dios en el cielo, y dan órdenes arrogantes a los hombres en la tierra, de modo que incluso el pueblo de Dios se vuelve hacia ellos, y cree con entusiasmo todo lo que dicen. Dicen: «Dios no lo sabrá; el Altísimo no lo descubrirá». Así son los malvados. Tienen de sobra, y siempre están obteniendo más. ¿Será entonces que en vano me he mantenido puro, y no he cometido pecado? Oh, Dios, me has hecho sufrir todo el día; cada mañana me has castigado”. (Salmo 73:2-14).

De estas Escrituras, se desprende claramente que Dios permite, e incluso envía, bendiciones y prosperidad a quienes desprecian Su misericordia; y también es cierto que incluso aquellos que son sus hijos, que le presentan sus peticiones en oración, a veces descubren que han sido negadas. ¿Tienes problemas con eso? ¡Bienvenido al club! David y Jeremías tuvieron el mismo problema. Lo mismo le pasó a Job. También lo han tenido muchas otras personas piadosas, a lo largo de los siglos.

Pero tengas o no problemas con esta verdad, ¡sigue siendo la verdad! Es otra tesis que podemos encontrar en el estudio de la oración:

Muchas cosas buenas te sucederán, incluso si no oras; y te sucederán muchas cosas malas, incluso si oras.

Los cristianos tienden a creer que las bendiciones de Dios caen sobre ellos debido a su justicia. Pero cuando descubren la verdad acerca de la justicia solo por la fe en Cristo, y se dan cuenta de que es dentro de su relación con Dios, a través de la conexión con Él, que tienen su única esperanza de justicia, cambian su forma de pensar. Luego, deciden que las bendiciones de Dios caen sobre ellos debido a su amistad con Él.

Eso tiene sentido. En nuestra experiencia humana, hemos aprendido que tener amigos en las altas esferas tiene sus beneficios. ¡Puede valer la pena ser «amigo del alcalde»! Esperas más de tus amigos que de extraños o enemigos. Si apelas a alguien que es tu amigo, esperas que se le dé prioridad a tu apelación. Para eso están los amigos, ¿no?

Esperamos que Dios envíe bendiciones a Sus amigos, porque son Sus amigos. Cuando descubrimos, tarde o temprano, que algunas de las bendiciones de Dios caen

sobre Sus enemigos, porque son Sus enemigos, nos confundimos.

Se cuenta la historia del trato amable que Abraham Lincoln dio a sus enemigos. Uno de sus ayudantes quería que fuera más agresivo al luchar contra quienes se le oponían. Él preguntó: «¿Por qué no destruyes a tus enemigos? ¿Por qué siempre tratas de hacerte amigo de ellos?»

A lo que Lincoln respondió: «¿No he destruido a mis enemigos, si se han convertido en mis amigos?»

Regresa al pasaje de las Escrituras que leímos antes, donde Jesús describió cómo Su Padre envía la lluvia sobre justos e injustos. ¿Empezó diciendo qué? «Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen». (Mateo 5:44). ¿Por qué se nos dice que tratemos a nuestros enemigos de esta manera? Para que seamos hijos de nuestro Padre que está en los cielos. En otras palabras, así es Dios. Él derrama bendiciones sobre Sus enemigos, porque son Sus enemigos y le gustaría que se convirtieran en Sus amigos. Él ama tanto a sus enemigos como a sus amigos. Esas son las buenas noticias del evangelio.

¿Cuál es nuestra respuesta a un Dios así? ¿Decimos con David: «¿Es entonces en vano que me he mantenido puro, y no me he comprometido a hacerlo?»? ¡Espera un momento! ¿Somos amigos de Dios sólo por lo que esperamos obtener de Él? Si esa es nuestra única razón para servir a Dios, y tratar de obtener Sus bendiciones para nosotros mismos, entonces, ¿somos realmente Sus amigos?

Volvamos, por un momento, a la parábola de los amigos del alcalde. Si Brent y Nancy fueran realmente amigos del alcalde, ¿estarían dispuestos a esperar su turno, incluso si no fuera «justo», mientras el alcalde hacía todo lo posible para hacerse amigo del Sr. Perkins? ¿Estarían dispuestos a renunciar a sus «derechos» como amigos del alcalde, para que aquellos que estaban dudando, pudieran ver que el alcalde no tenía favoritos?

¿Es posible que tu Amigo, el Dios del universo, necesite el mismo tipo de apoyo de Sus amigos? ¿Es posible que, debido a las acusaciones del enemigo, a veces permita que sus amigos esperen, para que sea evidente para todo el universo, que sus amigos realmente lo aman por sí mismo, y no solo por lo que esperan obtener de él?

Una comprensión del gran conflicto puede explicar muchas de las cosas, que de otro modo seguirían siendo misterios acerca del trato de Dios con su pueblo. Analizaremos esto con más detalle, en el capítulo «¿Por qué las cosas empeoran cuando oramos?».

Sería una tragedia responder «Sí», a la pregunta de David: «¿Es entonces en balde que me he mantenido puro, y no he cometido pecado?» Porque el propósito principal de la oración es la comunicación con Dios. No es para obtener respuestas. Si tu propósito principal en la oración es obtener respuestas, no pasará mucho tiempo antes de que dejes de orar, o tus oraciones se convertirán simplemente en un formalismo, una rutina. Cuando tu propósito principal en la oración es comunicarte con Dios, entonces incluso el aparente silencio de Dios puede llevarte a buscarlo más fervientemente, y al final, acercarte más a Él.

Nota una vez más, que cuando hablamos de «obtener respuestas», estamos hablando de recibir las bendiciones de Dios, no de obtener una respuesta de Él. Moisés no obtuvo la respuesta que buscaba cuando pidió que se le permitiera entrar a la Tierra Prometida. Pero recibió una respuesta. ¿Ves la diferencia?

Pero aquí existe un peligro del que debemos protegernos. Si bien es cierto que nuestro propósito principal no es obtener «cosas» de Dios, también es cierto que hemos sido invitados a pedirle que satisfaga nuestras necesidades, e incluso nuestros deseos. Sería un error sacar la oración del ámbito de la vida práctica y diaria, y espiritualizarla hasta el punto de excluir pedir a Dios cualquiera de las bendiciones que Él ha prometido a quienes la piden.

En su libro “El Fragmento Filipense”, Calvin Miller habla de un hombre que recibió una respuesta dramática a su oración, mientras que, a otros, que oraban por lo mismo, se les negaba. Cuando se le preguntó al hombre por qué su oración fue respondida, y qué aprendió de la experiencia, dio algunas explicaciones filosóficas y altisonantes. Luego, concluyó: «Oh, una cosa más. ¡Siempre es correcto preguntar!».

¡No lo olvides! Siempre es correcto preguntar. Nos han invitado a preguntar. Dios quiere que le preguntemos. Puede que no siempre recibamos lo que esperamos, pero siempre podemos preguntar.

Estamos invitados a orar por todo (Filipenses 4:6). Estamos invitados a orar en todas partes: «No hay tiempo

ni lugar en el que sea inapropiado ofrecer una petición a Dios». (CC 99). Estamos invitados a orar todo el tiempo: «Orad sin cesar». (1 Tesalonicenses 5:17).

Si lees el capítulo sobre la oración en “El Camino a Cristo”, encontrarás una palabra clave que se usa repetidamente. Esta es: deseos. ¿Alguna vez has tenido la idea de que debías orar sólo por tus necesidades? No, Dios se deleita en que nosotros también le presentemos nuestros deseos. Hay un párrafo clásico sobre la oración, en “El Camino a Cristo”. Comienza así: «Mantén tus deseos... delante de Dios». ¡La oración por los «deseos» encabeza la lista! Todo el párrafo es tan importante que, aunque lo vimos en el capítulo anterior, quiero revisarlo contigo nuevamente:

“Mantén tus deseos, tus alegrías, tus tristezas, tus preocupaciones, y tus temores, delante de Dios. No puedes agobiarlo; No puedes cansarlo. El que cuenta los cabellos de vuestra cabeza, no es indiferente a las necesidades de sus hijos. «El Señor es muy compasivo y de tierna misericordia». ... Su corazón de amor se conmueve con nuestros dolores, e incluso con nuestra expresión de ellos. Llévadle a Él todo lo que confunde la mente. Nada es demasiado grande para Él, porque Él sostiene los mundos,

y gobierna todos los asuntos del universo. Nada de lo que de alguna manera concierne a nuestra paz, es demasiado pequeño para que Él lo note. No hay ningún capítulo en nuestra experiencia, que sea demasiado oscuro para que Él lo lea; no hay perplejidad que le resulte demasiado difícil de desentrañar. Ninguna calamidad puede sobrevenir al más pequeño de Sus hijos, ninguna ansiedad acosa el alma, ningún gozo, ninguna alegría, ninguna oración sincera escapa de los labios, que nuestro Padre celestial no observe, o en la que no tenga interés inmediato. 'Él sana a los quebrantados de corazón y venda sus heridas' ... Las relaciones entre Dios y cada alma son tan distintas y plenas, como si no hubiera otra alma en la tierra para compartir Su cuidado, ni otra alma por quien Él dio a Su amado Hijo.» (CC 100).

¿Alguna vez te has tomado el tiempo para experimentar este párrafo? Observa la advertencia de Dios: ¡ningún trabajo es demasiado grande ni ningún trabajo demasiado pequeño! Y en caso de que nos perdamos algo, nos dan una lista. «Mantén tus deseos (plural)... delante de Dios». ¿Cuáles son tus deseos en este momento? ¿Puedes enumerar tres, cuatro o una docena? «Mantén tus deseos... delante de Dios». No te conformes con contárselo una o dos veces. ¡Mantenlos delante de Él!

Mantén tus alegrías delante de Dios. ¿De qué estás feliz ahora? Cuéntale sobre eso. Permítele compartirlo contigo. Mantén tus penas delante de Dios. ¿Tienes? Está interesado. Mantén tus preocupaciones delante de Dios. ¿Qué te pesa ahora mismo? ¿Qué te preocupa? Colócalo ante Dios. Mantén tus miedos delante de Dios. ¡Espera un minuto! Si tenemos fe en Dios, ¿no se supone que estamos libres de miedo? Apocalipsis no enumera el miedo junto con las otras cosas que reciben malas marcas: «Pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda.»? (Apocalipsis 21:8).

«Pero se supone que los cristianos no deben tener miedo», dices.

Pero si se supone que no debes tener miedo, ¿a veces tienes miedo? Si es así, y a todos nos pasa, estás invitado a mantener eso ante Dios también. Cuando te encuentras entre los temerosos, hay una cosa correcta que puedes hacer al respecto. Mantén tus miedos delante de Dios. Él sabe cómo traer la paz.

¡Así que estamos invitados a preguntar, sobre cualquier cosa, en todas partes, y en todo momento! Vale

la pena preguntar. Estamos invitados a mantener nuestras peticiones delante de Dios, porque pedir hace la diferencia. «Es parte del plan de Dios concedernos, en respuesta a la oración de fe, lo que Él no nos concedería si no lo pidiéramos». (CS 525).

Cuando pedimos la intervención de Dios en nuestras vidas, estamos reconociendo nuestra dependencia de Él. Cuando le pedimos que venga en nuestra ayuda, lo liberamos, en su conflicto con Satanás, para que trabaje para nosotros, en formas que de otro modo no podría. Ningún juez puede fallar en un caso que no le haya sido apelado.

¿Por qué oramos? Porque Dios es nuestro Amigo. Eso no significa que tengamos derechos exclusivos sobre todas Sus bendiciones. Aquellos que no lo conocen recibirán bendiciones de su mano, mientras Él busca atraerlos hacia sí mismo. ¡A veces puede parecer que reciben más que nosotros! Pero hay bendiciones que Él da sólo a Sus amigos. En Proverbios 1:23, Dios dice: «A ti habría derramado mi corazón». La versión estándar revisada dice: «Derramaré mis pensamientos sobre ti». Smith y Goodspeed dicen: «¡Mira! Te abriré mi mente, te presentaré mis pensamientos».

Cuando nos comunicamos con Dios en oración, el compartir es en ambos sentidos. Podemos derramar nuestro corazón ante Él, y Él derramará Su corazón sobre nosotros. Y esa bendición está disponible sólo para Sus amigos cercanos. ¿Le abres tu corazón a cualquiera, o eres más reservado? ¿Eliges abrir tu corazón sólo a aquellos que sabes que realmente te aman, aquellos que te son leales, y respetarán tu confianza?

¿Estás interesado en acercarte lo suficiente al Dios del universo, como para que Él te abra su corazón? ¿Quieres escucharlo compartir sus pensamientos y planes? Es una idea increíble.

¡Podemos darnos el lujo de compartir la lluvia con los «injustos»! Incluso podemos aceptarlo cuando a los «injustos» les llega la lluvia, mientras nuestras propias vidas siguen siendo un desierto. Como Dios es nuestro amigo, le pediremos que envíe la lluvia; y muchas veces recibiremos mucho más que si no hubiéramos pedido. Pero la razón más importante por la que oramos es para entrar en una profunda comunión con Él, mientras Él comparte Sus pensamientos con nosotros, y derrama Su corazón en nosotros, de la manera que anhela hacerlo.

CAPÍTULO 4: DISCUTIENDO CON DIOS

Bien, reconozcamos que el propósito principal de la oración es la comunión con Dios. Tal vez hayas crecido en tu vida de oración hasta el punto en que tú mismo estés experimentando más y más de eso. Pero llega el momento en que decides presentarle al Señor una petición difícil. Por supuesto, no es difícil para Dios. No estás preocupado por eso. Sabes que nada es imposible para Él. Es difícil para ti, porque estás muy ansioso por recibirlo. Estamos hablando de oraciones de petición, en este capítulo. La tuya podría ser una petición de bendiciones temporales o espirituales, pero estamos hablando de peticiones de deseos, que van hasta lo más profundo de nuestro ser.

Este es el tipo de oración que hizo Job, mientras estaba sentado en las afueras de la ciudad, entre la cerámica rota y los amigos infieles. Había estado buscando a Dios para poder hablar con Él. Dijo: "Si supiera dónde encontrarlo... presentaría mi caso ante él, y me llenaría la boca de argumentos". Job quería discutir con Dios.

No se trataba de que Job tratara de convencer a Dios, de algo que Dios no estaba dispuesto a hacer, que estaba en contra de Su voluntad. Job tenía confianza en quién era

Dios, y lo que sabía acerca del carácter de Dios. Sabía de la voluntad de Dios de bendecir, y dar cosas buenas a quienes caminan con Él. Job no quiso perder ni una sola oportunidad de recibir lo que Dios estaba dispuesto a dar. Si Dios estaba esperando que Job lo buscara de todo corazón, ¡Job estaba listo!

¡A veces Dios nos invita a discutir con Él! Puedes leerlo en Isaías: “Presenta tu causa, dice Jehová; presenta tus poderosas razones, dice el Rey de Jacob”. (Isaías 41:21). A lo largo de los tiempos, el pueblo de Dios ha acudido a Él, con las peticiones más cercanas a sus corazones, y ha reunido sus argumentos para presentar junto con esas peticiones, algunas razones por las que Dios debería responderles. Es posible que encuentres muchos otros, pero aquí hay catorce de ellos, que han sido utilizados en oraciones bíblicas, que tuvieron éxito en prevalecer ante Dios.

ARGUMENTO 1: QUIÉN ES DIOS

Los asirios habían atacado a Ezequías, con cartas amenazadoras que insultaban a Dios y a su pueblo. Ezequías llevó la carta a la casa del Señor. ¿Puedes verlo

allí, extendiendo la carta en el suelo del templo? Ahora escucha, mientras presenta sus argumentos a Dios. Comenzó con el argumento de quién es Dios:

"Oh Señor Dios de Israel, que habitas entre los querubines, tú eres Dios, solo tú, de todos los reinos de la tierra; tú hiciste los cielos y la tierra". (2 Reyes 19:15).

Dios no necesitaba un recordatorio de quién era Él, pero es posible que Ezequías necesitara recordarlo. En cualquier caso, ahí es donde comenzó con una declaración sobre el poder, la majestad, y la posición de Dios, el Gobernante del universo, el Señor de los ejércitos.

Muchas oraciones bíblicas comienzan de esa manera. Comienzan recordándole a Dios, Su poder y majestad, reconociendo que Él es un Dios sobre todos los dioses, que Él es el Creador, y que Él tiene todo poder. No es un mal lugar para empezar.

Encontramos el mismo enfoque, utilizado por Abraham. Abraham estaba discutiendo con Dios, sobre el destino de Sodoma, y dijo: "¿No hará lo correcto el Juez de toda la tierra?". Abraham pudo presentar su caso ante Dios con confianza, porque sabía sin lugar a duda, quién era Dios. Dios era el Juez de toda la tierra, y Abraham sabía

que podía contar con Él, para obrar con rectitud. Por eso, no tuvo miedo de presentar su caso ante Él.

Quién es Dios, se convierte en un poderoso argumento que debemos presentar ante Él. Nota estas palabras:

“Ninguna oración sincera se pierde. En medio de los himnos del coro celestial, Dios escucha los clamores del ser humano más débil. Derramamos el deseo de nuestro corazón en nuestros dormitorios, respiramos una oración mientras andamos por el camino, y nuestras palabras llegan al trono del Monarca del universo. Pueden ser inaudibles para cualquier oído humano, pero no pueden desaparecer en el silencio, ni pueden perderse a través de las actividades comerciales que se están llevando a cabo. Nada puede ahogar el deseo del alma. Se eleva por encima del ruido de la calle, por encima de la confusión de la multitud, hasta los atrios celestiales. Es a Dios a quien hablamos, y nuestra oración es escuchada”. (PVGM 174).

¡Es a Dios a quien le estamos hablando! Y más que eso, Él es nuestro Padre, y también es nuestro Amigo.

Supongamos que tienes una petición especial que hacer, y puedes llevársela personalmente al presidente de los Estados Unidos. ¿Te imaginas entrando delante de él, y

diciéndole: "Vamos, concédeme esta petición; después de todo, tú eres el presidente"? Pero ¿y si el presidente fuera también tu padre y tu amigo? ¡Vaya, la única forma en que él negaría tu solicitud sería si supiera que hacerlo te causaría un daño, o pondría en peligro la seguridad de toda la nación!

Como si no fuera suficiente que nuestro Dios es el Dios de todo el universo, Rey de reyes, y Señor de señores, ha añadido a su lista de credenciales, el hecho de que es nuestro Padre.

"Para fortalecer nuestra confianza en Dios, Cristo nos enseña a dirigirnos a Él, con un nombre nuevo, un nombre entrelazado con las asociaciones más queridas del corazón humano. Nos da el privilegio de llamar al Dios infinito, nuestro Padre. Este nombre, hablado a Él, y de Él, es una señal de nuestro amor y confianza hacia Él, y una garantía de Su consideración, y relación con nosotros. Dicho al pedir Su favor o bendición, es como música en Sus oídos". (PVGM 141-142).

La próxima vez que tengas una petición importante que hacerle a Dios, recuerda este argumento. Comienza recordándole a Él, y a ti mismo, quién es Él, y cuál es su relación contigo. Es un argumento que tiene peso para Él.

ARGUMENTO 2: POR SU PROPIO BIEN

Se ha dicho que la oración no es un método para que nosotros hagamos nuestra voluntad en el cielo, sino más bien, es un método para que Dios haga su voluntad en la tierra. "La oración no hace descender a Dios hacia nosotros, sino que nos eleva hacia Él". (CC 93). Cuando acudimos a Dios en oración, no estamos orando sólo por nosotros mismos, sino también por Él. Dios dice: "Por amor a mí mismo, por amor a mí mismo lo haré; porque ¿cómo será contaminado mi nombre? y no daré mi gloria a otro". (Isaías 48:11). "El Señor no desampará a su pueblo por amor de su gran nombre, porque ha querido el Señor hacernos su pueblo". (1 Samuel 12:22). Incluso lo cantamos en el salmo veintitrés: "Me guiará por sendas de justicia por amor de su nombre". (versículo 3).

El nombre de Dios, la reputación y la gloria están en juego, cuando su pueblo acude a Él, en busca de ayuda y liberación. Podemos recordárselo, y pedirle que responda a nuestras peticiones por Su propio bien.

ARGUMENTO 3: ¿QUÉ PENSARÁ LA GENTE?

Uno de los mejores argumentos que podemos presentar, sobre por qué Dios debería responder a nuestras necesidades, es su reputación y honor en la mente de otras personas. Moisés utilizó este argumento durante los viajes de Egipto a la Tierra Prometida:

“Moisés rogó a Jehová su Dios, y dijo: Señor, ¿por qué se enciende tu ira contra tu pueblo, al que sacaste de la tierra de Egipto con gran poder y con mano fuerte? ¿Por qué han de hablar los egipcios, y decir: Para mal los sacó, para matarlos en los montes, y consumirlos de la faz de la tierra? Apártate del ardor de tu ira, y arrepíentete del mal hecho contra tu pueblo”. (Éxodo 32:11-12).

Nota nuevamente, que Moisés no estaba tratando de convencer a Dios de algo en contra de Su voluntad. Dios estaba obrando a través de Su Espíritu, inspirando las oraciones de Moisés, porque Él se deleita en la misericordia. Dios buscaba cualquier excusa para liberar a su pueblo. Desafortunadamente, le habían sido infieles, y habían pecado contra Él. Se habían quitado de sus manos, y el enemigo estaba esperando, listo para sancionar una falta, si Dios entraba donde no había sido invitado. En Moisés, Dios encontró al intercesor que había estado

buscando. Moisés apeló el caso ante Él, y una vez más, Dios pudo obrar a favor de su pueblo.

Joel dijo: "Perdona a tu pueblo, oh, Señor, y no entregues tu herencia al vituperio, para que las naciones se enseñoreen de ellos. ¿Por qué dirán entre el pueblo: ¿Dónde está su Dios?". (Joel 2:17).

Cuando las personas están interesadas en exaltar el honor y la reputación de Dios, entre aquellos que no lo conocen, y hacen de esto un argumento en las peticiones que le presentan, Dios les presta especial atención. "Es la gloria de nuestro Dios, dar". (DTG 21). Es su gloria. Glorificamos a Dios ante el universo, cuando le presentamos nuestras peticiones, por Su bien, por Su reputación, para que Él sea glorificado en la tierra.

ARGUMENTO 4: ¡DECIR SÍ, ES DIVERTIDO PARA DIOS!

Dios se deleita en respondernos, cuando le presentamos nuestras peticiones. Es Su placer, traer placer y gozo a Su pueblo. A través de Jeremías, Dios dice: "Me gozaré con ellos para hacerles bien". "Será para mí, un nombre de gozo, de alabanza, y de honra, delante de todas las naciones de la tierra, que oirán todo el bien que

les hago". (Jeremías 32:41; 33:9). "Dios se deleita en dar". (PVGM 141).

¿Qué te parece esto como argumento, para presentar nuestras peticiones ante el Señor? ¿Podemos orar: "Padre, será muy divertido para ti conceder esta petición"? ¿Eso va demasiado lejos?

¿Recuerdas cuando eras pequeño, e intentabas convencer a tus padres para que hicieran algo por ti? Si sabías que era divertido para ellos, tenías más posibilidades de obtener una respuesta positiva. Si a tu papá le encantaba ir de campamento, y le pediste que te llevara a un viaje de campamento, ¡ya estabas a mitad de camino, incluso antes de comenzar!

Dado que Dios se deleita en dar, no le estamos pidiendo que haga algo contrario a Su naturaleza. Le estamos invitando a hacer algo que le produce gran gozo. Qué interesante, que Él nos hiciera saber acerca de este aspecto de Su carácter, para que podamos acudir con mayor confianza, cuando le presentamos nuestras peticiones.

ARGUMENTO 5: EL ARGUMENTO DE LA CRUZ

Una de las mayores razones por las que podemos acudir a Dios con nuestras peticiones, es la cruz de Cristo. "El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros. ¿Cómo no nos dará también con él, todas las cosas?". (Romanos 8:32). Es la justicia de Cristo, puesta a nuestra disposición a través de Su sacrificio en la cruz, la que nos permite acercarnos al trono de Dios, con confianza.

Daniel usó este argumento, al pedirle a Dios que escuchara y respondiera su oración. Él dijo: "Oh Dios mío, inclina tu oído y oye; abre tus ojos, y mira nuestras desolaciones, y la ciudad sobre la cual es invocado tu nombre; porque no presentamos nuestras súplicas delante de ti por nuestra justicia, sino por tus grandes misericordias". (Daniel 9:18). No tenemos justicia propia, para presentar como argumento de por qué Dios debería responder nuestra oración. Pero en Su misericordia ha dado a Su Hijo, para que sea nuestra justicia, y gracias a la justicia de Cristo, podemos venir a Él.

Una de las principales razones por las que no obtenemos respuestas a nuestras oraciones, es que acudimos a Dios presentando nuestra propia bondad,

nuestro propio historial, como una razón para que nos escuche. ¿Alguna vez, has escuchado a alguien orar: "Por favor, ayuda a esta persona. Recuerda lo fiel que ha sido contigo. Recuerda todos sus años de servicio en tu trabajo". Los líderes judíos dijeron eso sobre el centurión. "Él merece tu ayuda, porque nos ha construido una sinagoga". Pero el centurión dijo de sí mismo: "No soy digno". (ver Lucas 7:2-6).

Lo mejor que podemos hacer cuando nos presentamos ante el trono de Dios, es unirnos al compositor, para decir: No traigo nada en mi mano, simplemente me aferro a tu cruz.

"La muerte de Cristo fue un argumento a favor del hombre, que no podía ser derribado". (CS 502).

ARGUMENTO 6: ¡PERO LO PROMETISTE!

Recuerda cuando tus hijos eran pequeños (¡o cuando tú eras pequeño!), y venían y te pedían que hicieras tal o cual cosa. Mientras considerabas el asunto, te decían: "¡Pero lo prometiste!". Y si lo habías prometido, ¡supiste en ese momento que lo habían conseguido, tan pronto como presentaron ese argumento!

Dios está dispuesto a que usemos esto como argumento, cuando le presentamos nuestras peticiones. "Por las cuales se nos dan preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas seáis participantes de la naturaleza divina, habiendo escapado de la corrupción que hay en el mundo por la concupiscencia". (2 Pedro 1:4).

Se nos asegura: "Bendito sea el Señor, que ha dado descanso a su pueblo Israel, conforme a todo lo que prometió; no ha faltado una sola palabra de toda su buena promesa, que prometió por mano de Moisés su siervo". (1 Reyes 8:56).

"Dios no se retracta de cada promesa que ha hecho". "El honor de Su trono está en juego, por el cumplimiento de Su Palabra para con nosotros". (PVGM 147-148).

Examinaremos más a fondo, cómo reclamar las promesas bíblicas, en el capítulo llamado "Oración y fe". No todas las promesas en la Palabra de Dios son para ti, en este momento, bajo estas circunstancias. Quizás, no sepas cuándo reclamar Su promesa: "Yo te libraré y tú me glorificarás", y cuándo reclamar Su promesa: "Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida". (Salmo 50:15; Apocalipsis 2:10). Algunas promesas son condicionales, y

debemos tener sabiduría de lo alto, para saber cuándo estas promesas se aplican a nuestra situación particular.

Pero las promesas espirituales siempre están disponibles. Puede que Dios no nos dé las bendiciones temporales que deseamos, ni siquiera para la preservación de la vida misma. Muchos de los que vivieron más cerca de Él, murieron como mártires. Pero Él, siempre ha provisto para nuestras necesidades espirituales, y para ellas podemos cumplir Su promesa, y saber que Él escucha y responderá como prometió.

A veces no entendemos Sus pensamientos y promesas hacia nosotros, sin embargo, Su palabra está segura de alcanzar su cumplimiento:

"Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos. Como la lluvia y la nieve descienden del cielo, y no vuelven a él sin regar la tierra y hacerla brotar, florecerá, para que dé semilla para el sembrador, y pan para el que come, así es mi palabra que sale de mi boca: No volverá a mí vacía, sino que cumplirá lo que deseo, y alcanzará el propósito para el cual la envié". (Isaías 55:9-11).

Cuando presentamos a Dios Sus promesas, tenemos una garantía segura. Nos enviará lo que esperamos de Él, o si hemos entendido mal Su propósito, porque Sus pensamientos y caminos son mucho más elevados que los nuestros, nos enviará algo mejor!

ARGUMENTO 7: "LO HAS HECHO POR OTROS"

No es ningún secreto lo que Dios puede hacer. Lo que Él ha hecho por otros, lo hará por ti. Con los brazos abiertos, Él te perdonará. No es ningún secreto lo que Dios puede hacer.

David presenta este mismo argumento al Señor: "...Nuestros padres confiaron en ti; confiaron, y tú los libraste. Clamaron a ti, y fueron librados; confiaron en ti, y no fueron confundidos". (Salmo 22:4).

En los círculos legales, es una buena noticia, si el abogado puede descubrir un caso que siente el precedente, para la decisión que espera obtener para su cliente. Si no se ha sentado ningún precedente, ¡probablemente será un invierno largo y duro! Pero cuando el abogado puede presentar ante el juez, el hecho de que en el caso Smith vs. Jones, allá por tal o cual

momento se dictó un fallo similar, le da una ventaja. De la misma manera, podemos recordarle a Dios lo que ha hecho por los demás, como argumento de por qué es libre de obrar de la misma manera por nosotros.

"Los registros de la historia sagrada están escritos, no simplemente para que podamos leerlos y maravillarnos, sino para que la misma fe que obró en los siervos de Dios de antaño, pueda obrar en nosotros. De manera no menos marcada obrará el Señor ahora, dondequiera que haya corazones de fe, para ser canales de su poder". (PR 175).

No es de extrañar que Jesús se sorprendiera de la fe del leproso, que acudió por primera vez a él. Naamán había sido sanado, pero eso fue años antes. Jesús había sanado todo tipo de enfermedades, pero hasta el momento, ningún leproso había sido sanado. Elena de White dice que los leprosos temían venir a Jesús, porque "no se atrevían a esperar que Jesús hiciera por ellos, lo que nunca había hecho por ningún hombre". (DTG 263). Pero después de que un leproso se acercó con fe, y fue sanado, muchos leprosos llegaron a recibir una bendición similar, en una ocasión incluso diez a la vez.

De modo que podemos presentar nuestras peticiones a Dios, incluso si le pedimos que haga por nosotros, lo que

"nunca ha hecho por ningún hombre". Pero con cuánta más audacia, podemos presentar el argumento de lo que ha hecho por los demás.

ARGUMENTO 8: LO QUE ÉL HA HECHO POR NOSOTROS EN EL PASADO

¿Alguna vez has sentido, que no deberías seguir pidiéndole a Dios, una y otra vez, las mismas bendiciones? ¿Alguna vez has tenido miedo de haber agotado tus turnos, y ahora Él no podrá ayudarte nuevamente? Aquí hay un comentario interesante. "Si permanecéis en Él, el hecho de recibir un rico don hoy asegura la recepción de un don más rico mañana". (DTG 148). Añádase a esto: Dios "se complace cuando instamos a las misericordias y bendiciones pasadas, como razón para concedernos mayores bendiciones". (MC 513).

Moisés instruyó a los israelitas, acerca de cómo acercarse al Señor en tiempos de necesidad. Les dijo que fueran al tabernáculo con un regalo para el sacerdote. Luego, dijo: "Hablarás y dirás delante del Señor tu Dios". (Deuteronomio 26:5). ¿Qué les dice que hablen? Les dice que enumeren las ocasiones, en que Dios los ha liberado

en el pasado. Deuteronomio 8:2 dice lo mismo: "Acuérdate de todo el camino por el que Jehová tu Dios te condujo, estos cuarenta años en el desierto, para humillarte y probarte, para saber lo que había en tu corazón, si querías guardar sus mandamientos o no".

¿Cuál es la frase clásica de Elena de White? "No tenemos nada que temer en el futuro", ¿excepto qué? "A menos que olvidemos el camino por el que el Señor nos ha guiado". (TM 31). Al recordar sus tratos con nosotros en el pasado, se nos anima a confiar en Él, hoy.

ARGUMENTO 9: ¡NOS HA INVITADO A PREGUNTAR!

No venimos ante el Señor por nuestra propia iniciativa. No irrumpimos en Su presencia sin una cita. Él ha hecho la invitación. Estamos invitados a preguntar:

"Pedid, y se os dará; buscad, y encontraréis; llamad, y se os abrirá; porque todo el que pide, recibe; y el que busca, encuentra; y al que llama, se le abrirá". (Mateo 7:7-8).

"Esta es la confianza que tenemos en él, que, si pedimos algo conforme a su voluntad, él nos oye; y si sabemos que él nos oye, en cualquier cosa que le pidamos,

sabemos que tenemos las peticiones que le pedimos". (1 Juan 5:14-15).

Añadamos a esto, dos breves frases: "El pedir, hace manifiesto que comprendes tu necesidad; y si pides con fe, recibirás". "Vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas, y estáis invitados a pedirselas". (DMJ 130 y 133).

ARGUMENTO 10: NUESTRA GRAN NECESIDAD

"Nuestra gran necesidad es en sí misma un argumento, y aboga de manera muy elocuente en nuestro nombre". (CC 95).

¡Jonás clamó a Dios, desde el interior de una ballena! Nota su oración. "Por mi aflicción clamé al Señor, y él me escuchó". (Jonás 2:2). Jonás no pudo presentar ninguna mejor razón para que Dios lo librara, que el motivo de su aflicción. Tenía una gran necesidad y Dios respondió a esa necesidad.

El Antiguo Testamento nos habla de una batalla muy inusual, entre el coro israelita y el enemigo: "Oh Dios nuestro, ¿no los juzgarás? Porque no tenemos fuerzas, contra esta gran compañía que viene contra nosotros, ni

sabemos qué hacer, pero nuestros ojos están puestos en ti". (2 Crónicas 20:12). Tenían una necesidad urgente, y se dieron cuenta de su propia incapacidad para defenderse, y como resultado, Dios les trajo una poderosa liberación.

Es cuando llegas al final de tus propios recursos, y clamas pidiendo ayuda desde arriba, que Dios es libre de intervenir con Su poder. Su corazón de amor se conmueve, cuando ve nuestra impotencia, y así podemos llevarle nuestras necesidades, como una de las razones por las que debe venir en nuestra ayuda.

ARGUMENTO 11: "ESTO NO LO PIDO PARA MÍ"

Las oraciones por los demás, dan un tirón especial a la fibra sensible de Dios. Él simpatiza con nuestras necesidades, pero cuando acudimos a Él, para traer las necesidades de quienes nos rodean, Él es especialmente consciente, porque al hacerlo, hemos entrado en Su espíritu de ministerio para los demás.

Jesús contó una parábola, sobre un hombre que buscaba pan para un amigo a medianoche, en Lucas 11:5-8. Esta parábola trae la seguridad, de que Dios responderá a nuestras oraciones por las necesidades de los demás.

"Nunca a nadie se le dirá, no puedo ayudarte. Aquellos que mendigan a medianoche panes para alimentar a los hambrientos, tendrán éxito". (PVGM 148). ¿Quieres carta blanca? Aquí está: Nunca se busca el pan de vida para compartirlo con almas hambrientas, y se recibe una negación. El éxito está garantizado. Recibirás la ayuda que buscas.

Ahora sería posible, supongo, utilizar la oración por los demás, como excusa para conseguir cosas para uno mismo. Incluso, las oraciones por los demás pueden ser a veces egoístas. Una vez, escuché a los jóvenes cantar: "Dadme gasolina para mi Mercedes, para poder atraer a las señoritas de Dorcas"! ¡Eso fue bastante transparente! Y Dios no se engaña, por los juegos que jugamos.

Pero cada vez que oramos por otros, porque sinceramente deseamos la bendición de Dios para ellos, nuestras peticiones serán honradas.

ARGUMENTO 12: NINGÚN OTRO LUGAR ADONDE IR

Cuando Jesús terminó Su sermón en Juan 6, explicando la naturaleza espiritual de Su reino, y la comunión con Él, que estaba ofreciendo, las multitudes

que lo habían estado siguiendo, desaparecieron. Se habían sentido atraídos por los panes y los peces, pero la oferta del Pan de Vida no era atractiva para sus corazones inconversos.

Jesús se volvió hacia sus discípulos, y les preguntó: "¿También ustedes se van?".

Ellos respondieron: "Señor, ¿a quién iremos?". (versículo 68).

Casi parece como si ellos también se hubieran ido, si hubiera habido algún lugar adónde ir. Pero tenían razón. Cuando se trata de satisfacer las necesidades más profundas del alma, no tenemos otra alternativa. No hay ningún otro lugar adónde ir. David dijo: "¿A quién tengo yo en el cielo sino a ti? Y fuera de ti, no hay nadie que desee en la tierra". (Salmo 73:25). Y Pedro añadió: "Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos". (Hechos 4:12). "No tenemos nada que nos recomiende a Dios, pero la súplica que podemos hacer ahora y siempre, es nuestra condición de total impotencia, que hace que su poder redentor sea una necesidad". (DTG 317).

Supongamos que necesitas un poco de aceite para tu automóvil. Hay muchos lugares a los que puedes ir. Si no

te atienden lo suficientemente rápido en la primera gasolinera, o si no te gusta el precio, puedes marcharte. No hay necesidad de ser persistente, no hay necesidad de seguir insistiendo en tu caso.

Pero supongamos que tu hijo ha contraído una enfermedad rara, y sólo un médico en todo el mundo ha tratado con éxito esos casos. No aceptas un No, por respuesta. Mueves cielo y tierra, para que tu hijo esté bajo el cuidado de ese médico. ¿Qué marca la diferencia? ¡No tienes a quién acudir!

Sólo hay un médico que puede tratar las necesidades del alma: el Gran Médico. Cuando llegamos a Su presencia, buscando Su curación y ayuda, podemos usar esto como argumento: "Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna".

ARGUMENTO 13: NO TE DEJARÉ IR

Este es el "argumento de Jacob". Jacob había llegado al límite de sus propios recursos, y estaba en una necesidad desesperada. Tan pronto como descubrió que estaba peleando con Jesús, se aferró a él, para salvar su vida. Él

dijo: "No te dejaré ir, hasta que me bendigas". (ver Génesis 32:26).

¿Alguna vez has persistido en orar a Dios, y finalmente has dicho: "¿Te estás cansando de oírme preguntarte lo mismo, una y otra vez?" ¡Eso espero! ¿Alguna vez te has atrevido a usar el argumento de Jacob, y orar: "No te dejaré ir, hasta que me bendigas"?

Estamos invitados a persistir en la oración. Dios se complace, cuando continuamos presentando nuestro caso ante Él, hasta que responde a nuestros clamores de ayuda. De hecho, ¡la persistencia misma proviene de Él, en primer lugar! Hablando primero de la mujer siro-fenicia, Elena de White dijo:

"Fue Cristo mismo, quien puso en el corazón de aquella madre, la perseverancia que no sería rechazada. Fue Cristo, quien dio a la viuda suplicante, valor y determinación ante el juez. Fue Cristo, quien siglos antes, en el misterioso conflicto del Jaboc, había inspirado a Jacob la misma fe perseverante. Y la confianza que Él mismo había implantado, no dejó de recompensarla". (PVGM 175).

ARGUMENTO 14: EL ARGUMENTO DE SANTIAGO

Este argumento final que podemos darle a Dios es en realidad uno que Él nos da, y que luego podemos darle la vuelta, y aplicarlo a Él. Santiago dijo:

"¿De qué sirve, hermanos míos, que alguno diga tener fe, y no tiene obras? ¿Acaso puede la fe salvarlo? Y si un hermano o una hermana andan pobremente vestidos y carecen de sustento diario, y alguno de vosotros les dice: ¡Id en paz, calentaos y saciaos!, pero no les dais las cosas necesarias para el cuerpo, ¿cuál es el provecho? Así también la fe, si no tiene obras, está muerta en sí misma". (Santiago 2:14-17).

Elena de White dijo, que "las palabras no tienen valor, a menos que vayan acompañadas de hechos apropiados". (PVGGM 272).

Bueno dirás, ¿qué tiene eso que ver con la oración? Es Dios quien dice: Pon tu dinero donde está tu boca. ¿No es eso lo que Él está diciendo aquí? No te limites a decir las palabras. Las palabras por sí solas, no son suficientes. Las palabras no te mantendrán abrigado en el invierno, ni vestirán al desnudo, ni alimentarán al hambriento. Así que pon tu dinero donde está tu boca.

Si Dios nos pide que hagamos esto, ¿por qué no haría lo mismo? Dios no está simplemente hablando palabras vacías, cuando nos da sus promesas, invitándonos a venir a Él, y trayendo nuestras necesidades. Él está dispuesto a hacer coincidir sus palabras, con todos los recursos del cielo.

Puedes acercarte a Dios con el argumento de Santiago, y recordarle, que a menos que siga Sus palabras con acciones, las palabras no valen mucho.

"¿No es ser un poco atrevido con Dios?", dirás. Sólo recuerda de dónde vino el argumento. ¡Vino de la Palabra de Dios!

Una vez, estábamos orando por un niño que se estaba muriendo. La familia se enfrentaba a una crisis importante. Estábamos reunidos en la casa, y una de las piadosas hermanas comenzó a orar por sus necesidades. Todavía recuerdo sus palabras. "Dios, te vamos a sujetar en esta". ¡Creo que Dios estaba complacido!

Recuerda, no servimos a un Dios que busca cualquier excusa que pueda encontrar, para evitar ayudarnos en nuestros momentos de necesidad. No, Él está buscando cualquier excusa para traernos Su liberación. Debido a nuestra humanidad, es posible que no sepamos orar como

deberíamos. Podemos pedir todas las cosas equivocadas. Pero cuando acudimos a Él, no se pierde ni una sola oración. Puede que no recibamos la respuesta exacta que esperamos, pero la recibiremos. Quien pide, recibe.

En tus tiempos de crisis, cuando sientas tu necesidad de Dios tan desesperadamente, que leas cada argumento del libro, y luego empieces de nuevo, recuerda que no estás buscando en vano. Estás pidiendo un propósito. Dios responderá a tu búsqueda de Él, y te traerá la ayuda que mejor satisfaga tus necesidades.

CAPÍTULO 5: LA ORACIÓN INTERCESORA

Un día, una mujer fue a visitar al pastor de su iglesia. Ella dijo: "Estoy preocupada por mi marido. Él nunca se ha convertido. ¿Podrías orar por él?".

El pastor respondió: "Yo oraré por tu esposo una hora todos los días, si tú oras por tu esposo una hora todos los días".

Después de considerar el asunto brevemente, la mujer dijo: "No importa". Y ella salió de la oficina.

¿Cuál es tu reacción ante esta mujer? ¿Crees que ese pastor sabía cómo sacarla del bosque con humo? Obviamente, después de todo, ella no estaba tan preocupada por su marido. ¿O crees, que esta mujer simplemente estaba siendo honesta, al admitir que no podría cumplir su parte del trato? ¿Qué harías si alguien te hiciera una oferta similar? ¿Irías a casa, y orarías fielmente por tu amigo o familiar, durante una hora todos los días? ¿Serías capaz de hacerlo? ¿Alguna vez has orado durante una hora entera, por una sola persona? ¿Podrías hacerlo de nuevo mañana, y pasado mañana, y pasado mañana?

Quizás algunos de nosotros hubiéramos aceptado el acuerdo, y hubiéramos luchado durante diez o quince minutos el primer día, cinco minutos el segundo día, y después de eso, esperaríamos que el pastor cumpliera, ¡aunque nosotros no lo hicimos!

En una iglesia que pastoreé hace varios años, decidimos tener una serie sobre el tema de la oración, durante nuestras reuniones de los miércoles por la noche. No pasó mucho tiempo, para que las discusiones se centraran en una pregunta clave: ¿Qué diferencia hace la oración? Si oras por alguien, y él sabe que estás orando por él, tal vez eso tenga algún beneficio psicológico. Pero ¿qué pasa si oras por alguien, que no sabe que estás orando por él? ¿Eso ayuda? ¿Cómo podría? ¿Por qué lo haría? Después de todo, ¿es justo que Dios bendiga a esta persona aquí, que tiene a alguien orando por él, y le niegue la bendición a esa persona de allá, sólo porque no tiene a nadie orando por él?

Después de exprimir nuestros cerebros durante algún tiempo, alguien finalmente sugirió: "¿Por qué no lo intentamos y lo descubrimos? Escojamos un caso imposible, y oremos por esa persona, tanto en el grupo los

miércoles por la noche, como en privado en nuestras casas. Veamos qué pasa".

Ese mismo día, había visitado un caso "imposible". Había una familia en la comunidad, que había sido miembro de la iglesia años antes. De hecho, incluso habían estado en el campo misionero. Pero alguien les hizo mal, y se sintieron amargados, desilusionados, y enojados. Odiaban la iglesia. Odiaban a los predicadores. Cuando salí de su casa, esa tarde gritaron: "¡Y no oren por nosotros!"

¡Pero eso era algo sobre lo que no tenían control!

Entonces, mencioné los nombres de estas personas a la congregación. Todos asintieron con la cabeza. La familia era muy conocida en la comunidad. Fue realmente un caso imposible. Decidimos hacer de esa familia, nuestro caso de prueba. Oraríamos por ellos, específicamente en nuestras oraciones privadas en casa, durante toda la semana.

¡Esa primera semana su casa se quemó! La noticia salió en el periódico local. Cuando nos reunimos para una reunión de oración el miércoles siguiente, le pregunté a mi congregación: "¿Por qué están orando, de todos modos?"

Continuamos orando. La segunda semana, el periódico informó que habían robado un valioso equipo,

que esta familia utilizaba en su negocio. Y así paso. Una cosa tras otra les salió mal. Seguimos orando y observando.

El último sábado de ese mes, toda la familia entró a la iglesia. Las cabezas se giraron, y luego rápidamente se volvieron hacia atrás, y la palabra voló de una persona a otra: "¡Están aquí!". Después de la iglesia, una por una las personas vinieron a mí, y me dijeron: "¡Deberíamos orar más!"

¿POR QUÉ LA ORACIÓN HACE LA DIFERENCIA?

El Señor es el Juez, el Juez justo del universo. Es una analogía que se encuentra a menudo en las Escrituras. Pablo dijo:

"Me está guardada la corona de justicia, la cual el Señor, juez justo, me dará en aquel día, y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida". (2 Timoteo 4:8).

Otro versículo familiar es 1 Juan 2:1: "Hijos míos, estas cosas les escribo para que no pequen. Y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo".

¿Qué es un defensor? Estas son algunas de las otras palabras que significan lo mismo: abogado, procurador,

intercesor, mediador. Isaías 53:12 habla de Jesús como Intercesor por los transgresores. Romanos 8:34 dice que Cristo está a la diestra de Dios, intercediendo por nosotros. Hebreos 7:25 dice que "él vive siempre para interceder por" nosotros. 1 Timoteo 2:5-6 habla de Jesús como el Mediador entre Dios y el hombre. Estas palabras describen el papel de Jesús y el Padre, en su relación con nosotros.

Esa es una buena evidencia bíblica, de por qué Dios puede hacer cosas cuando oramos, que no puede hacer cuando no oramos. Cualquier Juez, mediador o intercesor, o procurador, se extralimitaría si asumiera la defensa de un caso que no le hubiera sido apelado. Esto es particularmente cierto, cuando se trata de un proceso judicial. Los fiscales vigilan como halcones, cualquier oportunidad de declarar un juicio nulo. Si un abogado o un juez se encargara de defender un caso que no le ha sido apelado, ¡puede estar seguro de que el fiscal lo aprovecharía al máximo! Así ocurre con Dios Padre y Jesús, y también con el Espíritu Santo, que intercede por nosotros con gemidos indecibles. Aunque están ansiosos por trabajar en nuestro nombre, existen ciertas limitaciones. Cuando oramos por nosotros mismos o por otros, y apelamos un caso ante Ellos, Ellos son libres de trabajar de una manera, que de otro modo no estaría permitida.

Ésta es una de las razones, en términos de la gran controversia, por las que la oración marca la diferencia. Pero lo siguiente que debemos entender, es qué tipo de diferencia puede hacer la oración, y qué tipo de diferencia no puede hacer la oración. ¡Probemos con otra parábola!

CAMINANDO HACIA LA TIERRA PROMETIDA

¡Digamos que un día caminas desde San Francisco hasta Pacific Union College, la "Tierra Prometida"! Llego en mi auto, me detengo a tu lado, y te pregunto: "¿Adónde vas?".

"Voy al Pacific Union College, la Tierra Prometida", dices.

"Para allá voy", respondo. "Entra y te llevaré allí".

Ahora llegarás a Pacific Union College mucho más rápido. Obtendrás menos ampollas en el camino, y tendrás un viaje más fácil. Pero de todos modos ibas a llegar allí.

Ahora invirtámoslo con una parábola opuesta.

CAMINANDO A LAS VEGAS

¡Un día, caminas de San Francisco a Las Vegas, el otro lugar! Llego en mi auto, me detengo a tu lado y te pregunto: "¿Adónde vas?".

Dices: "¡Me voy a Las Vegas, el otro lugar!".

"Allí, voy yo también", digo. "Entra y te llevaré allí".

Ahora llegarás a Las Vegas mucho más rápido. Te saldrán menos ampollas en el camino, ¡aunque te saldrán más ampollas cuando llegue allí! Pero, de todos modos, ibas allí.

A veces, cuando he usado esta parábola, la gente intenta revertirla, confundirla, y complicarla. Dicen: "¿Qué pasa si vienes y me ofreces llevarme a la PUC, y yo iba a Las Vegas?", o "¿Qué pasa si me ofreces llevarme a Las Vegas, y yo fuera a la PUC?". O "¿Qué pasa si creo que voy a la PUC, pero en realidad me dirijo a Las Vegas?". O "¿Qué pasa si crees que me vas a llevar a la PUC, pero en realidad me llevas a Las Vegas?". ¡Y así sucesivamente! Pero en términos de salvación eterna, sabemos que Dios nunca hará que la salvación eterna de una persona se base en lo que otra persona haga o no haga. Jesús es la Luz que ilumina a todo aquel que viene al mundo. (ver Juan 1:9).

Según las Escrituras, Dios es un Dios de amor, y según las Escrituras, Él es responsable de que hayas nacido en este mundo. No fue el diablo, y no fueron tus padres. Era Dios. Si esas dos ideas son ciertas, que Dios es un Dios de amor responsable de que nazcamos, entonces tendría que darle a cada persona, una oportunidad adecuada para algo mejor.

La única opción que puede determinar si irás a "PUC" o "Las Vegas", es tu propia elección. Nadie más puede decidir eso por ti. Cuando se trata de tu salvación eterna, se te garantiza una oportunidad adecuada de aceptar la vida eterna. Esto no significa que todos tengan las mismas oportunidades. Aquellos que han sido criados en un ambiente cristiano, y conocen mucho de las cosas de Dios y del cielo, ciertamente tienen una ventaja sobre aquellos en las tinieblas del paganismo, que nunca escucharon el nombre de Jesús. Pero todo el mundo, en algún momento de su vida, tendrá una oportunidad adecuada de elegir a Dios.

En el juicio, nadie podrá legítimamente señalar a otra persona, y decir: "Él es la razón por la que no voy a ser salvo". Cada uno comprenderá, que él mismo decidió su destino.

Sin embargo, el hecho de que no tengamos la salvación de otros en nuestras manos no significa que Dios no pueda usar nuestras manos para extenderles la oferta de salvación. Podemos ser canales de Su obra, podemos ser el medio que utiliza, para alcanzar a aquellos que están dispuestos a ser alcanzados, para que podamos tener parte en la salvación de otra persona. Podemos acelerar el proceso. ¡Podemos ayudarlos a llegar más rápido! Podemos ahorrarles muchas pruebas, angustias, y moretones en el camino. Podemos traerles la paz de Dios, años antes de lo que sería posible de otra manera.

Veremos más de esto, en el capítulo llamado "Oración y Testificación". Pero por ahora, consolidemos esto. Nuestras oraciones pueden ser parte del proceso de acelerar la obra de Dios, en las vidas de quienes nos rodean.

PRÉSTAME TRES PANES

Uno de los pasajes más bellos de las Escrituras sobre el tema de la oración intercesora, se encuentra en Lucas 11:5-8. Tomémonos el tiempo para leerlo atentamente:

Él les dijo: ¿Quién de ustedes tiene un amigo, y va a él a medianoche, y le dice: Amigo, préstame tres panes, porque un amigo ha venido a mí en su camino, y no tengo nada que presentarle? Y él desde dentro, responderá y dirá: No me molestes, la puerta ya está cerrada, y mis hijos están conmigo en la cama, no puedo levantarme y darte. Les digo que, aunque no se levante a darte por ser tu amigo, sin embargo, por tu importunidad se levantará, y te dará todo lo que necesitas.

Luego, sigue la famosa promesa de Jesús, en el versículo 9: "Pidan y se les dará; busquen y encontrarán", y así sucesivamente. Fue dada en el contexto de esta parábola, sobre orar por los demás.

Ponte en la foto. Tienes un amigo que ha estado viajando por todo el país. Viene a tu casa tarde en la noche, y tiene hambre. Pero no tienes nada que ofrecerle. Tu alacena está vacía. Tal vez planeabas ir de compras mañana, pero tiene hambre ahora. Es medianoche, y el supermercado cerró hace una hora. ¿Qué vas a hacer?

En primer lugar, la cuestión no es si tu amigo morirá de hambre. La pregunta es si se acostará con hambre. Su vida no está en tus manos, pero sí su consuelo.

Entonces, corres a la casa del pastor, y tocas la puerta. El pastor y su familia están dormidos. El pastor está bastante descontento, porque lo has despertado en mitad de la noche. Al parecer, ni siquiera llega a la puerta principal. Simplemente abre la ventana del dormitorio, y grita desde arriba: "No me molestes. Estamos en la cama durmiendo. La puerta está cerrada. Vuelve mañana".

Pero quédate ahí. Dices: "Tengo un amigo que ha venido a pedirme ayuda, y no tengo nada que darle. Tienes que ayudar". Y persistes en tus llamamientos.

¿Crees que podrías hacer eso? ¿Te sentirías intimidado, por el hecho de estar causando molestias a otra persona? ¿O estarías tan decidido a conseguir algo para tu amigo que lo necesita, que persistirías a pesar del aparente despido?

Observa los tres factores que te permiten seguir suplicando, incluso frente a los obstáculos. Primero, tienes un amigo que lo necesita. No estás pidiendo esto para ti, sino para otra persona. Ese hecho añade un valor extra, que de otro modo faltaría. En segundo lugar, aquel a cuya puerta estás llamando, tiene lo que se necesita. Tú sabes de antemano, que podrás obtener lo que necesitas para tu amigo, de esta fuente. A pesar de lo avanzado de la hora,

y de lo intempestivo de la petición, la respuesta no es: "Yo tampoco tengo pan, vete a casa, y vete a la cama", sino: "No me molestes".

¡Y finalmente, tú y el pastor ya son amigos! Puede que no parezca demasiado amigable en este momento, pero a veces, la falta de cortesía puede ser un indicio de amistad. Si fueras un extraño, el pastor podría ser más rápido en dar lo mejor de sí, y desempeñar su papel oficial. Pero como eres solo tú, él confía en tu amistad lo suficiente como para decir: "¡No me molestes!". ¿Alguna vez te ha pasado?

Pero son amigos, no sólo de aquel para quien buscas los tres panes, sino también de aquel a quien se los pides. Observemos, cómo el peticionario de medianoche comenzó su petición: "Amigo, préstame tres panes". Aquí existe una relación ya establecida, de la que quien hace la solicitud no teme depender.

¿Has visto alguna vez el pequeño lema "La prueba de la amistad no es cómo manejan las palabras del otro, sino cómo manejan el silencio del otro"? Los amigos no tienen que charlar constantemente, para saber que son amigos. Pueden sentirse cómodos juntos, incluso en silencio. ¿Es eso cierto en cuanto a tu amistad con Dios? ¿Te sientes

cómodo con Su silencio? ¿Lo conoces lo suficientemente bien como para eso?

Se nos dice, que Jesús contó esta parábola a modo de contraste, no de comparación. Dios está dispuesto a dar, y se deleita en responder a nuestras peticiones. Pero hay ocasiones, en las que guarda silencio por un tiempo, para probar la autenticidad de nuestros deseos, de nuestra confianza en Él. Andrew Murray cita esta parábola en su libro sobre la oración intercesora, y sugiere que tal vez la razón por la que Jesús usó el contraste para expresar su punto fue que no pudo encontrar a nadie en la vida real, a quien pudiera usar a modo de comparación. Quizás. Pero a causa de los tres primeros hechos, el que busca panes a medianoche llega a una conclusión definitiva. Él dice, tengo un amigo necesitado, tú tienes lo que este amigo y yo necesitamos, tú y yo también somos amigos, así que no me iré. ¡Me quedaré aquí, hasta que produzcas los productos!

¿Tienes un amigo necesitado? ¿Te das cuenta de tu propia impotencia para satisfacer sus necesidades? ¿Pero conoces a otro Amigo, que tenga todo el poder y todos los recursos del cielo y de la tierra, a sus órdenes? La seguridad de la historia de Jesús es que puedes acudir a tu Amigo celestial, y tener la seguridad de la ayuda que la situación

requiere. La parábola termina con una nota triunfante. El que buscó ayuda a medianoche, recibió toda la ayuda que necesitaba.

"Nunca a nadie se le dirá, no puedo ayudarte. Aquellos que mendigan a medianoche panes para alimentar a las almas hambrientas, tendrán éxito". (PVGM 148).

Andrew Murray escribe en su libro "El Ministerio de Intercesión":

Si creemos en Dios y su fidelidad, la intercesión se convertirá para nosotros, en lo primero en lo que nos refugiaremos cuando busquemos bendiciones para los demás, y en lo último para lo que no podemos encontrar tiempo.

CAPÍTULO 6: CONDICIONES PARA LAS ORACIONES CONTESTADAS

¡Este es el capítulo aterrador! Sólo un capítulo de este libro es peor, ¡y ese es el capítulo que sigue a este! En este capítulo, examinaremos las condiciones para una oración contestada, y en el próximo capítulo, nos centraremos en la condición que a menudo causa la mayor ansiedad: ningún pecado conocido en la vida. Entonces, si estás demasiado nervioso para esperar, continúa con el siguiente capítulo, y luego regresa aquí después de terminarlo, para conocer el resto de la historia.

Quizás hayas oído decir: «Las cosas que son demasiado buenas para ser verdad, normalmente no lo son». Muchas cosas se ven muy bien en la superficie, pero cuando lees la letra pequeña, descubres que, después de todo, no son una ganga. Como cristiano, se te anima a orar, a presentar tus necesidades a Dios y a pedir lo que quieras, y tienes la seguridad de que se hará. Sin embargo, tarde o temprano tendrás que afrontar la letra pequeña. Tarde o temprano debes mirar la condición de la oración contestada. Esto puede asustarte, pero es esencial para una vida de oración exitosa.

Una razón por la que es tan importante entender las condiciones para una oración contestada, es que la oración no es un fin en sí misma. No se trata de «buenas obras», ni de una forma de ganar méritos adicionales. Si bien se nos dice que mucha oración es vital, si es del tipo correcto (2 Tesalonicenses 5:17), también se nos dice que mucha oración es inútil, si es del tipo incorrecto (Mateo 6:7).

Así que afrontemos las consecuencias, y dediquemos unos momentos a estudiar las condiciones para una oración eficaz.

DARSE CUENTA DE LA NECESIDAD

La primera condición para una oración contestada es tener una necesidad, y darse cuenta de que la tienes. Si no necesitas a Dios, ni necesitas Su ayuda, ¿por qué deberías pedirla, en primer lugar? Además, si tienes una necesidad, pero no eres consciente de ella, no estarás motivado para buscar ayuda. Eso parece lógico, ¿no?

Una familia intentó convencer a su padre de que fuera al médico en busca de ayuda. Para ellos era muy evidente que estaba necesitado, pero él pensaba que estaba bien.

Después de mucho discutir e insistir, finalmente lo llevaron al consultorio del médico, pero se negó a cooperar con el médico, insistiendo en que no necesitaba nada.

Después del examen, el médico dijo a los familiares: «Sí, su padre necesita atención médica, pero parece que tendrá que empeorar antes de que podamos ayudarlo».

Todavía me atormenta recordar una visita al hospital, que tuve hace varios años, con un hombre que pensó que tenía dolor de estómago, y dijo que estaría como nuevo en sólo unos días. La familia me pidió que lo visitara, y al poco tiempo, se hizo evidente que nadie le había dicho que iba a morir esa noche. Tenía una necesidad, pero no lo sabía.

Millones de personas padecen una necesidad espiritual desesperada, pero no son conscientes de ello, por lo que no buscan ayuda de Dios. Mucha gente en la iglesia se encuentra en el mismo dilema. Es el mayor problema de la iglesia. Se llama Laodicea:

«Porque dices: Soy rico y me he enriquecido, y de nada tengo necesidad; y no sabes que eres un desdichado, un miserable, un pobre, un ciego, y un desnudo» (Apocalipsis 3:17).

Quizás haya oído hablar de la rara afección médica, que hace que la víctima no pueda sentir dolor. Yo era un joven cuando escuché por primera vez sobre eso, ¡y me pareció una posibilidad maravillosa! Ya no tendrás que preocuparte cuando llegue el momento de recibir otra inyección, o de ir al dentista. La próxima vez que me caiga de la bicicleta, ¡no será gran cosa! De hecho, ¡qué maravillosa garantía de no volver a preocuparse nunca más por una paliza!

Pero luego aprendí un poco más, y comencé a darme cuenta de la bendición que puede ser el dolor. Las personas que padecen esta afección pueden cortar tomates, y cortar la punta de un dedo. Pueden morir desangrados por alguna herida abierta, y ni siquiera darse cuenta de que fueron heridos. Dios dice:

«Derramaré aguas sobre el sediento, y ríos sobre la tierra seca; derramaré mi espíritu sobre tu descendencia, y mi bendición sobre tu descendencia» (Isaías 44:3).

Hay que tener sed para poder apreciar o desear el agua. El suelo tiene que estar seco para poder absorber la lluvia.

¿Cómo tienes sed? La sal da sed, y sabemos que la sal representa la justicia de Cristo. Estar al sol te da sed.

Cuando Jesús, el Sol de justicia, se levante, os hará querer beber de la fuente de la vida. El ejercicio te da sed. · ¿Qué es el ejercicio de la vida cristiana? Servicio, testificación, y trabajo para los demás. Dios ha provisto muchas vías para hacernos conscientes de nuestra necesidad, de modo que estemos listos para aceptar la ayuda que solo Él puede brindarnos.

PEDIR POR AYUDA

Esto puede parecer bastante elemental, pero una de las condiciones para obtener respuesta a la oración es que oremos, en primer lugar. A Dios le encanta responder a quienes le preguntan, pero no insiste al respecto. Él no colma sus bendiciones sobre nadie, pero se complace mucho cuando le pedimos ayuda.

Una Navidad, mi hijo decidió que quería una bicicleta en particular. Sólo había un problema: esa bicicleta no estaba disponible en ninguna tienda. Nadie vendía una bicicleta con las características especiales que quería.

Conduje por todo Los Ángeles buscando repuestos para esa bicicleta, y logré elegir una rueda aquí, un freno allá, un manubrio en otra parte. Trabajé en el garaje

temprano y tarde. La mañana de Navidad todavía estaba escondido en el garaje, cuando salió a buscar su bicicleta nueva. ¡Qué bueno que le gustó! ¡Habría sido un invierno largo y duro si no lo hubiera hecho!

Cualquier padre conoce lo divertido que es regalarle a un niño algo que él ha pedido especialmente recibir. ¿Es Dios diferente? Él nos dice con muchas palabras: «Pedid y se os dará; buscad y encontraréis; llamad y se os abrirá» (Lucas 11:9).

Por supuesto, Dios conoce nuestras necesidades antes de que se las pidamos, entonces, ¿por qué preguntar? La primera razón es que Él nos dijo que lo hiciéramos, pero hay buenas razones para pedírselo.

Dado que la oración es el vínculo vital en la comunicación entre Dios y el hombre, es cuando oramos y Él responde que sabemos que Él está obrando en nuestras vidas, y que no somos simplemente víctimas del destino o la coincidencia.

Note la oración de Jesús ante la tumba de Lázaro:

«Jesús alzó los ojos y dijo: Padre, te doy gracias porque me has oído. Y yo sabía que tú siempre me oyes; pero lo

dije por causa de la gente que está allí, para que crean que tú me has enviado» (Juan 11:41-42).

Había más en juego en la resurrección de Lázaro, que simplemente hacer que él volviera a la vida. Jesús quería mostrarle al pueblo una evidencia poderosa de su conexión con Dios: su relación con su Padre celestial. Al pedirle a Dios que resucitara a Lázaro a oídos de todo el pueblo, Jesús hizo obvio que Dios estaba obrando en Su vida, y que el Hijo de Dios no estaba operando independientemente.

El mismo concepto se presenta en Juan 13:19. Jesús les dijo a sus discípulos lo que sucedería, explicando que «os lo digo ahora, antes de que suceda, para que cuando suceda, creáis» (NVI).

Cuando pedimos en oración la bendición de Dios, Él es libre de derramar Sus santidades, sin el peligro de que asumamos que nos trajimos la bendición a nosotros mismos. Pedir impide que nos atribuyamos el mérito de la obra de Dios en nuestras vidas.

Pedir también nos recuerda nuestra condición de dependencia, que somos sus hijos. Cuando llegamos a Su presencia y presentamos nuestras peticiones, recordamos quién tiene el control de nuestras vidas.

¿Alguna vez te ha detenido un patrullero en la ruta, y te ha pedido ver tu licencia de conducir? El oficial puede expresar su orden como una pregunta, pero en realidad no está preguntando si puede ver tu licencia de conducir. ¡Simplemente está expresando su demanda de manera educada! Las personas que están en una posición de autoridad no preguntan. ¡Ellos dicen!

Pero cuando presentamos nuestras peticiones ante el trono de Dios, estamos pidiendo. Dependemos de Él, porque Él es el Creador, y nosotros somos sólo criaturas. Él es Dios y nosotros no. Él tiene todo el poder, y nosotros estamos indefensos. Entonces preguntamos. Es uno de los requisitos previos para recibir una bendición especial de Él.

SIN PECADO ACARICIADO

¡Aquí está el grande! Lo mencionaremos sólo brevemente aquí, porque le dedicaremos un capítulo por sí solo. El Salmo 66:18 lo dice: «Si en mi corazón mirare la iniquidad, el Señor no me escuchará». En «El Camino a Cristo», leemos:

«Si miramos la iniquidad en nuestro corazón, si nos aferramos a algún pecado conocido, el Señor no nos

escuchará; pero la oración del alma arrepentida y contrita siempre es aceptada. Cuando todos los errores conocidos sean corregidos, podremos creer que Dios contestará nuestras peticiones. Nuestro propio mérito nunca nos recomendará al favor de Dios; es la dignidad de Jesús la que nos salvará, su sangre la que nos limpiará; sin embargo, tenemos trabajo que hacer para cumplir con las condiciones de aceptación» (página 95).

FE EN DIOS

Aquí hay uno que usted esperaría que apareciera en la lista: Fe. Bueno, ¡por supuesto! El texto clásico es Hebreos 11:6: «El que se acerca a Dios debe creer que Él existe, y que es remunerador de los que le buscan». Es interesante la forma en que está redactado. Dios es recompensador de los que le buscan diligentemente. No aquellos que buscan simplemente Sus bendiciones, sino aquellos que lo buscan, son los que encuentran su recompensa. Porque Él es la recompensa.

Observe que hay dos partes en esta creencia o fe. Primero, debemos creer que Él existe, y segundo, debemos creer que Él recompensa a quienes lo buscan, y Él es la

recompensa. Si esto es cierto, entonces la verdadera fe está más interesada en buscar al Dador, que en buscar los dones. En el momento en que me preocupo más por los dones que por el Dador, se me obstruye el camino para experimentar Sus dones. Ese es un principio interesante.

Elena de White cita este pasaje de Hebreos 11, y luego comenta:

«La seguridad es amplia e ilimitada, y fiel es Aquel que ha prometido. Cuando no recibimos precisamente las cosas que pedimos, en el momento en que lo pedimos, todavía debemos creer que el Señor escucha, y que responderá nuestras oraciones. Somos tan errados y miopes, que a veces pedimos cosas que no serían una bendición para nosotros, y nuestro Padre celestial en amor responde a nuestras oraciones, dándonos lo que será para nuestro mayor bien: lo que nosotros mismos desearíamos, si con una visión divinamente iluminada podríamos ver todas las cosas como realmente son. Cuando nuestras oraciones parezcan no ser contestadas, debemos aferrarnos a la promesa; porque seguramente llegará el momento de la respuesta, y recibiremos la bendición que más necesitamos. Pero afirmar que la oración siempre será contestada en la misma forma, y para lo particular que

deseamos, es presunción. Dios es demasiado sabio para errar, y demasiado bueno para negar cualquier cosa buena a los que caminan en integridad. Entonces no temáis, confía en Él, aunque no veas la respuesta inmediata a tus oraciones. Confía en su promesa segura: 'Pedid y se os dará'» (El camino a Cristo, página 96).

Entonces, la fe implica más que simplemente creer que Dios responderá a nuestras oraciones, de la manera exacta en que esperamos que actúe. Nuestra fe es en Él, no en una respuesta específica de Él. Podemos estar seguros de una respuesta, pero no podemos dictar cuál será Su respuesta.

La fe no es lo que a veces nos han hecho pensar. La fe no es creer que vamos a conseguir lo que le pedimos a Dios. Fe es creer que Él escucha y responde, obtengamos o no lo que pedimos. Fe es confiar en que Él sabe lo que es mejor, y seguramente nos dará lo mejor. Dedicaremos un capítulo aparte a este tema un poco más adelante.

PERSEVERANCIA

Hace varios años apareció una historia en la revista Insight, titulada algo así como «Sherry preguntó una vez».

La historia trataba de una niña que había perdido su bolso, y ella y sus amigas oraron y le pidieron a Dios que se lo encontrara. Después de pasar más tiempo buscando, y sin poder localizar el bolso, una de sus amigas dijo: «¿No deberíamos orar de nuevo?»

«¿Por qué?» ella respondió. «Ya le preguntamos a Dios sobre esto. ¿Crees que Él no escuchó? ¿Crees que es sordo? ¿Por qué tendríamos que preguntarle nuevamente?»

Así que no volvió a preguntar, para gran inquietud de sus amigas. Ella simplemente siguió su camino, dejando el asunto en manos del Señor. Varias semanas después, le devolvieron el bolso intacto.

Esa historia me recuerda la experiencia de Elías en el Monte Carmelo. Los profetas de Baal habían pasado todo el día rogando, suplicando, y danzando alrededor de su altar. Elías les dijo: «¡Griten más fuerte! Tal vez su dios esté dormido, tal vez esté hablando con otra persona y no esté prestando atención, tal vez esté de viaje».

Cuando llegó el turno de Elías, después de haber preparado su altar, ¿qué hizo? ¿Dijo: «Oh Dios, estoy en problemas. Por favor, ayúdame. Por favor, sácame de este. Por favor, por favor, por favor»? ¿Rogó y suplicó? No, él

hizo una simple oración. “Sea notorio hoy, que tú eres Dios en Israel, y que yo soy tu siervo (1 Reyes 18:36). Su oración duró menos de un minuto, y el fuego descendió del cielo a la vista de todo el pueblo.

Si te detuvieras allí, podrías estar de acuerdo en que «Sherry» tenía razón. Una simple petición es todo lo que necesitas para recibir lo que Dios vaya a hacer a tu favor.

¡Pero la historia de Elías aún no había terminado! ¿Recuerdas lo que pasó después que el fuego consumió el sacrificio, la madera, las piedras del altar, y el agua en la zanja, alrededor del altar? Todavía quedaban algunos asuntos pendientes. La crisis del Monte. El Carmelo se precipitó por el hecho de que no había llovido durante tres años y medio. Por muy espectacular que fuera el fuego del cielo, todavía no llovió cuando hubo hecho su trabajo.

Antes de que llegara la lluvia, Elías tuvo que subir solo a la cima de la montaña, lejos de las multitudes y de la intensidad del día. Llevando a su sirviente con él, oró por lluvia, luego envió a su sirviente a buscar una nube, como señal de que Dios estaba respondiendo a su oración.

La pequeña dama que escribió todos los libros hace este comentario:

«Cuando en el Monte Carmelo él [Elías] ofreció la promesa de lluvia, su fe fue probada, pero perseveró en dar a conocer su petición a Dios. Seis veces oró fervientemente y, sin embargo, no hubo señal de que su petición fuera concedida, pero con fe firme instó su súplica al Trono de la gracia. Si se hubiera dado por vencido en el desánimo la sexta vez, su oración no habría sido contestada, pero perseveró hasta que llegó la respuesta» (Comentarios de Elena G. de White, Comentario Bíblico Adventista, tomo 2, página 1034).

Observe que los héroes de la Biblia no oraron (tal vez incluso oraron varias veces), y luego concluyeron, debido a que no hubo respuesta aparente, que Dios había dicho «No». Sus oraciones terminaron en el punto de respuesta de Dios, que invariablemente llegó, incluso aunque a veces la respuesta fue «No». Elías esperó una respuesta definitiva. Hablaremos más sobre esto más adelante.

Elías no sólo siguió orando hasta que su oración fue respondida, sino que se nos da la idea, de que, si no hubiera perseverado, la respuesta habría sido diferente. Ése es un pensamiento solemne, ¿no?

¿Por qué perseveró? ¿Fue para cambiar a Dios? ¿Debía desgastar a Dios con su petición? ¿Para que Dios

finalmente cediera, de mala gana, y concediera su pedido? No. Ese no es el tipo de Dios al que servimos.

Examinaremos más a fondo, las razones por las que la perseverancia es una condición para la oración contestada, en un capítulo aparte. Por ahora, quiero dar a entender la premisa bíblica de que debemos perseverar en presentar nuestras peticiones ante Dios, y hay ejemplos bíblicos del hecho de que, si nos conformamos con pedir sólo una vez, puede haber ocasiones en que la respuesta sea diferente, que si hubiéramos continuado presentando nuestras peticiones ante Su trono hasta que Él respondiera.

UN ESPÍRITU DE PERDÓN

Justo en medio de la oración del Señor, encontramos la declaración: «Perdónanos nuestras deudas, como nosotros perdonamos a nuestros deudores» (Mateo 6:12). Jesús contó una vez la extraña historia de un siervo, que tenía una gran deuda con el rey; de hecho, una deuda abrumadora. No tenía dinero para pagar, por lo que el rey ordenó que lo enviaran a prisión. Pero el hombre pidió más tiempo y, abrumado por la compasión, el rey le perdonó toda su deuda, ¡desde el principio!

Al salir libre del palacio del rey, este siervo se topó con un consiervo que le debía una pequeña suma. Ahora, tal vez el sirviente quería devolverle el dinero al rey. Tal vez pensó que sería una buena idea comenzar a ahorrar, en caso de que algo así volviera a suceder, para no tener que estar a merced del rey en el futuro. Cualquiera sea el motivo, el sirviente del rey exigió el dinero que se le debía. Y como su consiervo no pudo pagar inmediatamente, el siervo del rey mandó que lo encarcelaran.

Alguien vio este pequeño drama, y le molestó. Se apresuró a regresar donde el rey, y le contó todo lo que había sucedido. El rey también estaba molesto; ¡tan enojado, de hecho, que llamó al siervo perdonado, y recuperó su perdón! La moraleja de la historia es: «Así también hará mi Padre celestial con vosotros, si no perdonáis de corazón, cada uno a su hermano sus ofensas» (Mateo 18:35).

¿Te gusta el cuento? ¿Te gusta la «moraleja» de la historia? ¿Estás contento de que Dios te trate como el rey trató a su siervo implacable? ¿Es esta una buena o una mala noticia?

Fue una mala noticia para el primer siervo, cuando se enteró de que lo iban a meter en prisión por una deuda

que no podía pagar. Fue una buena noticia cuando escuchó que el rey no iba a exigir el pago.

Fueron malas noticias para el segundo siervo, quien fue enviado a prisión por una deuda mucho menor que la del primer siervo. El primer siervo pudo haber pensado que era una buena noticia ver al segundo siervo encarcelado, pero fueron malas noticias cuando el rey canceló su perdón, y lo envió a prisión después de todo. ¡Sin duda, fueron buenas noticias para el segundo siervo, sentado solo en la celda de la prisión, cuando vio que traían al primer siervo para reunirse con él! Esas fueron malas noticias para el primer siervo, pero fueron buenas noticias para el pueblo del reino, cuando vieron que se había hecho justicia.

Entonces, si crees que la historia fue una buena o una mala noticia, depende de quién eres, y de dónde te encuentras en la historia, ¿no es así?

Esta historia ilustra lo que yo llamo el principio «siempre y cuando». Mientras aceptes el perdón de Dios para ti mismo, perdonarás a tu hermano. Cuando no perdonas a los demás, es simplemente una indicación de que ya no estás aceptando el perdón que Dios te ha ofrecido. Es posible que este primer siervo de la parábola

haya aceptado alguna vez el perdón del rey, aunque, hasta donde sabemos, nunca expresó su agradecimiento, por lo que tal vez nunca lo aceptó en primer lugar. Pero sabemos lo que hizo con el perdón del rey, en el punto de la historia en el que envió a su compañero de servicio a la celda. Rechazó el perdón del rey, en ese momento, independientemente de lo que había hecho antes.

Dios no es insistente. Él no impone su perdón a nadie. Si rechazamos su perdón, y por este medio mantenemos un espíritu implacable, Él acepta nuestra elección en el asunto, y no nos colma de sus bendiciones.

Esta parábola habla de algo más que del perdón superficial, porque en la «moraleja» de la historia, dice: «si no perdonáis de corazón». La única manera en que podemos tener perdón para los demás en nuestro corazón, es aceptar el perdón de Dios en nuestro corazón, para nosotros mismos.

VE DONDE SE ORA

¿Dónde se hace la oración? En primer lugar, en tu propio dormitorio. La oración secreta es el primer paso hacia la oración eficaz. Quienes oren en secreto, serán

recompensados en público. La oración familiar, la oración en grupo, o la oración pública, serán tan efectivas, como la efectividad de la vida de oración secreta de aquellos que se reúnen. La oración siempre comienza uno a uno con Dios.

Sin embargo, la oración en grupo es importante. El cuerpo de Cristo es importante. «El Camino a Cristo» dice que aquellos que realmente buscan la comunión con Dios, serán vistos en la reunión de oración (página 98). Aquellos que realmente buscan la comunión con Dios, buscarán cada oportunidad para reunirse con otros, y unirse con ellos en oración.

Cada uno de nosotros está invitado a presentar nuestras peticiones al Señor, en privado. Pero hay otras invitaciones para tener más poder en la oración.

Si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra sobre cualquier cosa que pidan, les será hecho por mi Padre que está en los cielos. Porque donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos (Mateo 18:19-20).

¡Hay poder en los números! Incluso en números pequeños: ¡números tan pequeños como dos y tres! Una razón por la que las oraciones grupales pueden ser más

efectivas puede ser que ayudan a Dios a resolver uno de sus mayores problemas: que los seres humanos se gloríen a sí mismos por el trabajo que ha realizado por ellos, y a través de ellos. Si usted y yo oramos por lo mismo, y Dios concede nuestras peticiones, ninguno de nosotros se sentirá tan tentado a atribuirnos el mérito, porque podría haber sido su oración la que Dios pudo responder, o podría haber sido la mía. ¿Quién puede saberlo?

Otro factor en las oraciones públicas y grupales se encuentra en el Antiguo Testamento. Dios se complace cuando todos vamos juntos a Su casa, y le ofrecemos oración. Puedes leer sobre esto en 2 Crónicas 6:24-31. Al pueblo de Israel se le instruyó, que, si estaban bajo ataque de un enemigo, o si no llovía, o si había una plaga en la tierra, podían venir a la casa de Dios, y exponer su caso delante del Señor, y Él escucharía desde el cielo, perdonaría sus pecados, y respondería a su petición.

ORA EN TODAS PARTES, POR TODO, TODO EL TIEMPO.

¡La oración ilimitada es la más efectiva! Estamos invitados a estar constantemente en actitud de oración,

para que nuestro pensamiento se dirija hacia Dios de manera espontánea, ante cualquier prueba inesperada, o en cualquier momento que necesitemos de Su gracia. Estamos invitados a estar continuamente conscientes de Sus bendiciones, a mantener una actitud de alabanza y acción de gracias hacia Él, y a estar siempre conscientes de Sus misericordias. Cuanto más de nuestra vida compartamos con Dios, más de Su respuesta, consejo, y sabiduría, nos dará a cambio. ¿Quieres más respuestas a la oración? ¡La respuesta es orar más! Dios no es como un hada madrina que se ofrece a cumplir tres deseos, ¡y nada más! Él tiene recursos ilimitados, y nos invita a acudir continuamente a Él, en busca de Su gracia y poder, en cada aspecto de nuestras vidas.

La oración incesante no significa una conversación incesante. Cuando estás con un amigo o familiar, no tienes que hablar todo el tiempo para comunicarte. Puedes comunicarte a través del silencio, a través de actividades compartidas, pasando tiempo juntos. Lo mismo ocurre en tu amistad con Dios. No es necesario hablar todo el tiempo para participar en una oración incesante. Pero Él puede ser tu Compañero invisible en toda tu vida diaria.

ORAR Y TESTIFICAR

Dios no quiere que nos volvamos ermitaños, nos retiremos del mundo, y dediquemos todo nuestro tiempo a la oración. La vida de Jesús es nuestro ejemplo. Vivió entre la montaña y la multitud. Pasó sus días con las multitudes, sanando, enseñando, y atendiendo sus necesidades. Pero, de hecho, siempre encontraba varias horas, cada día, en las que podía estar a solas con su Padre. Temprano en la mañana o al atardecer. Se apartaba del pueblo que lo seguía, y buscaba fortaleza en la comunión con el cielo.

Una de las razones por las que algunas personas tienen problemas con su vida devocional, es que no están trabajando. Cada vez que intentamos comer sin hacer ejercicio, el resultado es fatal, tanto en nuestra vida espiritual, como en nuestra vida física. De hecho, probablemente en nueve de cada diez casos, cuando alguien se queja de que su vida devocional se ha estropeado, la razón es que no ha podido involucrarse en la testificación y el ministerio a los demás. Para tener una vida de oración saludable, debemos involucrarnos en el servicio cristiano. Los dos siempre van juntos.

Orar y testificar es una condición importante para la oración contestada. Examinaremos más a fondo este tema en el capítulo sobre «Oración y Testificación».

PIDE EN EL NOMBRE DE JESÚS

No podemos presentarnos ante el Padre en nuestra propia justicia. Todos los cheques, que presentamos al banco celestial para ser cobrados, tienen que estar firmados por el Hijo de Dios, Jesús. Todavía hay poder en el nombre de Jesús, y estamos invitados a presentar nuestras peticiones en Su nombre.

Sin embargo, orar en el nombre de Jesús es más que «una mera mención de ese nombre, al principio y al final de una oración. Es orar en la mente y el espíritu de Jesús, mientras creemos en sus promesas, confiamos en su gracia, hacemos Sus obras» (El Camino a Cristo, páginas 100 y 101).

Debido al significado más profundo de pedir en el nombre de Jesús, es imposible orar en Su nombre con nuestras propias fuerzas. La única manera en que podemos orar en la mente y el espíritu de Jesús, la única manera en que podemos confiar en Sus promesas, y

realizar Sus obras, es que Él viva Su vida en nosotros. Para orar en el nombre de Jesús, debemos estar en estrecha relación con Él.

La invitación de Dios a presentar nuestras peticiones ante Él, en el nombre de Jesús, no significa que Él no esté dispuesto a escucharnos y bendecirnos. Jesús dijo:

«En aquel día, pediréis en mi nombre; y no os digo que rogaré al Padre por vosotros; porque el Padre mismo os ama, porque vosotros me habéis amado, y habéis creído que yo salí de Dios» (Juan 16:26-27).

Jesús habló de la disposición de los padres terrenales de dar buenos regalos a sus hijos, y luego preguntó: «¿Cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?» (Lucas 11:13).

Entonces, toda la Divinidad está involucrada. Debemos orar al Padre, en el nombre del Hijo, y pedir el don del Espíritu Santo, quien inspira nuestras oraciones, y las presenta ante el Padre en nuestro nombre. ¡Todo el cielo está interesado en responder a nuestras oraciones!

AGRADECIMIENTO Y ALABANZA

Los salmos están llenos de alabanzas a Dios. Puedes encontrar muchos ejemplos. Notaremos dos aquí: «¡Oh, si los hombres alabaran al Señor por su bondad, y por sus maravillas para con los hijos de los hombres!» «Te alabaré, oh, Señor, entre los pueblos, y te cantaré salmos entre las naciones» (Salmos 107:8; 108:3).

«Nuestros ejercicios devocionales no deben consistir exclusivamente en pedir y recibir. No estemos siempre pensando en nuestras necesidades, y nunca en los beneficios que recibimos. No oramos demasiado, pero somos demasiado parcos en dar gracias. Somos receptores constantes de las misericordias de Dios y, sin embargo, qué poca gratitud expresamos, qué poco le alabamos por lo que ha hecho por nosotros» (El camino a Cristo, páginas 102 y 103).

¿Por qué son tan importantes la alabanza y la acción de gracias? Porque a través de la alabanza y la acción de gracias colocamos la gloria de Dios donde pertenece, y evitamos que Su gloria se nos atribuya a nosotros mismos. Además, es muy difícil alabar y agradecer a Dios por sus bendiciones, y al mismo tiempo, sentirse triste y descontento. Dios quiere que encontremos gozo al

servirle. Él quiere que nos regocijemos en nuestra relación con Él. Después de todo, ¡Él se regocija en Su relación con nosotros! Él dice: «He aquí mi siervo, a quien yo sostengo; mi elegido, en quien mi alma tiene complacencia». «Jehová tu Dios, en medio de ti es poderoso; Él salvará, se regocijará sobre ti, con gozo; descansará en su amor, se regocijará sobre ti, con cánticos» (Isaías 42:1; Sofonías 3:17).

¿Sabías que Dios se deleita en ti? ¿Sabías que Él se regocija tanto por ti, que estallará en canción debido a Su gozo en ti? Piensa en eso: ¡El Dios del universo cantando sobre ti, porque está muy feliz por ti! Y Él te invita a encontrar gozo y deleite en Él. «Deléitate también en Jehová, y Él te concederá las peticiones de tu corazón» (Salmo 37:4).

CAPÍTULO 7: ORACIÓN Y PECADO ACARICIADO

«He aquí, la mano del Señor no se acorta para no poder salvar; ni su oído se ha vuelto pesado para oír; sino que vuestras iniquidades han separado entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír» (Isaías 59:1-2).

Si en mi corazón hubiese yo mirado la iniquidad, el Señor no me escuchará (Salmo 66:18).

Estos son dos de los textos bíblicos favoritos del diablo, ¡y los cita cada vez que puede! ¿Dudas que el diablo cite textos bíblicos? Mira las tentaciones que le presentó a Jesús, cuando estaba en el desierto. El diablo citó las Escrituras. Citar las Escrituras para disfrazar sus tentaciones es una de las prácticas más antiguas del diablo, y me gustaría sugerir que estos dos textos se encuentran entre sus favoritos.

Esto no quiere decir que el Espíritu Santo no haga uso de estos textos para convencer de pecado. Pero la convicción del Espíritu Santo siempre nos animará a venir a Dios, como el único remedio para nuestra condición

pecaminosa. Si alguna vez comenzaste a orar, y de repente recordaste estos dos textos, y te detuviste allí mismo porque temías ser demasiado pecador para venir a Dios, entonces has escuchado al diablo citando estas escrituras en tu oído.

Pero antes de continuar, hagamos una lista de algunas cosas que no intentamos decir en este capítulo. De esta forma, evitaremos malentendidos a medida que avancemos en nuestro tema.

No estamos diciendo que esté bien pecar.

No estamos diciendo que Dios pasa por alto o excusa el pecado.

No estamos diciendo que la victoria sea imposible o innecesaria.

No estamos diciendo que no hace ninguna diferencia, para la respuesta a la oración, si estás involucrado en pecado o no.

No estamos diciendo que tengas que estar casi listo para la traslación, antes de poder orar efectivamente.

No estamos diciendo que sea tu justicia, tu obediencia, o tu victoria, lo que permite a Dios responder tus oraciones.

Necesitamos tener una definición clara de pecado, antes de discutir el efecto del pecado en las respuestas a las oraciones. No debemos definir el pecado únicamente en términos de comportamiento. Más bien, siempre debemos definir el pecado en términos de relación. Pecar significa vivir una vida apartado de Dios. El pecado es separación de Dios. Esto resulta en los pecados, es decir, quebrantar los mandamientos, injusticia exterior, y comportamiento incorrecto. Pero la raíz del problema del pecado es siempre una relación rota. El comportamiento pecaminoso es sólo el resultado. Jesús dijo:

«Esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo el que hace lo malo aborrece la luz, y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas» (Juan 3:19-20).

Si deseas una definición de «pecado acariciado», pruebe con esta: Pecado acariciado es cualquier pecado que le hace desechar su relación con Cristo, para continuar con el pecado. Aquí hay otra definición: El pecado acariciado es cuando deliberadamente te alejas de la Luz, porque no quieres que tus obras sean reprendidas. No es pecado acariciado cuando caes, fracasas, y pecas debido a

la debilidad y la inmadurez. No es un pecado acariciado mientras sigas viniendo a la Luz, porque más que nada quieres permitirle que Él te guíe a la victoria sobre tus pecados y fracasos. «Los errores cometidos por ignorancia, irreflexión, o debilidad, no son pecados voluntariosos y premeditados» (5TPI 605).

Cuando David huía de Saúl, se cansó tanto de la lucha, que perdió su dominio sobre Dios. Pecó al acudir a los filisteos, que eran enemigos del pueblo de Dios, y al hacer un pacto con ellos para su propia protección. Dios fue deshonrado por la incredulidad de David.

Al poco tiempo, David se vio colocado en una posición difícil, debido a su proceder. Los filisteos decidieron ir a la guerra contra Israel, y le dijeron a David que esperaban que él se uniera a ellos en la batalla. Pero observe este comentario sobre la situación de David:

«David sintió que se había extraviado del camino. Mucho mejor hubiera sido para él, encontrar refugio en las fuertes fortalezas de las montañas de Dios, que en los enemigos declarados de Jehová y su pueblo. Pero el Señor en su gran misericordia no castigó este error de su siervo, dejándolo solo en su angustia y perplejidad; porque, aunque David, al perder el control del poder divino, había

vacilado, y se había desviado del camino de la estricta integridad, el propósito de su corazón seguía siendo ser fiel a Dios» (Patriarcas y Profetas, página 690).

David había pecado, pero no era culpable del pecado que acariciaba. Su corazón todavía estaba inclinado hacia Dios. Él no se negó a venir a la Luz. Por el contrario, debido a que siguió viniendo a la Luz, se le mostró el error de su camino, y se le llevó al arrepentimiento.

Podemos estar absolutamente seguros de una cosa: todo lo que la Biblia quiere decir con oraciones que no pueden ser contestadas, porque consideramos la iniquidad en nuestros corazones; cualquiera que sea el significado de pecados que nos separan de Dios, para que Él no pueda escuchar nuestras oraciones, nunca puede significar oraciones de arrepentimiento y confesión. Si no pudiéramos volvernos a Dios y buscar Su gracia para lidiar con la iniquidad en nuestros corazones, estaríamos sin esperanza. Por nosotros mismos, no hay manera de que podamos eliminar la iniquidad de nuestros propios corazones. Sólo el poder de Dios puede lograr eso por nosotros. Y Dios es muy paciente con nosotros a medida que crecemos, mientras tratamos de aprender a entregarle el control de nuestras vidas.

Los discípulos discutieron durante los tres años y medio que caminaron con Jesús. Ellos sabían lo que estaban haciendo. Sabían que estaba mal. ¡Se quedaron a lo largo del camino, para que Jesús pudiera adelantarse lo suficiente como para no poder escuchar lo que decían! ¿Alguna vez, en tu relación con Dios, has tratado de mantener suficiente distancia entre tú y Él, para que Él no se dé cuenta de lo que estabas pensando o haciendo? No funciona, ¿verdad? Tampoco funcionó para los discípulos. Jesús lo sabía, a pesar de sus precauciones. Los reprendió, les aconsejó, y siguió caminando con ellos. Los discípulos pecaron, pero no acariciaron sus pecados, a pesar de que por un tiempo parecieron caer en el mismo pecado una y otra vez. No estaban acariciando el pecado, porque seguían viniendo a la Luz, y buscándola, en lugar de huir de ella. Al final, en lugar de desechar su relación con Cristo a favor del pecado, todos los discípulos, excepto Judas, desecharon sus pecados a favor de la relación. Sólo Judas era culpable del pecado acariciado, salió y se ahorcó. Como no estaba dispuesto a entregarse al Dios de arriba, se entregó a los perros de abajo.

Durante los tres años y medio que los discípulos trabajaron codo a codo con Jesús, oraron por los enfermos, expulsaron demonios, e incluso se les dio poder para

resucitar a los muertos. Jesús les dijo que sus nombres estaban escritos en el cielo. Sin embargo, no experimentaban la victoria todo el tiempo, ni siquiera sobre el «pecado conocido».

En cambio, su victoria, al igual que su dependencia de Cristo, fue intermitente. En un momento, dependerían de Cristo y experimentarían Su poder en sus vidas. Al momento siguiente, dependerían de sí mismos y volverían a pecar. En un minuto, Jesús elogió a Pedro por decir: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente». Al minuto siguiente, decía: «Vete de mí, Satanás» (Mateo 16:16 y 23). En un momento, Pedro podía caminar sobre el agua. Al instante siguiente, se estaba hundiendo bajo las furiosas olas. Un momento después de eso, ¡estaba caminando sobre el agua otra vez!

Les tomó un período de tiempo, en su experiencia de llegar a la Luz, para que los discípulos aprendieran la fe y la dependencia. Pero siguieron llegando a la Luz y, al final, el resultado de la Luz actuando en sus vidas, fue manifiesto.

Pero el punto que nos interesa especialmente aquí es que los discípulos no tuvieron que esperar hasta alcanzar la madurez cristiana para recibir respuesta a sus oraciones. Incluso sus oraciones por otras cosas, además del

arrepentimiento y el perdón, fueron respondidas desde el comienzo de su caminar con Jesús. No tuvieron que esperar hasta que pasaran Su muerte y resurrección. No tenían que esperar hasta después del derramamiento del Espíritu en Pentecostés.

Por otro lado, ¿hizo alguna diferencia, cuando su fe y confianza en Dios finalmente maduraron, y recibieron el bautismo del Espíritu? ¡Por supuesto que sí!

Si los discípulos hubieran decidido esperar hasta poder conocer la experiencia suprema de la oración, antes de comenzar a orar, nunca habrían conocido el poder de la oración en absoluto. Tenían que comenzar desde el principio, y dejar tiempo para que los frutos del Espíritu se desarrollaran en sus vidas. Y hoy debemos hacer lo mismo.

No debemos sentirnos tan abrumados por el pensamiento de nuestros pecados y errores, como para dejar de orar. Algunos se dan cuenta de su gran debilidad y pecado, y se desaniman. Satanás proyecta su sombra oscura, entre ellos y el Señor Jesús y su sacrificio expiatorio. Dicen: «Es inútil que ore. Mis oraciones están tan mezcladas con malos pensamientos que el Señor no las escucha.» Muchos, al no comprender que sus dudas provienen de Satanás, se vuelven pusilánimes, y son derrotados en el

conflicto. «No dejéis de orar porque vuestros pensamientos sean malos. Si pudiéramos orar correctamente con nuestra propia sabiduría y fuerza, también podríamos vivir correctamente y no necesitaríamos ningún sacrificio expiatorio» (Ellen G. White, *Signs of the Times*, 18 de noviembre de 1903).

Sin el privilegio de la oración, no tenemos esperanza de llegar al lugar donde podamos orar eficazmente. Es a través de la vía de la oración que se recibe la victoria sobre el pecado. Es a través de la oración que llegamos a tener comunión con el cielo. Es a través de la oración que nuestros corazones cambian. Se nos ha dicho que cuando es más difícil orar, es cuando más debemos orar. Cuanto menos dignos nos sentimos, menos derecho tenemos a acercarnos al trono de la gracia, y más desesperadamente necesitamos orar.

El diablo trabaja duro para impedirnos orar, porque sabe que la oración es el secreto del poder en la vida cristiana.

«El adversario busca continuamente obstruir el camino hacia el propiciatorio, para que mediante fervientes súplicas y fe no obtengamos gracia y poder para resistir la tentación» (El camino a Cristo, página 95).

El diablo viene a ti con una tentación para que peques, y te dice: «El pecado no es gran cosa. Dios no es tan particular. ¿No lo has oído? Es más fácil pedir perdón que pedir permiso. Sigue adelante y haz lo tuyo». Siempre puedes disculparte después».

Luego, tan pronto como cedes, sacude la cabeza y dice: «Ahora lo has hecho. Realmente lo arruinaste ahora. Dios nunca perdonará algo tan terrible. No tiene sentido siquiera pedir perdón, ni siquiera tiene sentido intentar orar». ¿No lo has escuchado? Dios no puede escuchar tus oraciones cuando tienes iniquidad en tu corazón».

Y muy a menudo terminamos escuchándolo, ¡en ambas ocasiones! No nos damos cuenta de que ha cambiado su historia, como lo hacen todos los mentirosos, y tenemos miedo de orar, miedo de buscar la ayuda de Dios, porque sabemos que hemos pecado.

COSECHANDO LO QUE SIEMBRAS

Una vez, un grupo de nosotros estábamos teniendo una discusión el sábado por la tarde, y alguien dijo: «Si haces algo que sabes que está mal, y te metes en problemas, entonces no puedes esperar que Dios venga y

te libre de eso. Él puede estar dispuesto a aceptarte nuevamente, en lo que respecta a la vida eterna, cuando te arrepientas. Pero tienes que cosechar los resultados de lo que has hecho».

¿Crees eso? ¿Crees en la ley de la cosecha, que todo lo que siembres, eso es lo que vas a cosechar? Quizás encuentres consuelo en el hecho de que Dios está dispuesto a caminar contigo mientras cosechas. Pero ¿alguna vez Dios responderá a tus oraciones pidiendo una buena cosecha de avena, después de haber sembrado tu avena silvestre? ¿No se nos dice que, si sembramos viento, cosecharemos tempestades?

El Salmo 107 presenta cuatro escenarios. Describe cuatro tipos de personas. Primero, están los que han sido exiliados. Están vagando por el desierto, hambrientos y sedientos, y no tienen ciudad donde habitar. El segundo grupo son rebeldes, sentados en tinieblas, atados a la aflicción. Sus corazones han sido abatidos por el trabajo. Han caído, y no hay nadie que los ayude. El tercer grupo son necios. Su aflicción es el resultado de su propia necesidad, de sus propias iniquidades. El cuarto grupo está formado por gente corriente, que se dedica a sus tareas cotidianas. Son marineros y pescadores, que bajaron al mar

en barcos para hacer negocios, pero se toparon con fuertes tormentas y están desquiciados.

Estos cuatro grupos (los exiliados, los rebeldes, los necios, y los trabajadores) tienen una cosa en común, que se repite al final de cada escenario. Puedes encontrarlo en los versículos 6, 13, 19, y 28. No hay diferencia si sus problemas son el resultado de su propia necesidad, de su propia rebelión, o simplemente el resultado de vivir en un mundo de pecado. Una respuesta sirve para todos:

Entonces, clamaron al Señor en su angustia, y Él los salvó de sus angustias.

En un nivel práctico, puede que no haga mucha diferencia si tu necesidad causó los problemas y las crisis que enfrentas hoy, porque no importa quién sea el culpable, la solución es la misma: acude al Señor con tus problemas. Él tiene poder para salvar, incluso a los necios y a los rebeldes.

REGLAS VERSUS LEYES

En su libro «Siéntese, Camine, Párese», Watchman Nee distingue entre una regla y una ley. Un ejemplo de regla sería la de velocidad máxima de 55 kilómetros por hora. Nos referimos a esto como una ley, pero en realidad no lo

es, porque es posible ir más rápido que 55 kilómetros por hora. Probablemente lo hayas hecho muchas veces sin que te atrapen, o tengas un accidente, o que tu auto se desintegre en la carretera. El hecho de que el gobierno nos pida que conduzcamos a 55 kilómetros por hora, no significa que sea imposible conducir más rápido. Los límites de velocidad son reglas, no leyes.

Por el contrario, consideremos la gravedad. La ley de la gravedad actúa los domingos, jueves, y lunes por la tarde. No importa si alguien está mirando. Funciona igualmente para el hombre común, para los reyes, y para los presidentes. Nadie está exento. La ley de la gravedad es inflexible. No hay forma de eludir la ley de la gravedad. Es más que una recomendación, o un buen consejo. Es más que una regla. Es una ley. ¿Ves la diferencia?

Sólo hay una manera de eludir una ley. No puedes ignorarla, pero puedes encontrar una ley mayor que la supere. ¿Existe una ley mayor que la ley de la gravedad? Sí, hay una ley que dice que cualquier cosa más ligera que el aire, sube. ¡Esa es la ley que mantiene los globos de helio en el aire, durante un picnic! La ley de que algo más ligero que el aire suba, es mayor que la ley de la gravedad. Es tan

natural que un globo de helio suba, como que una manzana caiga.

El mismo principio se aplica a las leyes espirituales. Pablo habla de dos leyes espirituales, en Romanos 7 y 8. Mira primero Romanos 7, donde acaba de terminar de expresar su frustración, por el descubrimiento de que el bien que quiere hacer no lo hace, mientras que el mal, que no quiere hacer, es exactamente lo que termina haciendo. El versículo 21 dice: «Entonces encuentro una ley, según la cual, cuando quiero hacer el bien, el mal está presente en mí». Pablo estaba luchando con la ley del pecado y la muerte, que al igual que la ley de la gravedad, lo empujaba hacia abajo. Todos los que nacemos en este mundo de pecado estamos sujetos a esa ley. Incluso cuando queremos hacer el bien, el mal está presente en nosotros. Es una ley.

¡Pero aquí están las buenas noticias! Hay una ley que es mayor que la ley de Romanos 7:21. Se encuentra en Romanos 8:2: «La ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús, me ha librado de la ley del pecado y de la muerte». Aunque la ley del pecado y de la muerte es tan cierta como la ley de la gravedad, existe otra ley mayor, la ley del espíritu de

vida en Cristo Jesús, que puede liberarnos de los efectos de la primera ley.

Con esto en mente, volvamos a los dos primeros textos de este capítulo, Isaías 59 y Salmo 66. Cuando se nos dice: «Si en mi corazón mirare la iniquidad, el Señor no me escuchará», ¿estamos hablando de una regla, o una ley? ¿Cuál piensas?

¿Recuerdas al ciego de Juan 9, el que había sido ciego de nacimiento? Después de ser sanado, lo llamaron ante los líderes judíos para explicar lo sucedido. Él dijo: «Y sabemos que Dios no oye a los pecadores; pero si alguno es temeroso de Dios, y hace su voluntad, a ese oye.» (versículo 31). ¿Estaba diciendo la verdad o no?

Es ley que Dios no escucha a los pecadores, que no responde a los que tienen iniquidad en sus corazones. Pero hay buenas noticias. Hay una ley mayor. De hecho, hay varias leyes más importantes, que podemos considerar a este respecto.

La primera ley mayor dice que la misericordia de Dios excede a su justicia. Si Dios estuviera buscando una excusa para acabar con este mundo pecaminoso, podría haberlo hecho hace mucho tiempo. Pero Su misericordia se extiende a todo aquel que acude a Él, en busca de ayuda,

¡y no hay período de espera! No tenemos que dedicar cierta cantidad de tiempo a comportarnos bien, para que Él nos ayude. Tan pronto como venimos a Él, Él nos acepta. Jesús dijo: «Al que a mí viene, no lo rechazo nunca» (Juan 6:37).

«Algunos parecen sentir, que deben estar a prueba y deben demostrarle al Señor que están reformados, antes de poder reclamar Su bendición. Pero pueden reclamar la bendición de Dios, incluso ahora. Deben tener Su gracia, el Espíritu de Cristo, para ayudar en sus debilidades, o no podrán resistir el mal. A Jesús le encanta que vengamos a Él, tal como somos, pecadores, indefensos, y dependientes. Podemos venir con toda nuestra debilidad, nuestra locura, nuestra pecaminosidad, y caer a sus pies en arrepentimiento. Es su gloria rodearnos en los brazos de su amor, y vendar nuestras heridas, limpiarnos de toda impureza» (El camino a Cristo, página 52).

La ley de la misericordia de Dios, extendida sin período de espera, es una de las leyes más grandes que reemplaza a la de la iniquidad en el corazón. Esta ley mayor de la misericordia de Dios explica por qué los discípulos podían sanar a los enfermos, expulsar demonios, y resucitar a los muertos, y aun así no ser perfectos. La razón es que cada

vez que acudían a Cristo, eran aceptados inmediatamente. No tenían que permanecer rendidos a Él, durante tantas semanas, días, horas, o incluso minutos, antes de presentar sus peticiones de bendiciones. Él se puso a trabajar en su nombre de inmediato.

¿Recuerdas su experiencia, al pie del Monte de la Transfiguración? Los discípulos dependían de sí mismos, en lugar de depender de Jesús. Se sintieron avergonzados y sorprendidos, al descubrir que su oración por la curación del niño poseído no fue respondida. No sólo les faltó fe a ellos, sino también al padre del niño, quien inició la petición.

Entonces, vino Jesús y clamaron a Él pidiendo ayuda. Se dieron cuenta de su necesidad. El padre del niño dijo: «Pensé que creía, pero evidentemente no creo lo suficiente. Por favor, ayúdame con mi incredulidad». Y el niño fue sanado (ver Mateo 17:14-21).

Una segunda ley, que es mayor que la ley sobre la iniquidad en el corazón, es la ley de la gloria de Dios. Esta es la ley que Moisés alegó en Éxodo 32:12. El pueblo de Israel estaba descalificado para la ayuda de Dios, debido a la ley del pecado y la muerte, pero Moisés alegó una ley

mayor, como la razón por la cual Dios no debería destruir a Israel:

«¿Por qué han de hablar los egipcios, diciendo: Para mal los sacó, para matarlos en los montes, y para raerlos de sobre la faz de la tierra? Vuélvete del ardor de tu ira, y arrepíentete de este mal contra tu pueblo.»

Muchas veces en la historia de nuestro mundo, esta segunda ley mayor, ha estado en operación, y los juicios que Dios podría haber enviado para cumplir la primera ley, fueron evitados debido a la segunda ley, Su nombre, gloria, y reputación en la tierra.

Una tercera ley, que es mayor que la ley sobre la iniquidad en el corazón, es la ley de que Dios puede responder cuando se le pide que intervenga. Volvemos nuevamente al hecho de que siempre es correcto preguntar. Abraham descendió a Egipto, donde mintió acerca de que Sara era su esposa, y se metió en problemas. Pero invocó a Dios para que lo liberara, y Dios pudo responder, porque uno de sus hijos le había apelado. Abraham estaba equivocado, pero fue liberado. ¡Puedes leer sobre esto en Génesis 12:11-20, y nuevamente en Génesis 20! Porque, verás, Abraham no aprendió la lección la primera vez. Hizo lo mismo otra vez, y nuevamente Dios

lo libró, a pesar de que él mismo provocó el problema, por su propio pecado.

Sansón es otro ejemplo de esta tercera ley mayor. ¡Sansón era un sinvergüenza! ¿Has leído su historia últimamente? Estudia Jueces 13 al 16. Sansón pecó repetidamente, pero cuando se volvió e invocó el nombre del Señor, Dios lo libró.

¿Qué pasa con Ester? ¿Has mirado su vida últimamente? Tendemos a pensar en Ester como una rival de María, la madre de Jesús, en pureza e integridad. Pero ella se casó con un rey idólatra, algo que al pueblo de Dios se le había advertido específicamente que no hiciera, ¡y tuvo relaciones sexuales con él, incluso antes de casarse! Además, ocultó el hecho de que era parte del pueblo de Dios. Pero cuando ella oró por el pueblo de Dios, Dios escuchó su oración, y la usó para liberarlos.

Mira a Balaam. No sólo era un seguidor profeso de Dios, sino que también era un profeta. Mira la historia de Israel. Mira a Simón el fariseo, quien fue sanado de su lepra antes de convertirse, y antes de aceptar a Jesús como su Salvador.

A veces, hacemos que parezca demasiado difícil acercarse a Dios. Creemos que tenemos que estar casi

listos para la traslación, antes de poder presentarle nuestras peticiones, y esperar una respuesta. Quizás hagamos esto para enfatizar la importancia de la victoria, la obediencia, y la superación. Pero creo que estarás de acuerdo, en que es seguro quedarse con la Biblia en este tema.

Lee 2 Crónicas 6:24-31. Dios estaba dando instrucciones especiales al pueblo de Israel, y Él hizo todo lo posible para hacerles saber, que incluso cuando habían pecado, todavía estaban invitados a Su presencia. Fueron invitados a pedir Su liberación del castigo, y de los resultados de su transgresión, no sólo el perdón y la vida eterna. Es un pasaje bastante largo, pero vale la pena considerarlo. Comenzaremos con el versículo 24:

«Si tu pueblo Israel fuere derrotado delante del enemigo por haber prevaricado contra ti, y se convirtiere, y confesare tu nombre, y rogare delante de ti en esta casa; tú oirás desde los cielos, y perdonarás el pecado de tu pueblo Israel, y les harás volver a la tierra que diste a ellos y a sus padres.».

«Si los cielos se cerraren y no hubiere lluvias, por haber pecado contra ti, si oraren a ti hacia este lugar, y confesaren tu nombre, y se convirtieren de sus pecados, cuando los

afligieres, tú los oirás en los cielos, y perdonarás el pecado de tus siervos, y de tu pueblo Israel, y les enseñarás el buen camino para que anden en él, y darás lluvia sobre tu tierra, que diste por heredad a tu pueblo. Si hubiere hambre en la tierra, o si hubiere pestilencia, si hubiere tizoncillo o añublo, langosta o pulgón; o si los sitiaren sus enemigos en la tierra en donde moren; cualquiera plaga o enfermedad que sea; toda oración y todo ruego que hiciere cualquier hombre, o todo tu pueblo Israel, cualquiera que conociere su llaga y su dolor en su corazón, si extendiere sus manos hacia esta casa, tú oirás desde los cielos, desde el lugar de tu morada, y perdonarás, y darás a cada uno conforme a sus caminos, habiendo conocido su corazón; porque solo tú conoces el corazón de los hijos de los hombres; para que te teman y anden en tus caminos, todos los días que vivieren sobre la faz de la tierra que tú diste a nuestros padres».

Dios ha hecho todo lo que un Dios de amor sabe hacer, para hacérselo lo más fácil posible, ¿no? Ha trabajado una y otra vez para liberar, ayudar, y sanar a quienes no tenían derecho a su bendición. De hecho, ninguno de nosotros recibe lo que merecemos, o no estaríamos vivos en este momento. Ninguno de nosotros

merece el cielo, ni la vida eterna, ni la menor de las misericordias de Dios.

¿Te preocupa, que la aplicación de las leyes más importantes de Dios conduzca a la licencia? No debes preocuparte. Si Dios está dispuesto a correr ese riesgo, ¿por qué deberíamos dudar? Se nos ha dicho que la bondad amorosa y la misericordia de Dios, nos llevan al arrepentimiento. Cuando comprendamos Su misericordia y amor en nuestra propia experiencia, nuestros corazones se quebrantarán, y seremos atraídos hacia Él.

CAPÍTULO 8: ORACIÓN Y SUPERACIÓN

Cuando mi hijo estaba en la universidad, le interesaba la escalada en roca. Una vez fue a escalar rocas en Yosemite con un amigo suyo, un hombre mayor, y al subir a un acantilado, se les cayó la cantimplora.

El día era caluroso, y la subida era larga. De hecho, pasaron la noche colgados de las cuerdas. Al día siguiente, cuando finalmente llegaron a la cima, ambos estaban deshidratados. De hecho, necesitaban agua tan desesperadamente, que apenas podían caminar. El hombre mayor jadeó: «Tráeme agua. ¡El dinero no es un problema!». Y quedó allí tendido, incapaz de avanzar más.

Mi hijo lo dejó, y logró llegar a la orilla de un arroyo a cierta distancia. Más tarde, describió lo maravilloso que sabía aquel trago de agua. ¡Me dio sed sólo de oírlo!

Pudo renovar sus energías después de beber, y pudo llevarle un poco de agua a su amigo. ¡Ambos se recuperaron, aunque mi hijo estaba tan deshidratado que perdió más de veinte libras!

El agua es un regalo maravilloso. Para la mayoría de nosotros, la mayor parte del tiempo está disponible tan

fácilmente y en abundancia, que no somos capaces de apreciar lo que sería no tener toda la que necesitamos.

La Biblia habla mucho sobre el agua. El agua se utiliza a menudo como símbolo de vida espiritual. Isaías dijo:

«Oye, todo el que tiene sed, venid a las aguas, y el que no tiene dinero; Venid, comprad, y comed, sí, venid, comprad vino y leche, sin dinero y sin precio» (Isaías 55:1).

Nota las palabras de Jesús: «'Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia»; «El que cree en mí, no tendrá sed jamás» (Mateo 5:6; Juan 6:35). Le dijo a la mujer del pozo:

«El que bebiere del agua que yo le daré, jamás tendrá sed; pero el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna» (Juan 4:14).

A la multitud en el templo, Jesús dijo: «Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba» (Juan 7:37). Y en Apocalipsis 22:17, nuevamente hace la oferta: «El que tenga sed, venga; y el que quiera, tome gratuitamente del agua de la vida». El cielo se describe como un lugar con abundante agua:

«Ya no tendrán hambre ni sed, y el sol no caerá más sobre ellos, ni calor alguno; porque el Cordero que está en medio del trono los pastoreará, y los guiará a fuentes de

aguas de vida; y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos.» (Apocalipsis 7:16-17).

Dios usó el agua, para enseñar al pueblo de Israel lecciones importantes sobre su necesidad de él, y su dependencia de él, para la salvación:

«[Tú] les diste pan del cielo para su hambre, y les sacaste agua de la peña para su sed, y les prometiste que entrarían a poseer la tierra que habías jurado darles» (Nehemías 9:15).

«No tuvieron sed cuando los condujo por los desiertos, les hizo brotar aguas de la peña; también partió la peña, y brotaron las aguas» (Isaías 48:21).

Volvamos al tiempo de los vagabundeos de Israel en el desierto, y consideremos las dos veces en que les salió agua de la roca. En el proceso, podemos descubrir ayudas sorprendentes en materia de oración y superación.

AGUA DE LA ROCA, PARTE 1

Dios sacó agua de la roca por primera vez, poco después de que los israelitas abandonaran la tierra de Egipto. Ya habían visto la división del Mar Rojo, las aguas

de Mara cambiaron de amargas a dulces, y el maná fue enviado para suplir sus necesidades de alimento. Ahora bien, cuando llegaron a Refidim, no había agua. Los suministros que habían traído se estaban agotando, por lo que la gente hizo lo habitual. Comenzaron a quejarse. Lamentaron el hecho de haber abandonado Egipto, y culparon a Moisés por el problema. De hecho, estaban tan enojados con él, que estuvieron a punto de apedrearlo.

Entonces Moisés hizo lo habitual: cayó de rodillas. Leamos la historia:

«Entonces, clamó Moisés a Jehová, diciendo: ¿Qué haré con este pueblo? De aquí a un poco me apedrearán. Y Jehová dijo a Moisés: Pasa delante del pueblo, y toma contigo de los ancianos de Israel; y toma también en tu mano tu vara con que golpeaste el río, y ve. He aquí que yo estaré delante de ti, allí sobre la peña en Horeb; y golpearás la peña, y saldrán de ella aguas, y beberá el pueblo. Y Moisés lo hizo así en presencia de los ancianos de Israel. Y llamó el nombre de aquel lugar Masah y Meriba, por la rencilla de los hijos de Israel, y porque tentaron a Jehová, diciendo: ¿Está, pues, Jehová entre nosotros, o no?» (Éxodo 17:4-7).

¡Esta provisión milagrosa para las necesidades de la gente, tenía como objetivo darles algo más que agua! Dios les estaba enseñando lecciones que necesitaban aprender, y ayudándolos a desaprender muchos de los conceptos erróneos que habían adquirido durante su estancia en Egipto.

Era una ilustración, por así decirlo, de la gran verdad de la justificación por la fe. La Roca era un símbolo de Cristo. Pablo dijo: «Todos bebieron la misma bebida espiritual, porque bebían de la Roca espiritual que los seguía, y esa Roca era Cristo» (1 Corintios 10:4).

El golpe de la Roca representó la muerte de Cristo por el pecado. «Cristo fue ofrecido una sola vez, para llevar los pecados de muchos» (Hebreos 9:28). Cuando Cristo murió en la cruz, una vez por todos, la salvación estuvo disponible para todos. La justificación significa salvación para los más débiles, los más pecadores, los más indignos, los más indefensos. No lo recibimos por nuestro propio mérito, ni por nuestra propia justicia, sino por medio de Jesucristo, nuestro Salvador y Abogado. Gracias a la cruz, podemos venir a la Roca, Cristo Jesús, y ser presentados ante el Padre, perdonados y aceptados. De hecho, se ofrece más que perdón. Gracias a la cruz, podemos aceptar el sacrificio

de Jesús a nuestro favor, y presentarnos ante el Padre como si nunca hubiéramos pecado. ¡Eso es justificación, y es hermoso!

¡Pero había más por venir! La salvación incluye más que la justificación. También incluye la santificación y, en última instancia, la glorificación cuando Jesús regrese. Incluso después de que los israelitas aceptaron el agua de la vida y el perdón proporcionado, incluso después de que decidieron convertirse en el pueblo de Dios, todavía había más que aprender acerca de la salvación.

El autor de Hebreos habla de ello en el capítulo 4, cuando describe el «descanso» adicional para el pueblo de Dios: no sólo debemos descansar de nuestros propios intentos de salvarnos de la culpa del pecado; también debemos descansar de nuestros intentos de salvarnos del poder del pecado. No sólo somos incapaces de lograr nuestro propio perdón; ¡Somos incapaces de lograr nuestra propia obediencia! Pablo dijo: «Queda, pues, un reposo para el pueblo de Dios. Porque el que entra en su reposo, también cesará de sus obras, como Dios de las suyas» (Hebreos 4:9-10).

El pueblo de Israel tardó en entrar en este reposo. Les parecía difícil de entender, y aún más difícil de

experimentar. Incluso, Moisés tuvo problemas para conocer la experiencia todo el tiempo, como vemos en la historia de Números 20, cuando se sacó agua de la roca por segunda vez.

AGUA DE LA ROCA, PARTE 2

Treinta y ocho años después, cerca del final de su peregrinaje por el desierto, Dios volvió a sacar agua de la roca. Puedes leer la historia en los números 20. La Biblia dice:

«Entonces vinieron los hijos de Israel, toda la congregación, al desierto de Zin en el mes primero; y el pueblo se quedó en Cades; y allí murió Miriam, y allí fue sepultada. Y no había agua para la congregación, y se juntaron contra Moisés y contra Aarón» (versículos 1 y 2).

Esta gente no había cambiado mucho en treinta y ocho años, ¿verdad? Seguían siendo la misma «generación de quejosos», que todavía culpaban a Moisés por todos sus problemas. Debería haber sido una buena noticia, que el suministro de agua estuviera casi agotado. Había agua en abundancia en la Tierra Prometida, y el fin del milagroso suministro de agua en el desierto fue una indicación de que

iban directamente a Canaán. Pero el pueblo perdió el cartel indicador, y comenzó a quejarse de las buenas nuevas. «Y el pueblo discutió con Moisés, y habló, diciendo: ¡Ojalá hubiéramos muerto, cuando nuestros hermanos murieron delante del Señor!» (versículo 3).

¿A quién se referían aquí? Aparentemente, aún quedaban algunos vivos, de veinte años en adelante, que recordaban cuando Coré, Datán, y Abiram, murieron como resultado de los juicios de Dios sobre su rebelión y conspiración. Ellos dijeron:

«¿Por qué hiciste venir la congregación de Jehová a este desierto, para que muramos aquí, nosotros y nuestras bestias? ¿Y por qué nos has hecho subir de Egipto, para traernos a este mal lugar? No es lugar de sementera, de higueras, de viñas ni de granadas; ni aun de agua para beber. Y se fueron Moisés y Aarón de delante de la congregación, a la puerta del tabernáculo de reunión, y se postraron sobre sus rostros; y la gloria de Jehová apareció sobre ellos. Y habló Jehová a Moisés, diciendo: Toma la vara...» (Números 20:4-8).

¿Por qué supones que Dios dijo eso? ¡Debería haberle dicho a Moisés que dejara la vara en casa! Moisés habría estado mejor sin la vara ese día. ¿Quita Dios toda

oportunidad de tentación? No, porque si lo hiciera, estaría alterando nuestro poder de elección, y eso es algo que Dios nunca hará. Entonces Dios le dijo a Moisés que:

«Toma la vara, y reúne la congregación, tú y Aarón tu hermano, y hablad a la peña a vista de ellos; y ella dará su agua, y les sacarás aguas de la peña, y darás de beber a la congregación y a sus bestias. Entonces, Moisés tomó la vara de delante de Jehová, como él le mandó. Y reunieron Moisés y Aarón a la congregación delante de la peña, y les dijo: ¡Oíd ahora, rebeldes! ¿Os hemos de hacer salir aguas de esta peña?» (Números 20:8-10)

¿Estaba Moisés diciendo la verdad, cuando llamó al pueblo rebelde? ¿Eran rebeldes? Sí, lo eran. Moisés les había dicho antes, y les contaría nuevamente sobre su naturaleza rebelde. Sus últimas palabras, antes de dejarlos en las fronteras de la Tierra Prometida, se lo recordaron nuevamente. Él dijo: «Habéis sido rebeldes contra Jehová, desde el día que os conocí» (Deuteronomio 9:24). Pero aquí en la roca, aunque había verdad en sus palabras, Moisés habló con el espíritu equivocado. ¿Alguna vez te ha pasado eso? ¿Alguna vez has dicho la verdad con el espíritu equivocado? He sido culpable de eso muchas veces, al tratar con mis hijos. Es fácil sentirse muy piadoso

cuando las palabras son correctas, y olvidar que el espíritu también debe ser el correcto para que las palabras tengan peso.

Entonces, surgió la trágica frase: «¿Tenemos que sacaros agua de esta roca?» ¿Nosotros debemos?

Moisés había pasado los primeros cuarenta años de su vida en Egipto, aprendiendo cómo matar egipcios, y enterrarlos en la arena. ¡Y consiguió uno! Luego, tuvo que pasar los segundos cuarenta años de su vida pastoreando ovejas, en la parte trasera del desierto, desaprendiendo lo que había aprendido durante los primeros cuarenta años. Ahora, se encuentra al final de los terceros cuarenta años, que pasó vagando con dos millones de esclavos analfabetos, que olían a ajo, que le culpaban constantemente de todas sus penas y problemas, y que muchas veces querían aplastarle el cráneo contra las rocas del desierto. Ahora, en las fronteras de la Tierra Prometida, la tierra que mana leche y miel, la tierra hacia la cual el corazón de Moisés ha sido atraído durante casi 120 años, parece que van a arruinarlo nuevamente, y tendrán que ser devueltos. durante otros cuarenta años. No es de extrañar que Moisés perdiera la paciencia. No es de extrañar que su

fe le fallara por el momento, al considerar la terquedad y rebelión del pueblo que había estado liderando.

Entonces, él dijo: «¿Tenemos que sacaros agua de esta roca?»

¿Quiénes eran los «nosotros» de los que hablaba? Probablemente, la peor interpretación sería suponer que estaba hablando de Aarón y de él mismo. «¿Debemos Aarón y yo sacaros agua de la roca?» Por supuesto, con su poder humano eso hubiera sido imposible, y Moisés probablemente lo sabía, incluso en este momento de frustración. Sin embargo, es más probable que estuviera involucrado en un error más sutil. Su «nosotros», probablemente se refería a Dios y a él mismo. Estaba hablando de sacar agua de la roca él mismo, con la ayuda de Dios. ¿Eso es mejor? ¿Es mejor decirle a Dios: «Tú haces tu parte, y yo hago la mía»? Aquí estamos hablando de salvación, no sólo de agua en la arena del desierto.

A veces, utilizamos la palabra «cooperación». Pero cuando se trata del agua de la vida, el agua de la salvación, Dios lo hace todo. El agua de la Roca fue toda obra de Dios. Moisés no podía hacer ninguna parte del trabajo por sí mismo.

Entonces, este delicado tema del poder divino y el esfuerzo humano aparece aquí en la roca en el desierto. Y es posible para nosotros hoy, en nuestros intentos de vencer el pecado, golpear la roca con Moisés. ¿Cómo lo hacemos? Ya sea pensando que tenemos el poder en nosotros mismos para vivir la vida cristiana, o pensando que debemos producir obediencia con Su ayuda. Cualquiera de las dos formas está mal. De principio a fin, la salvación, la superación, la victoria, y la gracia, son obra de Dios.

Veamos un par de cortas declaraciones: «Todo lo que el hombre puede hacer para su propia salvación, es aceptar la invitación: 'El que quiera, que tome del agua de la vida gratuitamente'» (1MS 343). Agrega a eso, la explicación de lo que significan estas frases intangibles: «En comunión con Cristo, a través de la oración y el estudio de las grandes y preciosas verdades de Su palabra, seremos alimentados como almas hambrientas; como sedientos, seremos refrescados en la fuente de la vida» (DMJ 113).

Entonces, ¿cómo tomamos gratuitamente del agua de la vida? A través de la comunión con Cristo, en la oración y el estudio de Su Palabra. Eso es todo lo que podemos hacer para nuestra propia salvación, de principio a fin,

incluyendo la justificación, la santificación, y la glorificación: todo el paquete. Se suponía que Moisés hablaría con la Roca. Esa era su parte. Cuando hizo algo más que hablarle a la Roca, había ido demasiado lejos. Al golpear la roca, demostró que su confianza y dependencia en Dios habían fracasado, y que había tomado en sus manos lo que sólo Dios podía realizar.

¡HABLA A LA ROCA!

Entonces, ¿qué podemos hacer para nuestra propia salvación? ¡Podemos hablar con la Roca! ¿Quién es la Roca? Como ya hemos notado, la Roca es Cristo. ¿Cómo le hablamos a la Roca? A través de la oración. ¡Ahí está! Esa es nuestra parte. Eso es lo que debemos hacer para vencer. Nunca debemos sumar nuestros propios esfuerzos, y unirnos a Moisés para golpear la Roca. Es una bofetada a Jesús hacer más que hablarle a la Roca. Hablar con la Roca es suficiente. Cualquier cosa extra es demasiado.

En «Agua de la Roca, Parte 1», vimos la verdad de la justificación. En la parte 2, también se nos dio una ilustración de la santificación. Para liberarnos de la culpa del pecado, venimos a Cristo y le pedimos perdón. Para

obediencia, victoria, y superación, pedimos Su poder. Hablamos con la Roca. A través de nuestra relación con Él, aceptamos Sus dones.

No sólo es un grave malentendido pensar que el cristiano primero debe salir victorioso para poder orar; pero la oración es, en sí misma, el medio que Dios ha provisto para traer perdón y poder a la vida del cristiano. ¡La oración trae la victoria, incluso cuando no estás orando por la victoria!

No es necesario dedicar tu tiempo de oración a hacer una lista, y revisarla dos veces, enfocándote en tus faltas, fracasos, y pecados. De hecho, si pasamos demasiado tiempo mirándonos a nosotros mismos, incluso en oración, ¡podemos llegar a ser más como nosotros mismos! Podemos expresarle nuestras necesidades con sencillez, y luego continuar en comunión con Él. Es la comunión con Él, la asociación con Él, lo que cambia nuestras vidas.

Se ha dicho, que a un hombre se le conoce por las compañías que tiene. Todos estamos influenciados por aquellos con quienes nos asociamos. Cuanto más tiempo pasamos con alguien, y cuanto más estimamos a esa persona, más se refleja su influencia en nuestras vidas. Lo mismo ocurre en la vida espiritual.

La oración es principalmente para la comunicación, como ya hemos notado. Si la oración fuera principalmente para recibir respuestas de Dios, en términos de bendiciones y beneficios, entonces Dios podría haber diseñado la oración para que funcione como el catálogo de un supermercado. Nos proporcionaría espacios en blanco para realizar pedidos, y un «libro de deseos» para revisar, y ver qué había disponible que satisficiera nuestras necesidades y deseos. Podríamos haber completado el formulario y enviarlo por correo. ¡O quizás ponerlo en el plato de ofrendas en la iglesia! ¡Entonces, podríamos habernos sentado, y esperar entre una semana y diez días para la entrega!

Pero la oración es para la comunicación. Cuanto más oras, más tiempo pasas en la presencia de Dios. Cuanto más tiempo pasas en Su presencia, más te influencia tu comunión con Él. Al contemplarlo, al comunicarte con Él, serás transformado a Su imagen, a Su semejanza.

Lo contrario también es cierto. Cuando descuidas el privilegio de la oración, cuando pasas poco o ningún tiempo en comunión con Cristo, te alejas de Él.

«Las tinieblas del maligno envuelven a quienes descuidan la oración. Las tentaciones susurradas del

enemigo los inducen a pecar; y todo es porque no hacen uso de los privilegios que Dios les ha dado, en el nombramiento divino de la oración» (El camino a Cristo, página 94).

La victoria, la obediencia, y la superación, son sus dones. No son algo en lo que trabajamos. Son algo que recibimos, no algo que logramos. ¿Deseas el regalo? La única manera de obtener el regalo es acudir a la presencia del Dador. Eso es lo único que podemos hacer. Al hacer nuestra parte, al entablar una relación con Él, al hablar con la Roca, Él hará su parte, derramando toda bendición necesaria en abundancia, más que todo lo que podamos pedir o pensar.

CAPÍTULO 9: ORACIÓN, FE, Y PROMESAS

Hace unos años, un estudiante universitario volaba en una avioneta con uno de los profesores, por asuntos escolares. Cuando se acercaron al aeropuerto donde tenían previsto aterrizar, había una niebla tan densa, que les resultó imposible aterrizar.

El estudiante había estado escuchando acerca de la fe, y reclamando promesas bíblicas, y dijo: «¡Mira esto! ¡Voy a reclamar una promesa bíblica, y hacer que esta niebla se disipe!»

Sacó su Biblia de bolsillo, y buscó uno de los versículos que parecen dar carta blanca: «Todo lo que pidáis en oración, creyendo, lo recibiréis» (Mateo 21:22).

Reclamó la promesa, orando para que se quitara la niebla. La niebla no desaparecía, y él era un estudiante desanimado.

Muchas personas han malinterpretado el tema de la fe, la oración, y las promesas bíblicas. Hemos escuchado historias como la de la niña con el paraguas. ¡Seguro que todo el mundo la ha oído, a estas alturas! El pueblo

necesitaba lluvia, y se anunció que habría una reunión especial de oración en la iglesia, para orar por la lluvia. El día de la reunión de oración, cuando la gente se reunió, una niña trajo su paraguas. Todos sonrieron ante la fe de una niña pequeña. ¡Pero llovió! Y la niña fue la única que no se mojó, de camino a casa. La conclusión obvia es que Dios envió la lluvia porque la niña trajo su paraguas.

Es posible escuchar este tipo de historias, y decidir que la forma de ejercer la fe es arriesgarnos, y luego cortar la cuerda. Eso obligará a Dios a rescatarnos. El diablo se deleita en este tipo de malentendidos, porque le da una maravillosa oportunidad de entrar con dudas y preguntas acerca de Dios, cuando las cosas no salen como esperamos.

La fe es más que un pensamiento positivo. El pensamiento positivo no producirá fe. La fe es confianza en Dios, y la única manera de desarrollar la fe, es aprender a conocer a Dios. Puesto que Él es digno de confianza, a medida que aprendemos a conocerlo, aprendemos espontáneamente a confiar en Él. La fe es confiar en Dios cuando las cosas no salen como esperamos.

Jesús dijo, que el Padre está más dispuesto a darnos buenas dádivas, que los padres a dar cosas buenas a sus

hijos (ver Lucas 11). ¿Coincide esa imagen de Dios, con la idea de un Dios que retendría la lluvia, hasta que alguien apareciera con un paraguas? ¿Esperaría arbitrariamente un Dios amoroso, a que sus hijos supliquen, rueguen, y crean lo suficiente, antes de trabajar a favor de ellos? Tales conceptos de fe realmente muestran que pensamos que estamos a cargo, y que Dios está bajo nuestro control. Terminamos confiando más en nosotros mismos y en nuestros intentos de desarrollar el tipo correcto de creencia, cuando deberíamos confiar en un Padre de amor, que está dispuesto y ansioso por darnos todas las bendiciones necesarias.

Un estudio del tema de la oración debe incluir necesariamente un estudio de la naturaleza de la verdadera fe. ¿Alguna vez has orado, y no has recibido lo que deseabas? ¿Cuál es la explicación que se suele dar? ¡Falta de fe! De este modo, no sólo has tenido que soportar la decepción de no haber recibido lo que esperabas, sino que asumiste la carga añadida de cuestionar la autenticidad de tu fe.

Es cierto que la Biblia a veces menciona la fe como un ingrediente esencial para orar y recibir las promesas de Dios. Podríamos enumerar algunas frases conocidas: «Si

tenéis fe como un grano de mostaza»; «sin fe es imposible agradarle»; «todas las cosas son posibles para el que cree» (Mateo 17:20; Hebreos 11:6; Marcos 9:23). Elena White dijo: «Todo fracaso de parte de los hijos de Dios se debe a su falta de fe», y «la obediencia es fruto de la fe» (Patriarcas y Profetas, página 657; El Camino a Cristo, página 61). Así que tenemos abundantes pruebas de que la fe es importante. Y cuanto más importante sabemos que es la fe, más importante es que la entendamos correctamente.

CARACTERÍSTICAS DE LA FE GENUINA

Como ya hemos notado, la fe es confianza. Es más que un asentimiento mental, o un pensamiento positivo. La fe debe tener un objeto. Nunca es un fin en sí mismo. Ella no es algo por lo que se trabaje. Surge espontáneamente, como resultado de conocer a Alguien en quien se puede confiar. Ponemos nuestra fe en una Persona, no en obtener respuestas.

Al parecer, los discípulos de Jesús se dieron cuenta de que la fe era importante, porque un día acudieron a Jesús con una petición: «Señor, auméntanos la fe» (Lucas 17:5-6). Aquí parafrasearé: Jesús respondió: ¿Aumentar tu fe? No

necesitas más fe. Tienes que estar seguro de que tienes algo real. La fe no se mide en cantidad. Si tienes fe verdadera, no necesitas mucha. Solo la cantidad de un grano de semilla de mostaza será suficiente.

Un poco de fe, si es genuina, hace lo imposible. Sin embargo, la fe genuina será particularmente importante en el tiempo del fin. Jesús preguntó: «Cuando venga el Hijo del hombre, ¿hallará fe en la tierra?» (Lucas 18:8). Para el momento de su segunda venida, la tierra estará casi desprovista de la verdadera fe.

La historia clásica que ilustra la naturaleza de la verdadera fe se encuentra en Mateo 15. Jesús se desvió de su camino para encontrarse con una pequeña mujer «pagana», que tenía una gran necesidad. A continuación, se explica lo que esta experiencia enseña acerca de la naturaleza de la verdadera realidad, y compárala con algunas de nuestras ideas y definiciones tradicionales:

«Jesús se fue de allí, y se fue a las costas de Tiro y Sidón. Y he aquí una mujer de Canaán, que vino de aquellos términos, y clamó a él, diciendo: Ten misericordia de mí, oh, Señor, hijo de David; Mi hija está gravemente afligida por un demonio. Pero él, no le contestó nada» (Mateo 15:21-23).

Aquí tenemos una petición de alguien con gran fe, sin embargo, su petición fue ignorada. Los discípulos, que tenían la costumbre de juzgar la fe sobre la base de las respuestas, concluyeron inmediatamente que esta mujer no estaba a la altura. Es por eso por lo que, cuando vieron el aparente rechazo de Jesús, lo animaron en su respuesta. Dijeron: «Despídela; porque ella clama por nosotros» (versículo 23). «Si vas a ignorarla, adelante, y deshazte de ella. Nos está molestando».

Entonces Jesús dijo: «Yo no soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel» (versículo 24).

¡Los discípulos oyeron a Jesús estar de acuerdo con ellos! «No he venido a ayudar a la población. Vengo a ayudar a Israel».

La mujer también escuchó las palabras de Jesús. Pero en lugar de reconocer Sus palabras como un insulto, las ignoró, y se enfocó en quién era Él. El versículo 25 dice que ella vino, y «lo adoró».

¿Alguna vez has llevado una petición a Dios, y no has recibido respuesta inmediata? ¿Qué fue lo primero que el diablo trató de decirte? «No te ayudará. Eres un pecador. Sus promesas son para la gente justa, ¡y tú no calificas!»

Pero si basas tu fe en quien sabes que Dios es, un Padre de amor que acepta a todos los que vienen a Él, te unirás a esta mujer a Sus pies. ¡Ella tenía una fe genuina!

Pero antes de conceder su petición, Jesús añadió otro insulto. Dijo: «No es justo tomar el pan de los hijos, y echárselo a los perros» (versículo 26).

Hoy en día pensamos en los perros como «el mejor amigo del hombre», pero en aquel entonces, los perros no tenían buena fama. Sin embargo, esta mujer sabía algo sobre cómo se trataba a los perros, incluso en su época. Los perros se llevaron las migajas. Y aquí vio la oportunidad que había estado esperando. Si cayera de la mesa del Maestro, ¡incluso una migaja sería suficiente!

En ese momento, Jesús le respondió: «Grande es tu fe, oh mujer; hágase en ti como quieras. Y su hija fue sanada desde aquella misma hora» (versículo 28). ¡Qué historia!

Si la fe se define como creencia, como tomar la palabra de Dios, entonces esta mujer no tenía fe en absoluto. Por otro lado, si la fe significa aferrarse a lo que crees que Dios es, confiar en su amor a pesar de las apariencias, entonces, como dijo Jesús, su fe era grande.

FE CUANDO LAS COSAS VAN MAL

Una de las pruebas de la verdadera fe es aceptar las pruebas, las aflicciones, y las oraciones aparentemente no contestadas, y aun así perseverar en «adorarlo», como lo hizo la mujer cananea. Es fácil adorarlo después de haber recibido las respuestas. ¿Pero qué pasa antes?

¿Permite tu fe las pruebas, el sufrimiento, y la decepción? ¿Te fijas en los momentos en que las pruebas vienen a ti, y te preguntas: «¿Qué hice mal?»? ¿O has aprendido la bendición de las pruebas y el dolor? ¿Hay alguna bendición en los problemas y en las aflicciones? Es fácil, en nuestra naturaleza humana, asumir que la «bendición» de Dios significa que todo va bien. Pero Dios, a menudo, permite que la crisis entre en nuestras vidas, no porque le guste vernos en un lugar difícil, sino para llamar nuestra atención, para que podamos acercarnos más a Él, en comunión. Él quiere recordarnos nuestra dependencia de Su gracia. ¡Y cuántas veces necesitamos que nos lo recuerden!

Debido a nuestra limitada comprensión, vemos las pruebas y emergencias de la vida, como experiencias negativas. Pero es a través de estos mismos medios, que Dios nos invita a Su presencia.

«Mientras el mundo está sumido en la maldad, ninguno de nosotros necesita lisonjearse de que no tendremos dificultades. Pero son estas mismas dificultades las que nos llevan a la sala de audiencias del Altísimo. Podemos buscar el consejo de Aquel que es infinito en sabiduría» (PVGM página 172).

¿Cuánto se preocupó el pueblo de Israel al aprender esta lección? ¿Recuerdas cómo cada vez que sus provisiones se agotaban un poco, o el enemigo los amenazaba, o encontraban otra causa para el descontento, asumían que Dios los había abandonado? Ellos no entendieron lo que Él estaba diciendo. ¡Ellos malinterpretaron Sus invitaciones a venir a Su presencia! Ellos se perdieron la bendición de las pruebas, y nosotros, a menudo, hacemos lo mismo.

¿Cuál es tu reacción cuando llega una crisis? ¿Te alegras? ¿O te apresuras a ir a la presencia de Dios, y le suplicas que te la quite?

«Cuando la luz brilla en nuestro camino, no es gran cosa ser fuertes en la fuerza de la gracia. Pero esperar pacientemente con esperanza, cuando las nubes nos envuelven y todo está oscuro, requiere fe y sumisión, lo que hace que nuestra voluntad sea absorbida por la

voluntad de Dios. Nos desanimamos demasiado pronto, y clamamos fervientemente para que nos quiten la prueba, cuando deberíamos suplicar paciencia para soportar, y gracia para vencer» (La asombrosa gracia de Dios, página 114).

Entonces, una de las evidencias de la fe genuina es nuestra disposición a aceptar la forma en que Dios nos lleva a buscarlo, a entregarnos a Él, y a tener una comunión más estrecha con Él. Nuestra gran necesidad nos impulsa a venir a Su presencia, incluso cuando lo hemos buscado a causa de los problemas. Y cuanto más tiempo pasemos en comunión con Él, más aprenderemos a conocerlo, y mayor será nuestra fe.

Y esto nos lleva a uno de los factores más importantes al reclamar las promesas de la Palabra de Dios: no podemos basar nuestra fe en promesas. Sólo podemos basar nuestra fe en el Prometedor. La naturaleza humana huye de las pruebas, aunque sean buenas para nosotros. Incluso Jesús, en Su vida perfecta y sin pecado, descubrió que preferiría saltarse la parte difícil. Él oró: «Si es posible, pase de mí esta copa». Es la naturaleza humana querer evitar el sufrimiento. Por lo tanto, cuando miramos las

promesas que Dios ha hecho, ¡automáticamente elegimos aquellas que encajan con nuestros deseos!

Pero incluidas en las 3.563 promesas bíblicas, hay algunas que son bastante negativas. Si te sientes inclinado a reclamar promesas bíblicas, prueba algunas de estas: «En el mundo tendréis tribulación» (Juan 16:33). ¿Es eso una promesa? ¡Por supuesto que sí! ¿Y qué hay de «no vengo a traer paz, sino espada» (Mateo 10:34)? ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que reclamaste esa? Somos mucho más rápidos para reclamar el otro tipo de promesas, ¿no es así? ¡Somos como niños necios que, abandonados a sí mismos, se especializarían en dulces y helados, y menos en verduras!

Las 3.563 promesas bíblicas de Dios no son todas para nosotros, en este momento, y bajo estas circunstancias. No hay nada de malo en reclamar promesas. El problema viene cuando intentamos reclamar las respuestas que queremos o esperamos.

Durante la Edad Media, dos hombres, Huss y Jerónimo, fueron quemados en la hoguera. No les faltaba fe, de hecho, murieron por su fe. Hay una buena promesa para gente como esa: «Cuando camines a través de la llanta, no te desanimarás; ni se encenderá sobre ti la llama» (Isaías

43:2). ¿Deberían Huss y Jerónimo haber reclamado esa promesa, y haberse salvado de las llamas?

¡La fe genuina confía en Dios lo suficiente como para confiarle las llamas! Mira a los tres dignos hebreos en el horno de fuego. Dios escogió librarlos, no del fuego, sino en el fuego. Pero no sabían de antemano lo que Dios escogería. Solo sabían, que podían confiar en que Él tomaría la decisión correcta. Lee sus palabras:

«Oh Nabucodonosor, no tenemos cuidado de responderte en este asunto. Si es así, nuestro Dios, a quien servimos, puede sacarnos del horno de fuego ardiente, y nos librára de tu mano, oh rey. Pero si no, sabed, oh rey, que no serviremos a tus dioses, ni adoraremos la estatua de oro que has levantado» (Daniel 3:16-18).

NO TE OLVIDES DE LOS «OTROS»

En nuestra comprensión de la fe y cómo se relaciona con las promesas bíblicas, nunca debemos olvidar a los «otros». ¿Has leído últimamente sobre los «otros»? Los «otros» tenían mucha fe, y también el tipo correcto de fe. Están listados en el «capítulo de la fe» de Hebreos 11.

Luego de nombrar a héroes bíblicos como Noé, Abraham, Moisés, y Gedeón, «que por la fe sometieron reinos, hicieron justicia, alcanzaron promesas» (versículo 33), el autor de Hebreos continúa hablando de los «otros»:

Y otros fueron juzgados por crueles burlas y azotes, sí, además de prisiones y encarcelamientos: fueron apedreados, fueron aserrados, fueron tentados, fueron muertos a espada: anduvieron errantes en pieles de ovejas y de cabras; fueron indigentes, afligidos, atormentados; (de los cuales el mundo no era digno:) anduvieron errantes por desiertos, y por montañas, y por cuevas de la tierra. Y estos allí, habiendo obtenido buena fama por medio de la fe, no recibieron la promesa (versículos 36-39).

¿Te gustan los «otros»? ¿Te gustaría unirte a ellos? Sólo un tipo de fe puede calificarte para unirte al club de los «otros»: la fe que confía en un Dios de amor, debido a una experiencia personal, y una relación con Él. Es la fe la que mira a una Persona, no a los resultados de una petición particular. Todos los héroes de Dios tenían ese tipo de fe, porque no necesariamente sabían de antemano si pertenecían al club de los «otros», o no. Se requirió la misma fe para Sadrac, Mesac, y Abednego, para enfrentar las llamas, que para Huss y Jerónimo. Fue el tiempo que ya

habían pasado conociendo a Dios por sí mismos, el tiempo que ya habían pasado de rodillas y en comunión con Él, lo que les dio la fe y la confianza para atravesar el fuego. Los resultados de estar en el fuego no venían al caso.

TEN FE, NO DUDES

En Mateo 21, encontramos la historia de la maldición de la higuera. Los discípulos, por alguna razón, estaban muy intrigados por este milagro de Jesús. Podría pensarse que, después de haber visto la vista restaurada a los ciegos, los muertos resucitados, y el mar tempestuoso en calma, una higuera marchita difícilmente excitaría la atención o la curiosidad. Pero la Biblia dice que cuando los discípulos vieron la higuera seca, «se maravillaron». ¡Quizás estaban más acostumbrados a maldecir las cosas! Al fin y al cabo, sabían «hacer descender fuego» sobre los samaritanos.

Cualquiera que sea la razón, en ese pequeño milagro Jesús realmente llamó su atención. En respuesta a su asombro, Él dijo:

«De cierto os digo, que, si tenéis fe y no dudáis, no sólo haréis esto que se hace a la higuera, sino también si decís a este monte: Quítate y échate al mar; se hará. Y todas las

cosas que pidiereis en oración, creyendo, las recibiréis» (Mateo 21:21-22).

¿Alguna vez te has acordado de este versículo, y has hecho una petición a Dios, y te has esforzado mucho por no dudar? Tal vez te uniste a la niña con el paraguas, tratando de demostrar, de alguna manera, que realmente creías que tus oraciones serían respondidas.

¿Cómo es que los cristianos tienen fe y «no dudan»?

A menos que se te dé una revelación especial e instantánea de la voluntad de Dios, en un caso particular, como Pedro y Juan aparentemente recibieron en la Puerta Hermosa (ver Hechos 3:1-10), inevitablemente tendrás tus dudas en cuanto a cuál podría ser la respuesta de Dios. Tres dignos hebreos lo hicieron, como hemos notado. De lo contrario, no habrían añadido: «Pero si no...» Pero de lo que no dudas, cuando tienes verdadera fe, es de Él. Si tienes fe y no dudas de Él, recibirás Sus respuestas a tus oraciones.

Así que, una vez más, terminamos en el mismo lugar: la relación con Dios. La única manera de dudar de Él, es no conocerlo. La única manera de conocerlo es pasar tiempo con Él, tiempo personal en oración, y en el estudio de Su Palabra. Está bien dudar de las promesas, si con eso

quieres decir que cuestionas tu propio entendimiento e interpretación, de cómo se cumplirán exactamente Sus promesas en tu vida. ¡Es posible que no tengas ninguna advertencia anticipada, sobre si pasarás la noche en el foso de los leones con Daniel, o si serás devorado por los leones en la arena romana! Pero si ahora confías en Su amor, y decides continuar confiando en Él, a pesar de lo que suceda, entonces tendrás la fe que no duda de Él, aunque seas presionado por muchos enemigos.

CAPÍTULO 10: ORACIÓN POR SANACIÓN

Mi esposa y yo tenemos tres hijos: un niño y dos niñas. Nuestro segundo hijo fue una niña. Lynn aparentemente tuvo un parto normal, y fue una bebé feliz y activa. Llegó a ser una niña hermosa, rubia, y de ojos azules. Nada en su apariencia sugería que fuera discapacitada. Sabíamos que era «hiperactiva», y también sabíamos que parecía algo más lenta que nuestro hijo, pero pensamos que esa era su manera.

Cuando Lynn estaba lista para comenzar la escuela, mi esposa la llevó a un pediatra para su examen preescolar. Él reflexionó sobre ella un poco más de lo habitual, y sugirió algunas pruebas adicionales. Finalmente, diagnosticó que Lynn tenía un trastorno genético recesivo llamado PKU (fenilcetonuria), que causa daño cerebral. En algunos casos, el niño acaba siendo poco más que un vegetal. En otros casos, como el de nuestra hija, el daño es menos severo.

Nos dijeron que la enfermedad está causada por un gen recesivo, que porta una de cada setenta personas.

Ambos padres deben ser portadores del gen para que un niño tenga este trastorno, y entonces, en promedio, uno de cada cuatro de sus hijos se verá afectado. Nuestra hija era una de esos cuatro.

Los expertos predijeron que Lynn probablemente haría bien en alfabetizarse. Comenzamos a aprender cómo su vida sería diferente (y cómo todas nuestras vidas lo serían también) debido al daño en su cerebro.

EDUCACIÓN ESPECIAL

Descubrimos que Lynn no podía asistir a la escuela de la iglesia, porque la escuela de la iglesia no tenía instalaciones para educación especial. Tendría que asistir a una escuela especial para niños discapacitados. Una de las cosas más difíciles que hemos tenido que hacer mi esposa y yo, fue marcharnos y dejarla allí ese primer día de clases. No tomó mucho tiempo conocer los hechos y las estadísticas sobre la condición de nuestra hija, pero aceptar su discapacidad fue un asunto completamente diferente. La mayoría de sus compañeros de clase tenían desventajas, que eran obvias a simple vista, pero Lynn lucía tan normal y hermosa como siempre. Cada día que la llevábamos a la

escuela era un desgarrador recordatorio de nuestro dolor. Día tras día, la dejaba en la escuela y luego lloraba de camino a casa, al darme cuenta nuevamente de las dificultades que enfrentaría en su vida futura.

El dolor se puso de relieve a lo largo de los años, mientras observaba a Lynn luchar con tareas simples, como aprender a decir la hora. Fueron necesarios años. Incluso, cuando era adolescente, todavía le resultaba confuso decir la hora. Para entonces, Lynn ya había comprendido las horas y medias horas básicas, pero todavía escuchábamos cuando algún amigo decía: «Vengo a recogerte a las cuatro menos cuarto», y ella preguntaba: «¿Eso es antes de las cuatro o después?»

Las matemáticas eran particularmente un misterio. A veces, me he imaginado el cielo y cómo sería para ella. En mi imaginación, veo niños lisiados corriendo por la hierba. Veo a los niños ciegos contemplando maravillados la belleza de las flores. Veo a aquellos, que se han encorvado y torcido por la artritis, ahora de pie, erguidos y altos, y flexionando los dedos sin dolor por primera vez en años. Y luego escucho a Lynn recitar sus tablas de multiplicar. ¡Será mejor que tengan tablas de multiplicar ahí arriba! Lo

intentó con todas sus fuerzas, y durante tanto tiempo aquí en esta tierra, y con tan poco éxito.

¡Disciplinar a los niños discapacitados es un problema perpetuo! Se vuelve casi imposible distinguir entre las ocasiones en las que simplemente no comprenden, y las ocasiones en las que son desobedientes o rebeldes. Las primeras semanas después de que nos enteramos de la discapacidad de Lynn, nos resultó imposible disciplinarla en absoluto. Estábamos consumidos por la culpa, preguntándonos cuántas veces la habíamos castigado en el pasado, cuando ella realmente no había entendido por qué, o qué se esperaba de ella. Fue nuestro hijo de ocho años, quien nos interrumpió diciendo: «Desde que descubriste que Lynn está enferma, puede hacer lo que quiera y nunca será castigada».

Cuando un niño es discapacitado, toda la familia es discapacitada. A medida que nuestra hija creció, nos encontramos alejándonos de la vida social, tanto como fuera posible. De todos modos, la gente espera más de los hijos del predicador.

El estrés en un hogar con un niño discapacitado rara vez se comprende, a menos que uno lo haya experimentado. Resulta demasiado fácil centrarse en las

necesidades del niño discapacitado, y olvidar que todos los miembros de la familia tienen necesidades que deben satisfacerse. Es una tentación esperar que todos los miembros de la familia atiendan a uno.

Como padres, teníamos que recordar, una y otra vez, que teníamos tres hijos, no sólo uno. El hecho de que una fuera discapacitada no garantizaba que siempre tuviera la razón cuando había desacuerdos. El hecho de que estuviera discapacitada no significaba que siempre debiera salirse con la suya, incluso por su propio bien. Pero entender eso en teoría, es una cosa, y otra cosa muy distinta era poder juzgar con calma cuando los niños se peleaban entre sí, y estaban de mal humor. Era mucho más fácil simplemente disciplinar a los niños «normales», y dejar al otro en libertad.

Mi esposa llevó la mayor parte de la carga. Yo tuve la oportunidad de escapar del trabajo fuera de casa, pero ella se enfrentaba a la tensión constante de sus nervios, al constante andar a tientas en la oscuridad, y a buscar sabiduría sobre la manera correcta de relacionarnos con nuestros hijos.

El desafío de una madre es aún mayor cuando se trata de un niño con daño cerebral, cuya comprensión es tan

limitada, y para quien muchas de las reglas sobre la crianza infantil parecen no aplicarse. Además de eso, la condición de PKU es conocida por producir niños hiperactivos. La pura energía física de un niño así, es a veces casi insoportable.

Nuestro hijo, apenas dos años mayor, ha sido comprensivo y protector. Recuerdo una vez en la que andaban en bicicleta, y nos encantó cuando Lynn aprendió a manejar su bicicleta. Habían estado andando juntos, y un grupo de niños en la esquina, que sabían que ella estaba en «educación especial» en la escuela, se burlaron de Lynn. Mi hijo se bajó de su bicicleta, y se acercó y golpeó a todo el grupo entero. Por alguna razón, eso me hizo muy feliz. Nunca sentí ningún remordimiento por nada. Esto es sólo una muestra de algunos de los sentimientos que pueden aflorar a la superficie, en este tipo de cosas.

Una de las cosas que comencé a notar acerca de mi hija, fueron sus oraciones. Los niños suelen participar en oraciones rutinarias. Mi hermano y yo oramos durante años, todas las noches: «Ayúdanos a no tener malos sueños, ayúdanos a no pensar en la guerra, y ayuda al diablo a no entrar por la ventana».

Pero mientras escuchaba las oraciones de Lynn, hubo algo diferente. No podría explicarlo, pero tal vez la explicación esté en las palabras de Pablo, después de haber rogado tres veces a Dios que le quitara su aguijón. La respuesta de Dios llegó: «Te basta mi gracia, porque mi fuerza se perfecciona en la debilidad» (2 Corintios 12:9).

Esta respuesta todavía puede resonar hoy, para aquellos que luchan contra alguna debilidad adicional. Se hizo realidad para nuestra hija, que la fuerza de Dios se perfeccionó en su vida de una manera especial. Mientras otros niños oraban, «Bendice a los misioneros y a los colportores», Lynn derramaba su corazón a Dios, arrodillada junto a su cama por la noche, hablándole con calidez y facilidad, como a un amigo.

El año en que Lynn tenía dieciséis años, su hermano, que trabajaba en campamentos de verano todos los años, la animó a intentar conseguir un puesto en un campamento de verano. Esto resultó ser una aventura emocionante para ella, ya que ayudó en la cocina en el campamento. Se hizo amiga de algunos miembros del personal que eran cristianos genuinos, y durante el verano, Lynn comenzó a sentir el tirón del Espíritu Santo en su corazón, de una manera especial. Ella experimentó, lo que,

hasta el día de hoy, nunca he dudado que fuera una conversión genuina.

Quizás no siempre valoremos el significado de la experiencia de conversión, pero no hay manera de ser cristiano sin ella, ¿verdad? No hay manera. ¡Eso es bíblico! Podría resultar tentador pensar que este tipo de experiencia sería innecesaria para los discapacitados mentales, pero no es así. Y una vez ocurrido el milagro de la conversión, era imposible pasar por alto la diferencia. Desde el momento de su conversión, Jesús ha sido la prioridad número uno de nuestra hija, y nunca cambia. Doy gracias a Dios por eso, todos los días.

Lynn quería ser bautizada, pero estaba demasiado nerviosa para ir delante de todos en la iglesia. Así que reunimos a un grupo de amigos, un sábado por la tarde, en una piscina al aire libre, en un patio trasero, y tuvimos un servicio bautismal solo para ella, completo, con cantos y todo lo demás. Ella estaba encantada con eso.

Y así fueron pasando los años. La mayoría de nuestros movimientos o traslados en el ministerio estuvieron fuertemente influenciados por las necesidades de Lynn, en ese momento. Parecía que las cosas irían bastante bien durante un tiempo, y luego volveríamos a llegar a un punto

muerto, en términos de su educación o alguna otra necesidad. Entonces, se abriría el camino para alguna nueva solución u oportunidad para ella, y avanzaríamos de nuevo. Aprendimos a no tratar de planificar con demasiada anticipación, sino a planificar las cosas poco a poco, confiando en que Dios abriría nuevas posibilidades, cuando cada situación presente comenzara a llegar a su fin.

ORACIÓN POR LA CURACIÓN

Casi desde el principio, la pregunta estuvo ahí: ¿Deberíamos seguir la sugerencia bíblica, y reunir un grupo para orar por Lynn y ungirla? Si lo hiciéramos, ¿Dios la sanaría?

La idea persistió, a menudo en el fondo del corazón, durante años. Durante esos años, mi comprensión de la sanidad era, básicamente, que podías pedirle a Dios que te sanara, y si tenías gran fe y justicia, Él podría concederte tu petición. ¡Pero no pensé que pudiera calificar! Así que cada vez que surgía la pregunta, buscaba razones para posponerla, con la esperanza de que, más adelante, finalmente estaría lista para llevar esta petición a Dios, petición que era la más profunda de mi corazón.

Muy temprano en mi ministerio, incluso antes de que nuestros hijos nacieran, me habían llamado, junto con varios más, al lado de la cama de un moribundo para ungirlo. Después de la oración, miré alrededor de la habitación para ver quién sería el que tendría suficiente fe, para tomarlo de la mano y decirle: «En el nombre de Jesús, levántate y camina». Pero todos me miraban, y no tenía suficiente fe para hacerlo. Murmuré unas palabras sobre cómo tenemos que aceptar la voluntad de Dios, y a veces Él dice «Sí», a veces dice «No», y a veces dice «Espera», y me apresuré a retirarme.

Unos días después, el hombre murió. ¡Sentí que lo había matado! Lo había matado porque no tenía suficiente fe, ni suficiente rectitud para que eso sucediera. El recuerdo de esa experiencia permaneció conmigo. No estaba dispuesto a cometer el mismo error con mi propia hija, y ser responsable de causarle más años de dolor. Entonces, esperamos.

El tema de la fe se volvió de vital importancia para mí. El tema de la justicia se volvió igualmente absorbente. ¿Qué era la fe? ¿Qué era la justicia? ¿Cómo se obtuvieron? Un interés, que podría haberse olvidado pronto, se mantuvo en el centro de mi atención, debido a la

necesidad de una niña cuyas penas desgarraban mi corazón.

La teoría de la justificación por la fe comenzó a aclararse, pero la experiencia siguió lentamente. Me preguntaba: ¿Es posible que podamos obtener la salvación sólo mediante la fe, pero que cuando se trata de las bendiciones especiales de Dios, es diferente? Quizás sea necesario estar casi listo para la traslación, antes de que Dios pueda confiarnos bendiciones especiales como la sanidad. Entonces, esperamos.

Como en mis deberes como ministro me llamaban a orar y ungir a alguien, comencé a notar que Dios operaba de maneras extrañas. Nos reuníamos para orar por algún santo en la iglesia, alguien que, al menos exteriormente, parecía estar profundamente comprometido y maduro en su vida cristiana, pero no se producía ninguna curación.

Entonces, una noche, me llamaron junto a la cama de un descarriado que agonizaba en un hospital cercano. Había vivido su vida apartado de Dios, había estado involucrado en muchas cosas pecaminosas, pero ahora pedía oración, y yo ni siquiera pedí que fuera sanado. Sólo pedí perdón y aceptación en su nombre. No había ancianos reunidos, ni aceite, nada. ¡Y fue sanado en el acto!

En otra ocasión, hubo un servicio de unción para una de las mujeres de la iglesia que necesitaba curación, y nuestra Lynn estuvo presente. La manifestación del poder de Dios pareció particularmente evidente, y la mujer fue sanada.

Después, Lynn vino y preguntó: «Papá, ¿por qué no puedes orar así por mí, y que Dios me sane?»

¿Te hubiera gustado haber tenido el trabajo de responder esa pregunta por ella? ¡Déjame decirte que fue duro! ¡Por supuesto que podríamos orar por ella! Pero la idea me aterrorizó. Todavía no era lo suficientemente justo. No tenía suficiente fe, y había algunos límites muy reales en cuanto a cuánto tiempo más podíamos seguir posponiendo la decisión de preguntar.

Lynn seguía planteando la misma pregunta, una y otra vez.

«¿Por qué no podemos pedirle a Dios que me sane?»

«Podemos. Y lo haremos algún día.»

«¿Cuándo?»

Entonces, le di un libro para que leyera. Lynn ya había estado leyendo la copia de la Biblia para niños que le habíamos comprado. Le encantaba leer las historias de

Jesús. Ella entendió las historias de Jesús. Le encanta leer acerca de cómo sanó a las personas que acudieron a Él. Pero ahora le regalé un libro sobre el tema de la curación. Estaba mucho más allá de lo que ella podía entender. Después de trabajar en ello durante un tiempo, Lynn me lo trajo, y me dijo: «Papá, ¡Jesús no hizo que la gente leyera libros antes de ser sanados!»

Ella siguió detrás de nosotros. ¡Podría ser muy persistente! Ella no exigió, pero nos lo siguió recordando, de todas las formas que se le ocurrieron. Nuestra familia fue invitada a la reunión campestre de Óregon, por esta época. El sábado tuvieron un bautismo, y la niña que estaba siendo bautizada contó un poco de la historia de su vida, que incluía haber sido sanada de un problema físico de larga data. Lynn estaba en la audiencia. Al día siguiente, mientras conducíamos hacia casa, ella dijo: «Papá, ¿te fijaste en esa niña que fue bautizada ayer?»

«Sí.»

«¿No fue genial que Jesús la sanara? Me gustó esa parte.»

Ella estaba lista. Pero no lo estaba. Y estaba empezando a temer que nunca estuviese lista. Lynn ya tenía más de veinte años. ¿Qué valor tendría para ella, ser

curada cuando tuviera sesenta o noventa años? Si iba a ser castigada, el momento era ahora, cuando todavía tenía la vida por delante. No podíamos esperar mucho más.

Entonces, me enfrenté a una decisión difícil. ¿Debo negarme a orar por la curación de mi propia hija? ¿O debería seguir adelante y arriesgarme a vivir el resto de mi vida, sabiendo que Dios podría haberla sanado si hubiera sido lo suficientemente justo, y hubiera tenido suficiente fe? ¿Qué debería hacer?

¡BUENAS NOTICIAS SOBRE LA CURACIÓN!

Con estos antecedentes de la experiencia personal, entremos directamente al estudio del tema de la curación. Si examinas detenidamente todo lo que la Biblia dice sobre el tema, incluidos los relatos de casos registrados, descubrirás que hay buenas noticias.

Hay al menos treinta y cinco casos de sanidad en la Biblia, y los escritos indexados del Espíritu de Profecía dan detalles sobre veintidós, que tuvieron lugar durante los primeros días de nuestra iglesia. Hagamos un estudio de preguntas y respuestas de las historias de los casos,

observando similitudes y contrastes, y luego intentando llegar a algunas conclusiones.

¿Quién fue sanado? Hombres, mujeres, niños, y niñas. Jóvenes y viejos. Esclavos y gente común. Capitanes y reyes. Los justos y los malvados. El pueblo de Dios y los paganos. Los ciegos, los leprosos, los parálíticos, y los endemoniados. En varios casos, los que fueron sanados sufrían bajo los juicios de Dios, a causa de su pecado. Un ejemplo de esto serían los hijos de Israel que fueron mordidos por serpientes ardientes en el desierto.

Entonces ¿quién fue sanado? En una palabra: ¡todos! Toda clase de personas fueron sanadas.

¿Cuánto tiempo habían estado afligidos? Para algunos, como el hijo de la viuda en tiempos de Elías (1 Reyes 17:8-24), o el joven que se quedó dormido en la ventana durante el sermón (Hechos 20:8-12), la curación llegó casi de inmediato después del inicio del problema, en unos pocos minutos, como máximo al final del día. En el otro extremo de la escala, el ciego de Juan 9:1-7 había sido ciego de nacimiento (aunque no se nos dice su edad exacta), y el hombre junto al estanque de Betesda había estado lisiado durante treinta y ocho años (Juan 5:1-15).

¿Cuál fue la enfermedad? ¡La enfermedad siempre fue algo siniestro! Podríamos tomarnos bastante tiempo enumerando las distintas enfermedades: lepra, ceguera, fiebre, epilepsia, etc. Pero cuando nos fijamos en los casos de curación, destaca un hecho: estas personas tenían una necesidad desesperada. Sus enfermedades no se curaban fácilmente con ningún medio natural, o médico disponible en aquella época. No hay constancia de que nadie haya sido curado, por ejemplo, de un resfriado común, o de un padraastro.

¿Cuál era la condición espiritual del individuo que fue sanado? En la mayoría de los casos, no era buena. Reyes paganos, los miembros rebeldes de la iglesia, los pecadores que sufrían los resultados de sus propias vidas malas, los endemoniados, los filisteos, las ramera, y los asesinos, todos encontraron la misericordia de Dios esperando para traer alivio. Está la historia, por ejemplo, de un rey malvado llamado Jeroboam. Dios envió un profeta para advertirle de su mal camino, y Jeroboam se enojó tanto por la advertencia, que «extendió su mano desde el altar, diciendo: Prendedlo».

Su brazo se secó, de modo que no pudo volver a retirarlo. El altar se rasgó, y se derramaron cenizas.

Jeroboam dijo al profeta al que acababa de intentar hacer daño: «Ruega por mí, para que sea sanado».

El hombre de Dios oró, y Jeroboam fue sanado. En el camino a casa, el «hombre de Dios» desobedeció las instrucciones de Dios, de no comer ni beber hasta regresar a casa, ¡y fue devorado por un león! (ver 1 Reyes 13).

¿Te gusta esa historia? ¿O te preocupa que Dios sea tan generoso con Sus milagros de curación? Una cosa es cierta. Si observas detenidamente la historia de cada caso en la Biblia, te resultará difícil insistir en que la curación está reservada sólo para los muy justos.

Quizás deberíamos agregar aquí, que también hay casos en los que los justos fueron sanados. No tienen un rincón en el mercado, pero están incluidos.

¿Hubo un intercesor involucrado? En muchos casos, sí. A menudo, la petición de curación era presentada por un intercesor. Pero en otros casos, el que buscaba la curación pedía por sí mismo.

¿Cuál era el estado espiritual del intercesor? A menudo, el intercesor estaba cerca de Dios. Sin embargo, hay una historia interesante, que viene de los primeros días del movimiento adventista, cuando cierto ministro fue

llamado a orar por una mujer que estaba enferma. La señora es descrita como «una verdadera discípula de Cristo», pero el ministro, que asumió el papel de intercesor, es descrito como vil, corrupto, y vanaglorioso. Elena de White comenta, sobre la mujer, que «su fe era que sería sanada», pero sus oraciones eran oscuras, brumosas, y «cayeron hacia abajo». Sin embargo, ella fue sanada, a pesar de su falta de fe (2MS 347).

¿Cuál fue el resultado de la petición de curación? La abrumadora mayoría de las respuestas a las solicitudes de curación, fueron «Sí». Pablo es una de las pocas excepciones. Oró tres veces para que le quitaran el aguijón de su carne, y Dios le dijo siempre que no. Sin embargo, incluso Pablo recibió una respuesta definitiva. Pudo mirar atrás al tiempo específico, después de su tercera petición, cuando Dios dijo «No»: «Bástate en mi gracia» (2 Corintios 12: 9, NVI). No se quedó preguntándose si Dios había escuchado su oración.

¿Cuánto tiempo tomó la curación? Por lo general, la respuesta llegaba de inmediato. Hubo un breve retraso en algunos casos, como el de la mujer sirofenicia, o el del ciego que fue enviado a lavarse el barro de los ojos en el estanque de Siloé. La curación de Lázaro se retrasó cuatro

días, los cuales los pasó en la tumba. Pero la mayoría de las veces, la petición era concedida inmediatamente.

¿Qué pasa con la fe de la persona sanada o del intercesor? En cinco o seis ocasiones, Jesús comentó sobre la fe de los que habían venido buscando su ayuda. Sin embargo, así como en el caso de los diez leprosos, nueve no tenían fe, y menos gratitud. Sus corazones no fueron tocados por la misericordia de Dios (ver El Ministerio de Curación, página 233). Sin embargo, fueron sanados. Simón el fariseo fue sanado antes de aceptar a Jesús como Salvador. El hombre en el estanque de Betesda tenía tan poca fe, que nunca pidió curación, y cuando Jesús se ofreció a curarlo, incluso se desesperó de ser arrastrado escaleras abajo, la próxima vez que el agua se agitara (ver Juan 5: 1-9).

Es casi como si fuera un bono, cuando Jesús tuvo el privilegio de sanar a alguien que tenía gran fe, y lo comentó diciendo: «¡Vaya, qué fe tan linda tienes!». Pero no rechazó ayudar a aquellos cuya fe era débil.

Elena de White comenta sobre el noble que vino a Jesús para pedirle que sanara a su hijo. Dudó y cuestionó: «Sin embargo, el noble tenía un grado de fe; porque había venido a pedir lo que le parecía el más precioso de todos

los bienes» (El Deseado de todas las gentes, página 198). Piensa en eso por un momento. ¿Es necesario tener una enorme cantidad de fe para empezar? No, aparentemente es suficiente si tienes lo suficiente para venir y preguntar. Y cuando eso no sea suficiente, puedes unirte al noble, y descubrir que la gracia de Dios puede, de alguna manera, suplir cualquier otra cosa que se necesite. «El Salvador no puede sustraerse del alma que se aferra a Él, alegando su gran necesidad» (El Deseado de todas las gentes, página 198). Podemos orar con el padre del endemoniado hoy, al pie de la montaña: «Señor, creo, ayuda mi incredulidad» (Marcos 9:24). Y se proporcionará todo lo adicional que se necesite en el departamento de fe.

GRAN NECESIDAD Y NINGÚN MÉRITO.

Cuando se estudia detenidamente la información que nos han proporcionado sobre la curación, se pueden ver dos hilos comunes. Primero, los que fueron sanados tenían gran necesidad de curación, y segundo, no tenían nada que los calificara para la ayuda de Dios. ¿Te parece difícil calificar? Si tienes una gran necesidad, y si tienes la fe suficiente para venir, diciendo: «En mi mano no traigo ningún precio, simplemente me aferro a Tu cruz», entonces

has cumplido las condiciones. La misericordia de Dios es lo suficientemente grande como para encargarse del resto.

Para quien busca sanación para sí mismo, o para quien se considera un intercesor para las necesidades de otro, estos inspirados estudios de casos pueden brindarle aliento y consejo. No es la cantidad de fe o de rectitud lo que marca la diferencia. Más bien, lo que Dios valora es la comprensión de la impotencia y la indignidad. Cuando te des cuenta de esta buena noticia, puedes quitar los ojos de ti mismo, y dirigirlos al Gran Médico, porque nunca son nuestros méritos, sino siempre los méritos de Jesús, los que nos permiten recibir cualquiera de los dones y bendiciones de Dios.

Podemos entender que a veces Dios diga «No», a los más justos y a los más llenos de fe genuina, como en el caso de Pablo. Esto nos libra del desánimo, la culpa, y la desesperación, si Dios no considera oportuno conceder nuestra petición particular de curación. Y el hecho de que algunas veces haya dicho «Sí», a aquellos que eran injustos y dudaban, nos protegerá del orgullo espiritual, de tomar la gloria y el crédito para nosotros mismos, cuando Él concede nuestra petición. Cuando Dios nos da lo que pedimos, es siempre por su bondad, nunca por la nuestra.

Y así somos libres, en cualquier momento, de presentarle los deseos de nuestro corazón, con el argumento de nuestra gran necesidad, y su gran misericordia. Si hemos aprendido a amarlo y a confiar en Él, a través de nuestra relación personal con Él, antes de que ocurra la tragedia, entonces, independientemente del resultado, continuaremos caminando con Él.

A menudo, se hace la pregunta: «¿Por qué Dios no sana a todo aquel que pide ser sanado? Cuando Jesús estuvo aquí en esta tierra, nadie que viniera a Él fue jamás rechazado. ¿Por qué es diferente hoy?»

Elena de White menciona tres ocasiones en las que Jesús no pudo sanar, a pesar de que quería hacerlo. La primera es la historia del hombre en el estanque de Betesda. Fue temprano en Su ministerio. No por mucho tiempo podría caminar desapercibido entre las multitudes de Jerusalén. Pero en este día de reposo, al llegar al estanque, miró con compasión a los sufrientes y desamparados que estaban allí. «Anhelaba ejercer su poder sanador, y sanar a todo el que sufría» (El Deseado de todas las gentes, página 201). Pero no pudo. Si lees la historia, encontrarás la razón: Él no podía traer sanidad, sin interferir con Su misión de salvar al mundo. Incluso, el caso

de un hombre a quien Jesús de alguna manera no pudo pasar, fue suficiente para causar tal tumulto, que, si los judíos hubieran sido dejados a su propia elección, lo habrían ejecutado inmediatamente. Si los hubiera sanado a todos, su obra mayor habría sido interrumpida. Ésa es una de las razones por las que Jesús a veces tiene que decir «No».

La segunda vez que Jesús no pudo sanar, aunque hubiera querido hacerlo, se encuentra en la historia del leproso que acudió a Él, para ser limpiado. Jesús le dijo dos cosas después de devolverle la salud: «Ve, muéstrate a los sacerdotes, y no se lo digas a nadie».

El leproso aceptó la primera parte, pero ignoró la segunda. Elena de White dice que «en verdad hubiera sido imposible ocultarlo, pero el leproso publicó el asunto» (El Deseado de todas las gentes, página 265). Como resultado, la multitud curiosa llegó en tal número, que Jesús se vio obligado, por un tiempo, a retirarse de su obra. Luego, viene este párrafo significativo:

«Cada acto del ministerio de Cristo tuvo un propósito de gran alcance. Comprendía más de lo que aparecía en el acto mismo. Así en el caso del leproso. Mientras Jesús ministraba a todos los que acudían a Él, anhelaba bendecir

a los que no acudían. Si bien atrajo a los publicanos, los paganos, y los samaritanos, anhelaba llegar a los sacerdotes y maestros, encerrados por los prejuicios y la tradición. No dejó sin probar ningún medio para alcanzarlos».

¿El principio aquí es que Jesús elige favoritos, que sanará a algunos, pero no a otros? No. La cuestión en juego es que Jesús no tiene favoritos, y a veces tiene que decir «No», a sus amigos, para poder llegar a aquellos que son sus enemigos.

Eso podría parecer injusto para sus amigos. Si Jesús, a veces, tiene que rechazar a los que vienen a Él, para poder alcanzar a los que no vienen, entonces eso es injusto para los que vienen, excepto por una cosa: dado que Jesús tiene toda la sabiduría y el poder a su disposición, Él tiene una ruta alternativa que elimina el aguijón de la injusticia. Tiene una alternativa: «Si ve mejor no concederles sus deseos, contrarrestará el rechazo, dándoles muestras de su amor» (El Ministerio de Curación, página 473).

Lo hizo con Juan el Bautista. «Aunque Juan no recibió ninguna liberación milagrosa, no fue abandonado. Siempre tuvo la compañía de los ángeles celestiales» (El

Deseado de Todas las Gentes, página 224). Luego, sigue este párrafo clásico:

«Dios nunca guía a sus hijos de otra manera que la que ellos elegirían, si pudieran ver el fin desde el principio, y discernir la gloria del propósito que están cumpliendo como colaboradores con Él. Ni Enoc, que fue trasladado al cielo, ni Elías, que ascendió en un carro de fuego, fueron mayores ni más honrados que Juan Bautista, que pereció solo en el calabozo. «A vosotros os es concedido en nombre de Cristo, no sólo creer en Él, sino también sufrir por Él.» (Filipenses 1:29). Y de todos los dones que el Cielo puede otorgar a los hombres, la comunión con Cristo en Sus sufrimientos es la confianza más importante, y el honor más elevado».

Otro factor sale a la luz en la historia de la curación del leproso. «Muchos de los leprosos, no usarían el don de la salud como para convertirlo en una bendición para ellos mismos, o para los demás»»» (El Deseado de todas las gentes, página 264). ¡Dios aparentemente ve, en algunos casos, que la persona está mejor tal como está! Quizás te sientas tentado a leer esto sobre los leprosos, y decir: «Así es, no eran lo suficientemente justos para ser sanados». Pero ni siquiera los propios hijos de Dios pueden recibir

ayuda de la curación. ¿Recuerdas a Ezequías, quien pidió una extensión de su vida? ¡Era como un niño que quería quedarse despierto después de la hora de acostarse! Dios concedió la petición, tal vez como una lección objetiva para el resto de nosotros, pero hubiera sido mejor que el rey se fuera al descanso la primera vez. Rogó quedarse despierto, y el Padre se lo permitió, pero no resultó ser la bendición que Ezequías había esperado.

Una cosa con la que podemos contar, cuando acudimos a Dios con nuestras peticiones especiales, es que Él nos dará lo que hemos pedido, o nos dará algo mejor. «Incluso cuando se nos pide que abandonemos aquellas cosas que en sí mismas son buenas, podemos estar seguros de que Dios está obrando para nosotros algún bien superior... Veremos, que nuestras oraciones aparentemente sin respuesta, y nuestras esperanzas decepcionadas, han estado entre nuestras mayores bendiciones» (El Ministerio de Curación, páginas 473 y 474).

La tercera vez que Jesús no pudo sanar, aunque hubiera querido hacerlo, ocurrió cuando visitó su ciudad natal de Nazaret. ¿La razón dada? «A causa de su incredulidad, el Salvador no pudo obrar muchos milagros

entre ellos. Sólo unos pocos corazones estuvieron abiertos a Su bendición, y Él partió de mala gana, para no regresar jamás» (El Deseado de Todas las Gentes, página 241).

Aquí, podría ser fácil pasar por alto el punto, si no estás seguro de la definición de fe. ¿La gente de Nazaret creía que Jesús tuviera el poder de sanar? Sí, habían escuchado los informes desde todas partes. No era en su habilidad como sanador en lo que ellos no creían. Era quien era Él. La incredulidad estaba en Él, no en lo que podía hacer. Debido a su incredulidad en Él, se negaron a entablar una relación con Él. No buscaron su bendición. Por eso, no pudo trabajar para ellos como anhelaba hacerlo. Jesús no es agresivo. Él no impone Sus bendiciones a nadie. El pueblo de Nazaret no quería tener nada que ver con Él, y Él aceptó de mala gana su elección.

Pero esto, nunca debe confundirse con la respuesta de Dios a sus hijos, que, aunque débiles y vacilantes, todavía anhelan ser sus hijos. Aquí hay palabras de aliento, para todo aquel que lo busca:

«Confía en el Señor con todo tu corazón, y Él nunca traicionará tu confianza. Si vas a pedir ayuda a Dios, no necesitas pedirla en vano. Para animarnos a tener seguridad y confianza, Él se acerca a nosotros por su santa

Palabra y Espíritu, y busca de mil maneras ganarse nuestra confianza. Pero en nada se deleita más que en recibir a los débiles que acuden a Él, en busca de fortaleza. Si encontramos corazón y voz para orar, Él seguramente encontrará un oído para oír, y un brazo para salvar. No hay un solo caso en el que Dios haya escondido Su rostro de la súplica de Su pueblo. Cuando todos los demás recursos fallaron, Él fue una ayuda presente en cada emergencia. Dios te bendiga, pobre alma afligida y herida. Aférrate a Su mano; Agárrate fuerte. Él te tomará a ti, a tus hijos, y a todos tus dolores y cargas, si tan solo los echas todos sobre Él» (Cada Día con Dios, página 194).

Entonces, si bien puede haber buenas razones para que Dios rechace tu petición más ferviente, Él siempre satisfará tu necesidad de la manera que mejor le parezca. A veces, Él libera de la aflicción, mientras que otras veces, trae liberación a través de la aflicción. Pero siempre podemos depender de Él, para responder a quienes lo buscan.

EL RESTO DE LA HISTORIA

Una vez que empezamos a comprender más claramente las cuestiones que estaban en juego en el proceso de curación, mi esposa y yo ya no teníamos miedo de acercar a Lynn a Jesús, con este pedido especial. ¡Oh, ciertamente teníamos una preferencia! ¡Nunca habíamos deseado nada tanto como deseábamos la curación de nuestra hija! Pero el miedo desapareció. Nos sentimos seguros al preguntar.

Parecía importante compartir algunas de estas verdades con Lynn, para que ella estuviera completamente preparada para la respuesta de Dios, cualquiera que fuera. Pero su fe infantil ya estaba lista desde hacía mucho tiempo. Ella dijo con calma: «Está bien si Dios no me cura. Sé que no será mi culpa. Puedo aceptarlo si es Su voluntad, y puedo esperar hasta que Él venga. Pero todavía quiero pedírselo.»

Así que fijamos una fecha, nos reunimos con algunos amigos cercanos y otros familiares, y presentamos esta petición ante el Señor. Le pedimos a Dios que trajera sanidad, si fuera Su voluntad. El Espíritu de Dios estuvo muy cerca, y fue una experiencia bendecida. No hubo relámpagos, ni ángeles visitantes, ni fuego del cielo. Sin

embargo, una cosa impresionó especialmente a mi hijo. Estuvo nublado todo ese día, pero el sol apareció sólo por unos momentos durante la oración, y durante la unción brilló a través de la ventana, justo sobre Lynn, bañándola de luz. ¡Vimos esto como una comunicación especial del cielo! Después de que terminó el servicio, nuestros amigos siguieron su camino, y comenzamos a observar, tratando de determinar si nuestra solicitud había sido rechazada. Nos preguntábamos cuándo lo sabríamos con seguridad.

Dios en Su amor no nos dejó con la duda por mucho tiempo. En tan solo uno o dos días, a través de diversos medios, Él nos hizo saber que la respuesta era «No». Junto con Su respuesta, nos dio la paz de que permanecería con nosotros, y nos daría sabiduría y coraje para seguir adelante.

Es una bendición saber, que, con la respuesta, vino una aceptación que nunca habíamos conocido: había una sensación de plenitud, una sensación de estar firmes. Fuimos liberados para concentrarnos más en tratar de descubrir las cosas que Lynn podía hacer, en lugar de notar tanto las cosas que no podía hacer.

En el proceso de buscar todas las habilidades posibles que pudiera utilizar, recordamos que ella siempre había

amado a las personas mayores. Cada vez que la llevaba conmigo a visitar el asilo de ancianos, los sábados por la tarde, la timidez habitual de Lynn desaparecía. Al ver a otros que eran más débiles que ella, de repente ella florecía. Ella iba por el pasillo diciendo: «Hasta luego, papá». Cuando estuviera listo para irme, ¡tendría que insistir para que vaya conmigo!

Pudimos organizar que ella tomara el curso de auxiliar de enfermería, en un asilo de ancianos cercano. Lynn pasó la clase tres veces antes de terminar, ¡pero terminó! Y luego, estaba su licencia de conducir. Dios pudo decir «Sí», acerca de la licencia de conducir, ¡y sé que debe haberse regocijado tanto como nosotros!

LA LICENCIA DE CONDUCIR

Lynn ansiaba poder conducir un coche. No esperábamos que alguna vez estuviera lista para llevar el auto por todo el país sola, o para recorrer el centro de Los Ángeles durante las horas pico. Pero parecía que debería poder conducir sola, de un lado a otro, por las tranquilas calles de nuestra pequeña ciudad.

El primer obstáculo fue el manual de formación del conductor: las normas de circulación de California. ¡Fue un libro difícil! Estudió y se esforzó mucho para comprender las leyes de tránsito. Finalmente, un día la llevamos a hacer el examen escrito.

La llamaron por su nombre, y le entregaron la prueba, y tuve la oportunidad de echarle un vistazo rápido, antes de que la enviaran a una habitación trasera. ¡Fui al frente del edificio a orar! La prueba parecía imposible. ¡Pero ella pasó! De hecho, más tarde me contó algunas de las preguntas, cuyas respuestas sabía y yo no. Estaba muy emocionada por comenzar su entrenamiento detrás del volante, y aprendió a conducir en un tiempo relativamente corto.

El siguiente gran obstáculo fue la prueba en la carretera. Cuando llegó el momento, le pregunté a varias personas sobre el lugar más fácil para tomarlo. Condujimos hasta la oficina recomendada del Departamento de Vehículos Motorizados, y de repente, tuve una idea brillante. En lugar de entrar y registrarnos de inmediato, estacionamos enfrente, y esperamos. La siguiente vez que un oficial trajo a alguien para una prueba, lo seguimos, manteniéndonos un poco atrás, pero observando el rumbo

que tomaban. Fue un curso duro. Una intersección en particular era absolutamente imposible. No podía creerlo. Cinco calles diferentes llegaban desde ángulos extraños. El instructor condujo al conductor por la derecha, pasando una señal de alto. Justo después de la intersección había un paso elevado, y justo después giraron a la izquierda. El intenso tráfico, procedente de todas las direcciones, me hacía casi imposible conducir, y menos aún a ella.

Cuando llegamos a ese lugar, dije: «Oh, Dios mío. Estamos en un gran problema.» Y estuve tentado de volver a casa, y olvidarlo todo.

Entonces, pensé: «Tal vez no siempre toman este camino». Así que regresamos a la oficina, y seguimos a otro instructor. Él tomó el mismo camino. Y comencé a sudar frío y caliente.

Finalmente, como Lynn insistió, entramos y la inscribimos. Estaba seguro de que no había ayudado en nada con todo mi espionaje, porque ya casi era hora de cerrar, y comenzaba la hora pico de las cinco. Parecía desesperado.

Miré para ver quién la pondría a prueba, esperando que fuera un oficial agradable y de apariencia amable. Desafortunadamente, él no parecía así en absoluto. De

hecho, parecía bastante severo. ¡Todos parecían malos ese día!

Quería acompañarme, pero el oficial no me lo permitió. Entonces, Lynn entró y se fueron. Me apoyé contra el muro de piedra del Departamento de Vehículos Motorizados, y casi como si estuviera ante el muro de los lamentos en Jerusalén, comencé a orar: «Dios, por favor, haz algo. ¡Por favor, envía a los ángeles a hacer algo!»»»

Al poco tiempo, se detuvieron junto a la vereda. Lynn estaba sonriendo de oreja a oreja, y el oficial se acercó, y me dijo que había pasado la prueba. ¡Casi lo abracé! ¡Ya no parecía severo!

Cuando volvimos al auto, le dije: «¿Qué pasó cuando llegaste a esa mala intersección?»

«No había ni un solo coche allí», dijo. «Ni uno. Seguí adelante.»

Ése es un milagro que pretendo comprobar algún día. ¡Quiero saber cuántos ángeles se necesitaron para arreglar eso!

Como se esperaría de cualquier padre amoroso, ¡Dios tiene absolutamente la garantía de decir «Sí», tan a menudo como se atreva! Y Él comparte nuestra alegría con

nosotros. Lynn ya ha disfrutado de varios años de conducción segura, sin accidentes ni multas. Sin embargo, su historia aún no ha terminado, porque cada nuevo año de vida trae consigo nuevos desafíos. Pero sabemos que Dios permanecerá con nosotros y con ella, a través de todo esto.

¿POR QUÉ YO? ¿PORQUÉ ELLA? ¿POR QUÉ ELLOS?

Cuando ocurre una tragedia, los expertos nos dicen que la primera etapa es preguntarse: «¿Por qué yo?»

La segunda etapa, que esperamos llegue poco después, es preguntarnos: «¿Por qué ella?». La atención y la simpatía se alejan de ti, cuando empiezas a darte cuenta del impacto que el dolor está teniendo en aquel a quien amas.

Luego, a medida que continuas adaptándote, llegas a la tercera etapa: «¿Por qué ellos? ¿Por qué todos ellos?». Porque el mundo está lleno de gente herida. Cuando sientes dolor por ti mismo, de repente te vuelves más consciente del dolor de los demás.

Una vez, tuve un problema de disco en la espalda. Eso es todo lo que hizo falta: la gente empezó a salir de la nada con problemas de disco. Todo el mundo y su tío tenían un problema de disco. ¡Simplemente no me enteré hasta que tuve el mío!

Parte del cometido de Dios es permitirnos tomar conciencia del dolor de los demás, para no perdernos en nuestras propias heridas, porque cuando nos acercamos a ayudar a los demás, encontramos ayuda y consuelo para nosotros mismos.

Una vez, estaba dando una clase en la universidad, y un estudiante preguntó: «Si Dios amó tanto al mundo, ¿por qué no vino Él mismo? ¿Por qué tomó la salida más fácil, y envió a su Hijo?»

¡Sabía la respuesta, antes de que terminara la frase! Pero antes de que pudiera abrir la boca, otro estudiante respondió: «Si eres un padre amoroso, preferirías sufrir tú mismo, que ver sufrir a tu hijo».

Le dije: «Eres padre, ¿no?»

Y él dijo: «Sí».

Cualquiera que haya visto sufrir a un ser querido lo sabe. Quien ama, preferiría sufrir él mismo, antes que

presenciar el sufrimiento de aquel a quien ama. No puedo decirte cuántas veces he orado: «Dios, por favor, déjame cambiar de lugar con ella».

Pero Dios nos ha dado un regalo en esta hija especial. Él me ha acercado más a Él, por su dolor y por mi dolor. Entiendo un poco más acerca de Su amor, gracias a lo que he visto a lo largo de esta parte de mi vida. Esto nos da a Dios y a mí, una cosa más en común: porque, como ve, Él también tiene niños con daño cerebral. Todos nosotros estamos dañados, nacemos en este mundo de pecado. Y muchos de los dolores del corazón de Dios son los mismos que los míos. Lo conozco mejor hoy, gracias a ella.

Mi amigo Jay Davis me envió un extracto de un cuento de graduación que dio, y que aprecié, y que me gustaría compartir:

En estos días hay gran interés y emoción creados por los Juegos Olímpicos. También hay un apoyo cada vez mayor a un movimiento llamado Juegos Paralímpicos, un programa que brinda a aquellos, con desafíos especiales (los discapacitados), la oportunidad de esforzarse, la oportunidad de sentir la emoción de dar lo mejor de sí. Se les invita a correr, a toda velocidad, hacia un amigo o familiar que los anime desde la línea de meta. No importa

si la actuación es incómoda o torpe. Todo el que termina es un ganador, y se le da premio, y abrazos, y gloria.

Cada vez que presencio una de estas competiciones se me hace un nudo en la garganta, porque, ya ves, soy discapacitado. Tengo un defecto de nacimiento. Nací pecador. Y esperando en la línea de meta de esta carrera especial en la que estoy, acercándose a mí, y llamándome, está mi amado Padre, que me ama; no entiendo por qué. Soy lento y torpe. Mis extremidades no funcionan como quiero. A veces, aparto la mirada de Él, y tropiezo. Me desvío del rumbo y caigo avergonzado. Pero tengo un hermano mayor a mi lado, que me ayuda cuando caigo, que me sostiene, y que incluso me carga.

Ahora, a lo largo de esta carrera, hay alguien que interrumpe y se deleita en intimidarme. Él sigue diciéndome que no sirve de nada seguir viniendo a mi Padre. Dice que mi padre en la meta está disgustado con mi actuación, que estoy dando un espectáculo de mal gusto. Sin embargo, cuando miro el rostro de mi amoroso Padre, Él siempre está ahí, acercándose a mí.

«Pero te he avergonzado», lloro.

Él me responde: «Levántate. Sólo sigue viniendo.»

Y estoy empezando a darme cuenta de que los demás, en esta carrera especial (todos con defectos de nacimiento), no son mis competidores en absoluto. Todos están corriendo hacia su Padre, al igual que yo, luchando por terminar, porque todo el que sigue llegando hasta el final de la carrera, es un ganador.

Cuanto más dura esta carrera, más crece mi capacidad de atención. Las distracciones se debilitan, y puedo ver Su rostro con mayor claridad. ¡Él quiere que llegue allí! Esta se está convirtiendo en una carrera gloriosa, a medida que Él sigue acercándose a mí, animándome a seguir viniendo a Él, incluso cuando flaqueo.

No está lejano el día en que cada uno de nosotros pueda tropezar en nuestra torpeza al cruzar la línea de meta, y tambalearse hacia Sus brazos que nos esperan. Él se reunirá contigo y te abrazará, y sabrás que eres un ganador, porque Él siguió llamándote, y tú seguiste viniendo a Él. Él está allí, esperándote, porque te ama. Él realmente te ama.

CAPÍTULO 11: PERSISTENCIA EN LA ORACIÓN

Quizás hayas oído la historia de Andy. Andy quería compartir su fe, así que empezó a dar la vuelta a la manzana una vez por semana, dejando libros en cada casa. La primera semana, cuando llegó a una casa, subió las escaleras y llamó a la puerta.

Un hombre se acercó a la puerta. «¿Puedo ayudarle?»

Andy le ofreció los libros.

El hombre dijo: «No, gracias; No me interesa.» Y cerró la puerta. Andy metió los libros por debajo de la puerta, y siguió su camino. La semana siguiente, cuando Andy llegó a esa casa en particular, subió las escaleras y llamó a la puerta. El hombre llegó y le gritó: «¡Te dije que no me interesa!» Y le cerró la puerta en la cara a Andy.

Andy metió los libros por debajo de la puerta, y dio la vuelta a la manzana.

La tercera semana, cuando Andy llegó a esa casa en particular, subió las escaleras y llamó a la puerta. El hombre abrió la puerta, rompió una botella de cerveza sobre la cabeza de Andy, y cerró la puerta de golpe.

Andy se quedó allí unos momentos, agarrándose a la barandilla del porche, esperando a que se le despejara la cabeza. Luego, metió los libros por debajo de la puerta, y siguió su camino. La semana siguiente, cuando Andy llegó a esa casa, subió las escaleras y llamó a la puerta. El hombre abrió la puerta y gritó: "¿Cuándo recibirás el mensaje? ¿Vas a seguir volviendo?"

Andy respondió: «¡Ahora has recibido el mensaje!»

¡El hombre lo invitó a pasar! Hoy el hombre es anciano en su iglesia local. Finalmente se dejó convencer por la persistencia de Andy. Andy, cuyo nombre completo es Andrew Fearing, tuvo mucha perseverancia. ¡Quizás esa sea una de las razones por las que tuvo tanto éxito como evangelista!

La persistencia es un ingrediente importante en la oración eficaz. Cuando oramos, a veces Dios responde nuestras oraciones inmediatamente. ¡Y esas son buenas noticias! Pero a menudo, Él elige esperar un poco. De hecho, tiene la costumbre de esperar hasta el último minuto. Así que si estás enfrentando una crisis (digamos que dentro de treinta días te enfrentarás a la bancarrota), puedes relajarte. ¡Es muy probable que la respuesta a tu

oración por liberación no llegue hasta dentro de veintinueve días y medio!

El retraso y la espera han dejado perplejos a muchos de los hijos de Dios. Estamos impacientes. A los humanos no nos gusta esperar. La «nueva generación» no se inventó en nuestros días. Cada generación, desde el principio de los tiempos, ha sido una «Generación del Ahora».

Echa un vistazo a una de las historias del Antiguo Testamento: la historia de Saúl, el primer rey de Israel. Saúl era un hombre impaciente. A principios de su reinado, al final de una batalla con los filisteos, se suponía que se encontraría con el profeta Samuel en cierto lugar. Tenían una cita al final de siete días para ofrecer sacrificios delante del Señor, pero Samuel llegó tarde a la cita. Tenemos la idea de que Dios intencionalmente dispuso la demora. Entonces, cuando Samuel no apareció en el horario previsto, Saúl siguió adelante solo, ofreciendo sacrificios que sólo un sacerdote podía hacer (ver 1 Samuel 13:1-9; Patriarcas y Profetas, páginas 617 y 618).

Nunca oímos hablar del impaciente Saúl cuando necesitaba consejo para atacar a los filisteos. No estaba seguro si ir tras ellos o no, entonces consultó al Señor, pero el Señor no le respondió «aquel día» (ver 1 Samuel 14:37).

Saúl quería una respuesta de inmediato. No estaba dispuesto a esperar, así que siguió su propia sabiduría, en lugar de persistir en la oración hasta que llegara la respuesta de Dios.

Cerca del final de su vida, Saúl no pasó la prueba por tercera vez. Una vez más, quería consejo sobre si debía o no ir a la batalla:

«Cuando Saúl consultó al Señor, el Señor no le respondió, ni por sueños, ni por Urim, ni por profetas.» Sin embargo, Saúl no se quedó esperando. Como Dios guardó silencio, buscó a la bruja de Endor. Cuando la bruja logró producir un ser que tenía la apariencia de Samuel, y que pretendía ser Samuel, sus primeras palabras lo traicionaron. Él preguntó: «¿Por qué me has inquietado para hacerme subir?» Eso debería haber sido una pista para Saúl. Este no fue alguien enviado por Dios: ¡vino de la dirección equivocada!

Pero Saúl dijo: «Dios se ha apartado de mí, y ya no me responde, ni por profetas, ni por sueños; por eso te he llamado, para que me hagas saber lo que he de hacer» (1 Samuel 28:1- 20).

La historia de Saúl es un triste comentario sobre alguien que no persistió en la oración, esperando que Dios

le diera su respuesta. Y recuerdas el final de la historia. Saúl vio que la batalla era contra él y, vencido por el terror, cayó sobre su espada, acabando así con su propia vida (ver 1 Samuel 31:1-6).

LA VIUDA ANTE EL JUEZ INJUSTO

Vayamos ahora a un ejemplo bíblico de alguien que hizo lo correcto. Ella era viuda. Jesús la usó para mostrar la importancia de la perseverancia:

«También les refirió Jesús una parábola sobre la necesidad de orar siempre, y no desmayar, diciendo: Había en una ciudad un juez, que ni temía a Dios, ni respetaba a hombre. Había también en aquella ciudad una viuda, la cual venía a él, diciendo: Hazme justicia de mi adversario. Y él no quiso por algún tiempo; pero después de esto dijo dentro de sí: Aunque ni temo a Dios, ni tengo respeto a hombre, sin embargo, porque esta viuda me es molesta, le haré justicia, no sea que, viniendo de continuo, me agote la paciencia. Y dijo el Señor: Oíd lo que dijo el juez injusto. ¿Y acaso Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a él día y noche? ¿Se tardará en responderles? Os digo que

pronto les hará justicia. Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?» (Lucas 18:1-8).

Para empezar, podemos enfatizar que Dios no es como el juez injusto de la parábola. El propósito de la perseverancia no es derribar la falta de voluntad de Dios, para darnos las cosas que necesitamos. La parábola muestra la personalidad de Dios, por contraste. Si incluso un juez injusto puede ser conquistado por la perseverancia, cuánto más un Padre de amor que está siempre dispuesto a dar a sus hijos. Pero ¿alguna vez te has preguntado por qué, dado que Dios está tan dispuesto a dar, tarda tanto en responder? La parábola dice: «Pronto les hará justicia», ¡pero algunos de nosotros, hemos descubierto que la definición de Dios de la palabra «prontamente» es muy diferente a la nuestra! Lo mismo ocurre con la palabra rápidamente. En Apocalipsis 3:11, encontramos la promesa: «He aquí, vengo pronto». ¿Ha venido pronto según vuestro entendimiento? En el libro «La travesía del viajero del alba» de las «Crónicas de Narnia», CS Lewis plantea una pregunta interesante. El león, Aslan, que es un tipo de Cristo, llega al lugar donde se alojan los niños, se queda un rato dándoles el consejo necesario, y luego se prepara para partir. Él dice: «Te veré pronto». Lucy, una de las niñas, pregunta: «Por favor, Aslan, ¿qué es pronto?» Muchos de

los hijos de Dios le han hecho esa pregunta. El calendario de Dios a menudo ha resultado diferente al nuestro. Ésta es una de las principales razones por las que es tan importante estudiar la perseverancia en la oración. ¡Será mejor que lo entiendas, porque, tarde o temprano, lo necesitarás! Isaías nos ayuda a comprender la definición de Dios de rapidez y prontitud: «Hace mucho tiempo que predije las cosas pasadas, mi boca las anunció, y las hice notorias; entonces de repente actué, y sucedieron.» «Yo soy el Señor; a su tiempo haré esto presto» (Isaías 48:3; 60:22, NVI).

Entonces, la clave para comprender los retrasos aparentes en las respuestas de Dios es comprender, que si bien puede parecer que hay un retraso antes de que Él se mueva, cuando Él se mueve, ¡cuidado, Él se mueve rápido! Esto nos ayuda a unir las dos frases de la parábola, «aunque los tolerará mucho» y «pronto les hará justicia». Puesto que estamos seguros del amor y la preocupación de Dios por nosotros, también podemos estar seguros de que cualquier perseverancia que sea necesaria ante la demora, es para nuestro bien.

«No hay peligro de que el Señor descuide las oraciones de su pueblo. El peligro es, que, en la tentación

y la prueba, se desanimen y no perseveren en la oración» (Palabras de Vida del Gran Maestro, página 175).

De todos modos, ¿cuál es el propósito de la perseverancia? Si entendemos un poco más por qué la perseverancia es tan importante, y cuál es el propósito de Dios al dejarnos esperar con tanta frecuencia, tal vez disminuya el peligro de que no perseveremos en la oración.

EL PROPÓSITO DE LA PERSEVERANCIA

La perseverancia es una disciplina. Solemos considerar la disciplina en términos de castigo, pero también tiene un lado positivo. La disciplina es el autocontrol que conduce al crecimiento, e incluso el autocontrol positivo puede a veces ser desagradable, ¡como cualquier estudiante sabe! ¿Alguna vez has tenido la disciplina de estudiar para un examen? No fue necesariamente divertido, pero fue bueno para ti. ¿Qué tiene de bueno la persistencia?

Nos lleva a buscar en nuestros propios corazones. Dios está interesado en mostrarnos lo que realmente nos motiva. Nos resulta fácil engañarnos a nosotros mismos, sobre todo cuando las cosas van bien. Pero cuando hay un

retraso en la respuesta a nuestras oraciones, nos sentimos motivados a mirar más de cerca lo que realmente somos.

«Cuando le pedimos, Él puede ver que es necesario que escudriñemos nuestro corazón, y nos arrepintamos del pecado. Por lo tanto, Él nos lleva a través de pruebas y tribulaciones, nos lleva a través de la humillación, para que podamos ver lo que impide la obra de Su Espíritu Santo a través de nosotros» (Palabras de Vida del Gran Maestro, página 143).

A través de la perseverancia, Dios puede darnos una bendición mayor de la que pedimos. El noble se acercó a Jesús, para pedirle lo que le parecía la mayor bendición posible. Quería que su hijo sanara. ¡Y Jesús quería que su hijo también fuera sanado! Pero Jesús tenía más que curación para darle a este hombre. Retrasó la respuesta a su petición, a pesar del malestar temporal que resultó. El resultado fue una bendición mayor, tanto para él, como para su hijo, y para toda su casa.

«A menudo, nos vemos llevados a buscar a Jesús por el deseo de algún bien terrenal, y al ser concedido nuestro pedido, apoyamos nuestra confianza en su amor. El Salvador anhela darnos una bendición mayor de la que pedimos; y retrasa la respuesta a nuestra petición, para

mostrarnos la maldad de nuestro propio corazón, y nuestra profunda necesidad de su gracia. Él desea que renunciemos al egoísmo que nos lleva a buscarlo. Confesando nuestra impotencia y amarga necesidad, debemos confiarnos totalmente a Su amor» (El Deseado de todas las gentes, página 200).

La persistencia revela una fe genuina. La persistencia pone a prueba nuestra fe, y revela si es genuina. ¿Nos sentimos infelices con Dios, si no obtenemos, de forma inmediata, lo que creemos que necesitamos, o lo que queremos? Si es así, ¡tenemos que descubrirlo! Solía enojarme mucho con Dios por esperar hasta el último minuto, ¡pero era bueno para mí! Necesitaba ver cuán rápido me enojaba con Dios, cuando Él no hacía lo que yo quería que hiciera. «Muchas veces se demora en respondernos, para probar nuestra fe» (Palabras de Vida del Gran Maestro, página 145).

Tener que esperar pone a prueba la autenticidad del deseo. La espera es parte de la vida de todos nosotros. Esperamos una carta por correo. Esperamos el día de pago. Esperamos en los semáforos. Esperamos citas con médicos y dentistas. Hacemos cola en la tienda. Los cristianos también suelen tener que esperar a su manera.

Todavía estamos esperando que Jesús venga. Quizás estemos esperando que los frutos del Espíritu se desarrollen en nuestras vidas. Y es posible que estemos esperando la respuesta a alguna oración.

Tendemos a ver el tiempo de espera como tiempo perdido, pero no deja de ser cierto que, «para esperar en Dios, no se pierde el tiempo». A lo largo de los siglos, el pueblo de Dios ha esperado. A la cabeza de la fila estaba Adán, quien esperó durante más de 900 años, hasta que naciera el Hijo prometido. Todavía estaba esperando cuando murió. Noé esperó 120 años, hasta que llegara el diluvio. Moisés esperó cuarenta años, cuarenta años más, y finalmente cuarenta años más, por la Tierra Prometida. Se acostó solo en la cima del monte Nebo, esperando todavía. ¡Jacob esperó siete años por su novia, y luego le dieron la novia equivocada! Las diez vírgenes de la parábola de Jesús esperaban al novio. Y Hebreos 11:13 habla de un grupo que esperó toda su vida:

«Todos estos murieron en la fe, sin haber recibido las promesas, sino que, habiéndolas visto de lejos, se persuadieron de ellas, las abrazaron, y confesaron que eran extranjeros y peregrinos en la tierra».

Pero cuando estás esperando algo, tienes mucho tiempo para considerar si realmente lo quieres. ¿Alguna vez fuiste a una tienda para comprar algo, y esperaste tanto tiempo en la cola, que decidiste que no valía la pena esperar? Cuanto más tengas que esperar, más seguro estarás de que realmente quieres lo que esperas. «A menudo se demora en respondernos, para probar la autenticidad de nuestro deseo» (Palabras de Vida del Gran Maestro, página 145).

La persistencia aumenta nuestro deseo de obtener la respuesta. Cuando centras tu atención en un deseo particular, y continúas buscándolo, ¡tu deseo aumenta! ¡Es como esperar la cena de Acción de Gracias! ¡Cuanto más tengas que esperar, más hambre tendrás! Y más agradecido estás, cuando llega la hora de comer.

«La petición persistente hace que el peticionario adopte una actitud más seria, y le da un mayor deseo de recibir las cosas que pide» (Palabras de Vida del Gran Maestro, página 145).

La demora nos acerca a una unión más estrecha con Cristo. Si aceptamos la disciplina de esperar, y persistimos en presentar nuestras oraciones ante Él, nuestra unión con Cristo aumenta. «Cuanto más intensa y firmemente

pidamos, más estrecha será nuestra unión espiritual con Cristo» (Palabras de Vida del Gran Maestro, página 146). La persistencia en la oración nos mantiene en Su presencia, y cuanto más tiempo pasemos en Su presencia, más nos familiarizaremos con Él.

La espera nos prepara para recibir la respuesta cuando se dé. Es posible, que no siempre estemos preparados para recibir la respuesta en el momento en que la preguntamos. Moisés no estaba listo para sacar al pueblo de Israel de Egipto, al final de sus primeros cuarenta años. Él pensó que sí, pero Dios vio que necesitaba más tiempo. De hecho, necesitó unos segundos cuarenta años, antes de estar preparado para comenzar la obra que Dios le había asignado.

«Espera en el Señor, hasta que veas que estás listo para recibir y apreciar las bendiciones que pides» (Ellen G. White, *Review and Herald*, 30 de mayo de 1912).

La persistencia te impide dar por sentado los regalos de Dios. Es muy fácil dar por sentados los dones de Dios. Si lo dudas, detente, y piensa por un minuto: ¿cuál de estos regalos de Dios, le has agradecido en las últimas veinticuatro horas: la luz del sol, las uñas, el descanso, el agua, los zapatos, tu ángel de la guarda, las mantas, la

música y la libertad religiosa? ¿Obtuviste el 100 por ciento? Una cosa es segura: si estuviste particularmente agradecido por algo en esa lista aleatoria, es porque, de alguna manera, fuiste consciente de lo que sería no tenerlo. Es fácil dar las cosas por sentado. Pero cuando se nos permite esperar y seguir buscando una bendición particular, es mucho menos probable que la demos por sentado.

En el momento en que Elías oró pidiendo lluvia en la cima del Monte Carmelo, no había llovido durante tres años y medio. ¡Eso ya parecería suficiente! Pero cuando había orado siete veces para que comenzara a llover, le resultaba aún más imposible dar por sentada la respuesta de Dios. Al comentar sobre esta experiencia, Elena de White dijo:

«Dios no siempre responde nuestras oraciones la primera vez que lo invocamos; porque si hiciera esto, podríamos dar por sentado que tenemos derecho a todas las bendiciones y favores que nos otorgó. En lugar de escudriñar nuestros corazones para ver si albergamos algún mal, o si cometimos algún pecado, podríamos volvernos descuidados y no darnos cuenta de nuestra dependencia de Él, y de nuestra necesidad de Su ayuda»

(Comentarios de Elena G. de White, Comentario Bíblico Adventista, tomo 2, página 1035).

Esperar puede impedir que recibas la gloria por lo que Dios ha hecho. Otra vez Elías, allí en el Monte Carmelo, oró por fuego, y el fuego se encendió al instante. Ahora, el peligro era que pensara que, de alguna manera, había sido obra suya y no de Dios, por lo que Dios lo puso «en espera», mientras oraba por la lluvia.

«Elías se humilló, hasta estar en una condición en la que no podía tomar la gloria para sí mismo. Esta es la condición bajo la cual el Señor escucha la oración, porque entonces le daremos alabanza... Mientras escudriñaba su corazón, parecía ser cada vez menos, tanto en su propia estimación, como ante los ojos de Dios. Le parecía que él no era nada, y que Dios lo era todo; y cuando llegó a ese punto de renunciar a sí mismo, mientras se aferraba al Salvador como su única fuerza y justicia, la respuesta llegó» (Comentarios de Elena G. de White, Comentario Bíblico Adventista, tomo 2, página 1035)

La demora hace que la interferencia de Dios sea más marcada. Si cada respuesta a la oración llegara rápida y fácilmente, podríamos concluir que habría sucedido de todos modos. Pero cuando lleguemos a un punto muerto,

cuando lleguemos al fin de nuestros propios recursos, reconoceremos más fácilmente Su mano al sacarnos del otro lado.

«De época en época, el Señor ha dado a conocer la manera de obrar. Cuando ha llegado una crisis, Él se ha revelado, y ha intervenido para impedir la realización de los planes de Satanás. Con las naciones, con las familias, y con los individuos, a menudo, ha permitido que las cosas lleguen a una crisis, para que su interferencia se haga evidente. Luego, ha manifestado que hay un Dios en Israel, que mantendrá Su ley, y vindicará a Su pueblo» (Palabras de Vida del Gran Maestro, página 178).

El retraso hasta el punto de la crisis no sólo hace que la obra de Dios sea más clara en nuestros corazones, sino que también es un testimonio para otros que están observando. Puede que no seas tú quien necesite este doloroso retraso, pero Dios puede usarlo para llamar la atención de quienes te rodean. ¿Estás dispuesto a que Dios te use de esa manera?

A partir de tu propia experiencia, quizás puedas agregar a estos diez puntos, razones por las que has descubierto por qué la perseverancia puede ser una bendición. Aunque a veces pueda parecer desagradable,

la perseverancia es una parte necesaria de nuestra disciplina como hijos del Rey.

¿POR QUÉ NOS RENDIMOS TAN FÁCILMENTE?

Si la persistencia en la oración es tan necesaria, y es buena para nosotros por tantas razones diferentes, ¿por qué nos resulta tan difícil? Hay al menos tres razones.

Primero, tenemos más fe en lo que podemos hacer por nosotros mismos, que en lo que Dios puede hacer por nosotros. Ese fue el problema de Abraham. Puso su fe en lo que pudo lograr con Agar, en lugar de esperar a que Dios le diera a Isaac.

En segundo lugar, a menudo no somos conscientes de nuestra propia necesidad. Pedimos sin entusiasmo, tal vez porque pensamos que es lo esperado, pero en realidad no somos conscientes de cuán indefensos estamos, separados de Él. No nos damos cuenta de cuán desesperadamente necesitamos su poder en nuestras vidas. Y por eso, nos contentamos con abandonar la búsqueda.

Y tercero, no nos damos cuenta de la voluntad de Dios de dar. Cuando hay un retraso, es fácil olvidarse que Dios está más dispuesto a darnos cosas buenas a nosotros, que

nosotros a nuestros hijos. Interpretamos la demora como una falta de preocupación de su parte, y, por lo tanto, no perseveramos.

Pero la persistencia no es algo que fabricamos nosotros mismos. ¡La persistencia es un regalo! (ver Palabras de Vida del Gran Maestro, página 175). «Fue Cristo quien dio coraje y determinación, a la viuda suplicante ante el juez.» Entonces, si necesitas perseverancia, no intentes lograrlo tú mismo. Él te dará la perseverancia que necesitas, mientras continúas en relación con Él.

Una de las formas en que Él da perseverancia, es a través del dolor. Cuando sientes dolor, nadie tiene que recordarte que sigas buscando alivio. ¡Esto surge de forma natural y espontánea! Lucas registra que, «estando en agonía, [Jesús] oraba con más fervor» (Lucas 22:44). ¿Has descubierto que hay suficientes golpes y magulladuras viviendo en este mundo de pecado, como para que tengamos un recordatorio constante de nuestra necesidad de Dios? ¡Ojalá aceptemos la disciplina, y sigamos viniendo a Él!

¿Cuánto tiempo debemos persistir? La mujer sirofenicia preguntó tres veces, y obtuvo respuesta. La respuesta fue «Sí». Pablo también preguntó tres veces, y

obtuvo respuesta. La respuesta fue «No». ¡Pero obtuvo una respuesta! ¿Cuánto tiempo debemos seguir orando? Hasta que obtengamos una respuesta de Dios. Es así de simple.

Moisés oró para entrar a la Tierra Prometida, hasta que Dios le dijo que dejara de pedir. A menudo presentamos una petición a Dios, y asumimos que la respuesta es «Sí», a menos que se nos muestre lo contrario. Pero los ejemplos bíblicos nos enseñan que debemos esperar que la respuesta sea «Sí», y continuar suplicando hasta que nos digan que dejemos de hacerlo, o hasta que recibamos la bendición. No te detienes sólo porque no ves resultados. No te detienes ni siquiera cuando Dios aparentemente dice «No» (ver Éxodo 32). ¡No te detengas hasta que Dios te diga que lo hagas!

No es falta de fe para seguir impulsando tu caso. No hay necesidad de sentirse culpable por no dejarlo ir. «Si la respuesta se demora, es porque Dios desea que mostremos una santa audacia, al reclamar la palabra prometida de Dios» (En los lugares celestiales, página 74).

«Cuando con fervor e intensidad hacemos una oración en nombre de Cristo, hay en esa misma intensidad, una promesa de Dios de que Él está a punto de responder a

nuestra oración, sobre todo lo que pedimos o pensamos» (En los lugares celestiales, página 80).

Dios nos ha invitado a pedir. Él anima nuestras oraciones. Él quiere que sigamos pidiendo para poder recibir; seguir buscando para poder encontrar; y seguir llamando para que se nos abra la puerta (ver Mateo 7:7).

CAPÍTULO 12: CUANDO DIOS HABLA

¡Dios es un buen oyente! ¿Ya lo has descubierto? Él pacientemente nos permite hablar la mayor parte del tiempo, ¡aunque ya lo ha escuchado todo antes! Él sabe lo que vamos a decir antes de que lo digamos. No hay una sola cosa que podamos decirle que sea nueva para Él. Pero le agradamos tanto que se alegra cada vez que pasamos tiempo con Él, y nunca se cansa de nuestra charla. Nunca se aburre de nosotros y de nuestra agenda.

Como todo buen oyente, Él escucha mucho más de lo que habla, pero cuando finalmente habla, siempre tiene algo que vale la pena decir. ¿Y es posible que a Él le agradase hablar más a menudo, si nos quedáramos callados y le diéramos la oportunidad de decir una palabra?

La respuesta de Dios es la parte más emocionante de la oración, y la más importante. Dado que el propósito principal de la oración es la comunicación, no la información, y dado que no podemos informar a Dios de nada que Él no sepa, entonces ¡Su respuesta es la parte más importante de la comunicación!

¡DIOS QUIERE HABLAR CON NOSOTROS!

¡La premisa bíblica es que Dios quiere hablar con nosotros! Notemos algunas referencias al respecto. Jesús dijo a sus discípulos:

«De ahora en adelante no os llamaré sirvientes; porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero yo os he llamado amigos» (Juan 15:15).

Uno de los aspectos más importantes de la amistad es que los amigos hablan y comparten. Se comunican. Puede que no haya mucha comunicación en la relación «amo y sirviente» o en la relación «empleador y empleado». Eso puede limitarse a: «Tome una carta, señorita Jones». Pero los amigos quieren saber qué está pasando en la vida de cada uno, porque les importa. Lo que es importante para nosotros también lo es para ellos, simplemente porque es importante para nosotros. Eso es lo que nos hace amigos. Y eso es lo que a Dios le interesa compartir con nosotros. Quiere que sepamos qué está pasando. Él quiere que estemos involucrados en Su vida.

En otra ocasión, Jesús dijo: «Lo amaré y me manifestaré a él» (Juan 14:21). Quiere manifestarse a sus amigos. Aquellos que son extraños o enemigos no tienen

el mismo privilegio de comunicación que sus amigos. Dios busca constantemente hacerse amigos de todos, incluidos los extraños y los enemigos, pero hasta que no acepten su amistad, no podrá revelarles sus consejos. La comunicación más cercana con Él está reservada para aquellos en Su círculo íntimo.

Veamos una referencia más. Jesús está hablando:

«De cierto, de cierto os digo, que el que no entra por la puerta en el redil de las ovejas, sino que sube por otra parte, ése es ladrón y salteador. Pero el que entra por la puerta, ése es el pastor de las ovejas. A él le abre el portero; y las ovejas oyen su voz; y a sus ovejas llama por nombre y las saca. Y él va delante de ellas, y las ovejas lo siguen, porque conocen su voz. Y al extraño no seguirán, sino que lo alejarán, porque no conocen la voz de los extraños» (Juan 10:1-5).

¿No es bueno saber que el Buen Pastor tiene una voz que sus ovejas pueden reconocer para que no se desvíen por la voz de un extraño? ¿Cómo aprendemos a reconocer Su voz? La respuesta es sencilla: conociéndolo, a través de la relación diaria con Él. Eso es todo lo que se necesita.

«Si venimos a Él con fe, Él nos hablará personalmente de Sus misterios. Nuestros corazones a menudo arderán

dentro de nosotros, cuando Uno se acerque para comunicarse con nosotros como lo hizo con Enoc» (El Deseado de todas las gentes, página 668).

La oración trae una respuesta de Dios. Su respuesta puede ser «Sí» o puede ser «No». Puede haber un retraso en Su respuesta mientras nos enseña a esperar en Él, pero a cada oración sincera habrá una respuesta. Y cuando la respuesta es «No», que es la excepción a la regla en lo que respecta a los ejemplos dados en la Biblia, Dios agrega una explicación del por qué, para que la comunicación pueda continuar.

No dejó que Moisés se preguntara por qué no se le permitió entrar a la Tierra Prometida. No dejó que David se preguntara por qué no se le permitió construir el templo. Les dijo por qué decía «No» a sus peticiones.

CÓMO HABLA DIOS

La primera preferencia de Dios por la comunicación es cara a cara. No está contento con las relaciones a distancia. Después de la creación de la humanidad, Él no permaneció en el salón del trono celestial, ni envió cartas. Él mismo

venía diariamente para pasar tiempo caminando en el Jardín. ¡Debe haber esperado esa cita todo el día!

Pero cuando entró el pecado, el plan de Dios fue interrumpido. Ya no podía hablarnos cara a cara. Nos destruiría. Entonces comenzó a utilizar métodos alternativos de comunicación. Envío a los ángeles (ver Génesis 19:1; 2 Reyes 1:3; Daniel 8:16; Lucas 1:11). Habló a través de visiones y sueños (ver Génesis 15:1; 1 Samuel 3:15; Daniel 2:19; Mateo 1:20). En ocasiones habló con voz audible (ver Éxodo 20:1-17; Mateo 3:17). Usó signos y símbolos (ver Éxodo 4:8; Jeremías 44:29; Lucas 2:12). Envío a su Hijo (ver Juan 3:16; Marcos 1:11). Envío el Espíritu Santo (ver Juan 14:16; Hechos 2:2-4). En ocasiones Dios ha hablado a través de terremotos, incendios, juicios, aflicciones y pruebas. Nos ha dado mensajes a través de los profetas y del predicador viviente. A menudo habla con voz tranquila y suave. Él nos habla a través de Su Palabra. Nos habla a través de la naturaleza. Él nos habla a través de obras providenciales. Ha invertido toda la creatividad de un Dios de amor para encontrar maneras de llegar a nosotros con sus mensajes de amor y consejo.

Como base para saber cuándo es Su voz la que nos habla a través de los diversos métodos que puede utilizar,

Él nos ha dado Su Palabra. Su Palabra debe ser la prueba. Porque, aunque Dios habla de muchas maneras, sus mensajes no se contradicen entre sí. No ordenará con una sola voz, lo que ha prohibido con otra. La voz de Dios está siempre en armonía consigo misma.

Dado que Su Palabra ha sido establecida, cada vez que tengamos dudas sobre si un mensaje proviene de Él, podemos compararlo con lo que ha sido revelado en Su Palabra. Pero para entender Su Palabra correctamente, debemos contar con la ayuda del Espíritu Santo, que se nos da en respuesta a la oración. Aquí volvemos una vez más a la vida devocional personal. Si queremos comunicarnos con Dios, y si queremos estar seguros de cuándo es Su voz hablando a nuestros corazones, no hay sustituto para nuestro tiempo privado y regular con Él. Es difícil para Dios hacernos llegar sus mensajes si lo buscamos sólo cuando estamos en pánico o bajo estrés. La comunicación con Dios no debe usarse simplemente como una salida de emergencia. Pero cuando nos tomamos el tiempo para tener una comunión regular y continua con Él, Él puede hablarnos tanto en tiempos de crisis como en tiempos de paz.

COMUNICACIÓN BIDIRECCIONAL EN ORACIÓN.

La oración nunca tuvo la intención de ser una vía de sentido único. Si te tomas el tiempo, cuando hayas terminado con tu parte de la oración, para permitir que Dios te hable, ¡puedes sorprenderte de lo que Él ha estado esperando para revelarte! ¿Alguna vez has probado? A continuación, se presentan algunas pautas que algunos han considerado significativas:

Déjate guiar por Su Palabra. Incluso las impresiones que te vienen a la mente durante la oración deben ser siempre probadas por Su Palabra. Esto resultará en una salvaguardia contra el error o el fanatismo. Si parece haber desacuerdo entre los mensajes que recibes, espera. Espera a que Dios te traiga entendimiento y haga Su voz clara, para que puedas saber lo que Él está tratando de decirte.

Aléjate solo. Si quieres escuchar la voz de Dios con claridad, busca un lugar tranquilo, lejos de la interferencia de las voces humanas. A veces, el estruendo es tan intenso que es difícil oír con claridad cuando la voz suave y apacible intenta hablar.

«Cuando todas las demás voces callan y en quietud esperamos ante Él, el silencio del alma hace más distinta la voz de Dios» (El Deseado de Todas las Gentes, página 363).

Ve más despacio. Tenemos demasiada prisa. Hablamos a Dios y luego seguimos nuestro camino, cuando debemos darle tiempo para que Él hable a nuestros corazones.

«Muchos, incluso en sus momentos de devoción, no logran recibir la bendición de la verdadera comunión con Dios. Están con demasiada prisa. Con pasos apresurados avanzan a través del círculo de la amorosa presencia de Cristo, deteniéndose quizás un momento dentro de los recintos sagrados, pero sin esperar consejo. No tienen tiempo para permanecer con el divino Maestro. Con su carga regresan a su trabajo. Deben darse tiempo para pensar, para orar, para esperar en Dios» (La Educación, página 260).

Estate atento a la paz. Podemos obtener la paz, uno de los frutos del Espíritu, en respuesta a nuestras oraciones. Una de las mayores indicaciones de que hemos escuchado la voz del Buen Pastor, y no la voz de un extraño, es la paz que viene con ella. ¿Lo has experimentado? El diablo puede tratar de mezclarse en tus oraciones e imponer su

propio mensaje en tu mente, pero no puede traer paz. Puede producir excitación, nuevas vibraciones, o sentimientos poderosos, pero no puede producir paz. La paz del Espíritu es una de las señales o evidencias de que lo que escuchaste es la voz de Dios, no la de Satanás.

Sigue mejorando cada vez más. Sólo Dios puede superarse continuamente a sí mismo. Observe este párrafo de «El Deseado de todas las gentes»:

«Así como los hombres presentan primero el mejor vino y luego el peor, así lo hace el mundo con sus dones. Lo que ofrece puede complacer la vista y fascinar los sentidos, pero resulta insatisfactorio. El vino se torna en amargura, la alegría en tristeza. Lo que comenzó con canciones y alegría, termina en cansancio y disgusto. Pero los dones de Jesús son siempre frescos y nuevos. El banquete que Él proporciona al alma nunca deja de dar satisfacción y gozo. Cada nuevo regalo aumenta la capacidad del receptor para apreciar y disfrutar las bendiciones del Señor. Él da gracia sobre gracia. No puede haber falta de suministro. Si permaneces en Él, el hecho de que recibas un rico don hoy asegura la recepción de un don más rico mañana. Las palabras de Jesús a Natanael expresan la ley del trato de Dios con los hijos de la fe. Con

cada nueva revelación de su amor, Él declara al corazón receptivo: «¿Crees? Verás cosas mayores que éstas»» (El Deseado de Todas las Gentes, página 148).

Él relaciona sus palabras con las nuestras. ¡Sucedee con demasiada frecuencia como para fallar! Dios tiene la costumbre de responder las preguntas que le hacemos. Es posible que estés orando por un tema en particular y, a menudo, en tan solo uno o dos días te encontrarás con un versículo o párrafo que responde a esa misma pregunta. ¡A veces te preguntarás cómo lo hace Dios! Su Palabra se adapta a cada dilema humano. Cuando buscas consejo de Él, Él sabe cómo guiarte exactamente a la respuesta que necesitas dar.

A menudo, Él hace esto dentro del marco de su vida devocional regular. En otras ocasiones, añade medios más creativos. No hace mucho escuché acerca de una mujer que enfrentaba una decisión importante en su vida. Había estado orando sobre qué hacer, y quería asegurarse de hacer lo correcto. Tenía unos días de vacaciones disponibles, así que se llevó a su hija de diez años al Parque Nacional Yosemite. Empacó varios libros devocionales, junto con su Biblia, y pasó bastante tiempo leyendo,

orando, y tratando de decidir qué quería Dios que ella hiciera.

Un texto bíblico en particular comenzó a surgir. Lo encontró cuando abrió su Biblia al azar, tratando de decidir dónde quería leer. Lo encontró nuevamente en un capítulo que eligió de «Patriarcas y Profetas». La tarde siguiente sacó «El Deseado de todas las gentes», y adivinen con qué texto se encontró. Ella comenzó a sospechar que Dios estaba tratando de decirle algo con ese versículo en particular.

Al final del tercer día, decidió que necesitaba tomar un descanso del pesado camino, así que fue a la tienda a comprar algunos suministros. Junto con la compra, recogió una revista de noticias y, cuando regresó al campamento, empezó a hojearla. Le llamó la atención un artículo sobre un hombre que había sido secuestrado. Compartió su historia, y concluyó diciendo: «Si hay algo que he aprendido de esta experiencia...» ¡y citó «su» texto!

Tiró la revista, y empezó a reír y llorar al mismo tiempo. «¡Está bien, está bien Dios, entiendo el mensaje!»

Dios es plenamente capaz de transmitir Su mensaje, siempre y cuando sigamos buscándolo y esperando Su respuesta a nuestras oraciones. A veces nos sorprenderá

con los métodos inesperados que utiliza, para asegurarse de que entendamos lo que está tratando de decirnos.

Aquí hay otra historia sobre un versículo de las Escrituras que le fue dado a alguien, durante un momento de necesidad especial. Esta joven madre cree que Dios la guio a un versículo en particular, en una mañana en particular. Estaba en crisis, y las palabras hablaban de aliento y consuelo, pero le costaba sentirse así. «Sé que me enviaste este verso, Padre», oró, «Gracias por ello. Pero hace mucho frío. Sería muy bueno si pudieras enviarme un mensaje como este, con mi nombre. Sería muy bonito si dijera: «Querida María». ¡Ella pensó lo que debió haber significado para Ciro, en la época de Daniel, encontrar su propio nombre en la Biblia!

Pero el pensamiento pasó y comenzó su día. Esa tarde, su pequeña llegó a casa del jardín de infantes. Compró una tarjeta hecha a mano con un verso de la Escritura impreso en ella. Lo había coloreado cuidadosamente, y en la parte superior había escrito: «Querida María». Nunca llamó a su madre por su nombre de pila, pero eso es lo que escribió en la tarjeta ese día. No escribió querida mami, sino «Querida María». ¡Puedes estar seguro de que esa tarjeta estuvo pegada en la puerta del refrigerador durante

mucho tiempo! ¡Dios había correspondido su respuesta a su petición! No tenía ninguna duda de que el mensaje era de Él.

«Patriarcas y Profetas» lo dice así: «Él nos habla en nuestra propia lengua, para que le entendamos mejor» (página 106).

PADRE ABRAHAM

Mientras tratamos de calzar algunos de estos principios para escuchar y reconocer la voz de Dios cuando nos habla, echemos un vistazo a una historia de la vida de Abraham. Abraham era amigo de Dios (ver Santiago 2:23). Una noche recibió una interesante revelación que lo sumió en una verdadera confusión. Se le dijo que tomara a Isaac, su hijo, el hijo de la promesa, y lo ofreciera como sacrificio. Me gusta la forma en que «Patriarcas y Profetas» describe la experiencia:

«La orden estaba expresada en palabras que debieron retorcer de angustia el corazón de aquel padre: «Toma ahora tu hijo, tu único hijo, Isaac, a quien amas... y ofrécelo allí en holocausto». Isaac fue la luz de su hogar, el consuelo de su vejez y, sobre todo, el heredero de la bendición

prometida. La pérdida de un hijo así, por accidente o enfermedad, habría sido desgarradora para el cariñoso padre; habría inclinado de dolor su cabeza blanqueada; pero se le ordenó derramar la sangre de ese hijo con su propia mano. Le parecía una terrible imposibilidad» (página 148).

¿Era esta la voz de Dios? ¿Podría Dios pedir tal cosa? Nos apresuraríamos a decir: «Oh no, Abraham, debes estar equivocado. ¿No has oído hablar de los Diez Mandamientos? Dios dijo: 'No matarás'. Esta debe ser la voz de un extraño.»

De una cosa pueden estar seguros: ¡ese pensamiento no se le escapó a Abraham, porque alguien estaba muy feliz de recordárselo!

«Satanás estaba presente para sugerir que debía estar engañado, porque la ley divina ordena: «No matarás», y Dios no exigiría lo que una vez había prohibido. Al salir de su tienda, Abraham miró hacia el brillo tranquilo de los cielos despejados, y recordó la promesa hecha casi cincuenta años antes de que su descendencia fuese tan innumerable como las estrellas. Si esta promesa iba a cumplirse mediante Isaac, ¿cómo podría ser ejecutado?

Abraham fue tentado a creer que podría estar engañado» (página 148).

Nota sobre qué base Satanás cuestionó si ésta pudiese ser la voz de Dios: el mensaje no parecía estar de acuerdo con lo que Dios ya le había dicho. Primero fue la orden: «No matarás». Segundo, Dios había dicho que Isaac era el hijo de la promesa. «En su duda y angustia, Abraham se inclinó en tierra y oró como nunca había orado» (página 148). Bueno, supongo que tú también lo harías, ¿no?

«Oró por alguna confirmación de la orden, si debía cumplir con este terrible deber. Se acordó de los ángeles enviados para revelarles el propósito de Dios de destruir Sodoma, y que le llevaron la promesa de su mismo hijo Isaac, y se dirigió al lugar donde se había encontrado varias veces con los mensajeros celestiales, esperando volver a encontrarlos. y recibir alguna dirección adicional» (página 148).

Medita en eso por un momento, y deja que tu imaginación trabaje con la escena. Observa a Abraham tropezando solo en la oscuridad, apresurándose hacia el lugar donde los ángeles habían llegado antes, con la esperanza de que regresaran y le explicaran el misterio. Pero no aparecieron. No esta vez. Esperó un rato, forzando

la vista para ver cómo se acercaban, escuchando atentamente algún sonido. Pero nada. Allí estaba oscuro y en silencio.

«La oscuridad pareció encerrarlo; pero el mandato de Dios sonaba en sus oídos: «Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas». Esa orden debía ser obedecida y no se atrevía a demorarla. Se acercaba el día y debía estar en viaje» (página 148).

Abraham emprendió el viaje como le habían ordenado, pero siguió orando. Parecía imposible que Dios, que había dicho: «No matarás», ahora quisiera que matara a su hijo. ¡Pero el primer día terminó, y aún no lo había matado!

Abraham siguió orando y caminando. Isaac todavía estaba vivo al final del segundo día. Llegó el tercer día, y él también estaba vivo al tercer día. Dios le dio a Abraham tres días para solucionar el problema. Al final del tercer día, vio una nube de promesa flotando sobre la montaña a donde se dirigía. Con ello llegó la seguridad de que Dios todavía tenía el control y podía manejar las cosas, aunque Abraham no podía entenderlas.

Esos tres días fueron dolorosos para Abraham, pero aprendió una lección muy hermosa en el proceso, y su

comprensión única de la expiación nos ha sido transmitida hasta hoy. El carnero, atrapado en la espesura cercana para reemplazar a su hijo, señaló al Cordero de Dios que estaba por venir.

¿Por qué estás orando hoy? Tu oración será respondida tan seguramente como lo fue la oración de Abraham. Dios puede esperar hasta el último minuto, pero la respuesta se dará. La promesa es segura. Dios responderá a las oraciones de su pueblo. No existe tal cosa como una oración sin respuesta.

«A cada oración sincera llegará una respuesta. Puede que no llegue tal como lo deseas, o en el momento que lo buscas; pero vendrá en la forma y en el momento que mejor satisfaga tus necesidades» (Obreros Evangélicos, página 258).

CAPÍTULO 13: ORACIÓN Y AYUNO

Venía a la cafetería de la universidad todos los miércoles. Él también estuvo allí otros días. Después de todo, él era estudiante en la universidad, y usaba la cafetería con regularidad. Pero venía sobre todo el miércoles. Trajo consigo la Biblia, y se quedó las dos horas que estuvo abierta la cafetería para el almuerzo. Pasó el tiempo «testificando». Eso diría si alguien le preguntara por qué estaba allí: «Vengo el miércoles a testificar».

Iba de mesa en mesa, visitando a los distintos estudiantes. Se sentaba y miraba, como hipnotizado, el paso de los tenedores desde el plato hasta la boca, y decía: «¡Esa comida sí que huele bien!».

Luego, se tomaba un momento para preguntar sobre la salud de cada persona en la mesa. ¡En todo momento, él nunca quitó los ojos de la comida! «Los espaguetis son mi comida favorita», decía, luego hacía una pausa, y luego continuaba con nostalgia: «Siempre sirven espaguetis los miércoles».

Al poco tiempo alguien seguramente preguntaría: «¿Entonces por qué no estás comiendo?»

Su oportunidad de oro había llegado. Al instante vendría la respuesta. «Estoy en ayunas.»

«¿Entonces por qué estás aquí en la cafetería?»

«Aprovecho el tiempo que normalmente estaría comiendo, para venir y testificar».

«¿Cuánto tiempo llevas ayunando?»

«Desde la cena de ayer.»

«¿Quieres decir que no has comido nada, desde ayer a esta hora?»

«Así es.»

«¿No te da hambre?»

«Sí, pero vale la pena. Ya sabes, nuestro Señor ayunó durante cuarenta días. Me gustaría hacer eso alguna vez. Hasta ahora he ayunado hasta tres días seguidos.»

«Nunca podría hacer eso. ¡Me daría demasiada hambre!»

Y así seguía la conversación, hasta que el interés de los sentados a la mesa viró hacia otros asuntos. Luego, se disculpaba y se iba a otra mesa: «¡Esa comida sí que huele bien!»

Era un cristiano nuevo, recién llegado de la jungla de asfalto. Quizás aún no había tenido tiempo de leer las palabras de Jesús:

«Cuando ayunéis, no seáis austeros, como los hipócritas; porque ellos demudan sus rostros para mostrar a los hombres que ayunan; de cierto os digo que ya tienen su recompensa. Pero tú, cuando ayunes, unge tu cabeza y lava tu rostro, para no mostrar a los hombres que ayunas, sino a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público.» (Mateo 6:16-18).

Los más devotos de los fariseos, en la época de Cristo, ayunaban dos veces por semana. El ayuno era popular en aquellos días, quizás más que en la sociedad actual. ¡Hoy hacemos dieta! ¡Y hoy salimos a correr! Se podrían aplicar los mismos principios, ¿no crees? ¿O sería eso ir demasiado lejos?

Jesús advirtió contra hacer cualquiera de nuestras buenas obras para ser vistos por los hombres (ver Mateo 23:5).

Pero la Biblia habla a menudo del ayuno, normalmente en relación con una oración especial. Ester y sus amigas ayunaron durante tres días, antes de acercarse al rey con el problema de Amán (ver Ester 4:15, 16). Josafat proclamó

un ayuno cuando el enemigo se acercó (ver 2 Crónicas 20:1•3). Daniel ayunó durante tres semanas mientras buscaba ayuda especial para comprender la visión que le habían dado (ver Daniel 10:1-3). Moisés, Elías, y Jesús ayunaron cada uno durante cuarenta días, ¡y Moisés lo hizo dos veces! Sin embargo, la visión de «Patriarcas y Profetas» indica que, al menos para Moisés, hubo un sustento sobrenatural del cielo que lo elevó por encima de las necesidades de la vida normal. Entonces, este ayuno fue diferente del de Jesús, quien experimentó la debilidad y el hambre, que normalmente acompañan a la falta de comida.

Sería bueno recordarnos desde el principio que el ayuno de Jesús, durante sus cuarenta días en el desierto, tenía como objetivo ser únicamente para Él. No estamos llamados a seguir su ejemplo. Su ayuno fue nuestro sustituto (ver Consejos sobre la dieta y los alimentos, página 189).

RAZONES EQUIVOCADAS PARA AYUNAR

Dado que comenzamos este tema con una nota un tanto negativa, continuemos en esa línea el tiempo

suficiente, para notar tres razones equivocadas para ayunar.

El ayuno no tiene como objetivo lucirse. Ya leímos el texto sobre esto en el Sermón del Monte. El problema del ayuno que practicaban los fariseos era que lo hacían para ser vistos. El ayuno nunca tuvo como objetivo ser utilizado como un medio para llamar la atención sobre uno mismo.

El ayuno no es un acto de mérito. No hay ningún mérito en el ayuno. No nos ganamos el favor ni la misericordia de Dios ayunando. Los judíos habían perdido de vista la gracia gratuita de Dios y, por lo tanto, habían llegado a creer que el ayuno los recomendaría de alguna manera ante Dios. «El ayuno era practicado por los judíos como un acto de mérito» (El Deseado de todas las gentes, página 276).

El ayuno no tiene como objetivo impresionar a Dios. El ayuno no es una especie de huelga de hambre celestial, mediante la cual obligamos a Dios a arrinconarse, negándonos a comer. No hay nada que podamos hacer para que Dios esté dispuesto a responder nuestras oraciones. Él ya está dispuesto. No necesita nuestro ayuno, ni nuestra penitencia, ni nuestro descanso sobre algún lecho de púas. Cualquier valor que tenga el ayuno es para

nosotros, no para Él. Nosotros somos los que seremos cambiados. Nuestros ayunos y nuestras oraciones no tienen el propósito de cambiar a Dios.

RAZONES CORRECTAS PARA AYUNAR

Sin embargo, el ayuno es legítimo cuando se hace de la manera correcta, y por la razón correcta. «Hay tiempos por delante que probarán las almas de los hombres, y será necesario estar alerta y realizar el tipo correcto de ayuno» (Ellen G. White, Comentario Bíblico Adventista, tomo 5, página 1086).

El ayuno puede promover una mejor salud física. Ésta es una razón práctica para ayunar. En algunas condiciones físicas, el ayuno promueve la curación. Si necesitas ayunar por motivos de salud, ciertamente es legítimo. Si deseas estudiar esto más, lee «El Ministerio de Curación», página 235.

El ayuno puede dar una mente clara. ¡El ayuno puede causarte tal dolor de cabeza, de tal forma que no puedas pensar en absoluto! Sin embargo, hay ocasiones en las que podrás pensar con mayor claridad si te abstienes de comer. Para aquellos de nosotros que sufrimos dolores de cabeza,

existe más de un método para ayunar, como lo notaremos en unos minutos. Cuando Jesús fue al desierto para ayunar, su propósito era pasar tiempo considerando su misión y comunicándose con su Padre, mientras se preparaba para asumir los deberes del ministerio público. Daniel ayunó durante tres semanas para comprender la visión que le habían dado. Hablando de los primeros días del mensaje de Adviento, Elena de White hace este comentario: «A menudo ayunábamos para estar mejor preparados para comprender la verdad» (Consejos sobre el régimen alimentario y los alimentos, página 187).

El ayuno es aceptable cuando no puedes evitar ayunar. Quizás hayas experimentado este tipo de ayuno. Hay ocasiones en las que es más fácil ayunar que no ayunar. ¿Alguna vez te has enfrentado a una gran crisis en la que la presión era tan intensa, que simplemente no tenías ganas de comer? ¡Quizás incluso te olvidaste de comer! Este tipo de ayuno no es algo que planees hacer. No es algo que haces porque alguien te lo recomendó. Sucede espontáneamente, debido a tu gran necesidad. Así que hay razones correctas para ayunar, así como razones incorrectas. El ayuno y la oración, por las razones correctas, pueden ser una verdadera bendición. El ayuno y la oración, por motivos equivocados, no valen la pena.

¿QUÉ ES EL AYUNO?

Esto puede parecer bastante elemental, pero tomemos unos pocos párrafos para considerar los distintos métodos de ayuno. Hay más tipos de ayuno que la simple abstinencia. ¡Algunos de nosotros, que somos propensos a sufrir dolores de cabeza, nos alegramos de este hecho! Daniel 10 da un ejemplo. Daniel no estuvo sin comer durante tres semanas. Él «no comió manjar delicioso, ni carne, ni vino» (Daniel 10:3). Elena de White sugiere:

«Ellos (el pueblo de Dios) deben reservar días para el ayuno y la oración. Puede que no sea necesaria una abstinencia de alimentos, pero deben comer con moderación los alimentos más sencillos» (Consejos sobre el régimen alimentario y los alimentos, páginas 188 y 189).

Otra idea dada en las mismas páginas es que los ayunos cortos pueden ser beneficiosos, uno o dos días, o incluso una comida o dos. Dios es razonable. Aquel que creó nuestros cuerpos, sabe acerca de nuestra necesidad de alimento y agua. La premisa principal del ayuno es que siempre debe ser la excepción y no la regla. El ayuno es para momentos de necesidad especial. No pretende ser una forma de vida. En los ejemplos dados en las Escrituras, los ayunos mayores eran principalmente una experiencia

que ocurre una vez en la vida. No eran una parte normal de la vida.

Es interesante notar que el ayuno puede incluir otras cuestiones además de la comida y la bebida:

«La Palabra de Dios no se comprende a medias. Si cada uno proclamara un ayuno para su propia alma, estudiara la Palabra de Dios con ferviente oración, y leyera sólo aquellos libros que le ayudaran a obtener un conocimiento más claro de la Palabra, el pueblo de Dios tendría mucha más salud y fortaleza espiritual, mucho más conocimiento y comprensión espiritual del que ahora revelan. Necesitamos buscar a Dios para encontrarlo valioso para nuestras almas. Necesitamos mantenerlo como nuestro huésped y compañero permanente, sin separarnos nunca de Él» (Cada Día Con Dios, página 150).

ESTE GÉNERO NO SALE SINO CON ORACIÓN Y AYUNO.

Esto nos lleva al pie del Monte de la Transfiguración, con los nueve discípulos que esperaban el regreso de Jesús. Recuerdas la historia. A los discípulos se les había dado poder sobre los espíritus inmundos, y se regocijaban

de que incluso los demonios estuvieran sujetos a ellos (ver Lucas 10:17). Cuando este padre trajo a su hijo y le pidió que lo sanara, ¡los discípulos estaban listos para hacer el trabajo! Nadie quedó más sorprendido que ellos por su falta de éxito.

Se sintieron aliviados, además de avergonzados, cuando Jesús regresó de su noche en la montaña, y se encargó del problema. Pero ellos no entendieron. Cuando la multitud se fue, le preguntaron: «¿Por qué no pudimos expulsar a éste?»

«Jesús respondió: «Este género sólo sale con oración y ayuno» (ver Marcos 9:29).

La gente a menudo ha llegado a la conclusión, basándose en esta historia, de que hay dos clases de demonios: los fáciles y los difíciles. Para los más fáciles, simplemente puedes decirles que se vayan, pero para los complicados, primero debes pasar algún tiempo en oración y ayuno, o no te obedecerán.

Pero esto no tiene sentido. En primer lugar, si eso fuera cierto, Jesús debería haberles dicho a los discípulos que pasaran el día en oración y ayuno, y pedirle al padre que volviera al día siguiente. Después de todo, ¿cómo iban a saber que ese día les iban a pedir que expulsaran un

demonio? No podían ayunar todos los días, por si aparecía uno de los malos, ¿verdad?

En segundo lugar, hasta donde sabemos, Jesús mismo no había estado ayunando. Como era temprano en la mañana, probablemente aún no había desayunado, pero nada indica que hubiera estado ayunando antes de eso.

Entonces, ¿de qué estaba hablando Jesús?

El ayuno es una actitud, más que un ritual. El que ayuna por las razones correctas está diciendo: Mi dependencia de Dios es más vital para mí, que incluso la comida y la bebida. Los discípulos no pudieron expulsar a este demonio, ni a ningún otro demonio, mientras dependieran de su propia fuerza. Jesús no estaba hablando de «los malos», cuando dijo: «este tipo sólo sale con oración y ayuno». ¡Cualquier clase sale sólo con oración y ayuno! Las fuerzas del mal más débiles son más fuertes que nosotros. Los más fuertes pueden ser vencidos en la fuerza de Jesús.

Los discípulos habían perdido de vista a Jesús. Habían pasado la noche refunfuñando porque los habían dejado atrás, al pie de la montaña, y sintiendo celos al pensar en lo que podrían perderse. ¡No había un solo demonio en todas las huestes de Satanás, al que hubieran podido vencer en esa condición!

Lo que nos lleva, una vez más, a la relación del día a día con Dios. Es a través de la comunión con Él, a través de la oración y el estudio de Su Palabra, que llegamos a depender de Su poder, en lugar del nuestro.

Una de las excusas más comunes que se dan para no pasar, día a día, tiempo a solas con Dios, es: «no tengo tiempo». ¿Pero tienes tiempo para comer? Si tienes tiempo para comer cada día, ¿entonces tienes tiempo para pasarlo con Dios, cada día! El problema no es la falta de tiempo, sino que es una cuestión de prioridades. Cuando decimos que no tenemos tiempo, lo que realmente queremos decir es: «No es tan importante para mí».

Para Jesús, nada era más importante que su comunión con su Padre. Él ganó fuerza a través del tiempo que pasó a solas con Dios, tal como debemos hacerlo nosotros. Él no tenía ninguna ventaja sobre nosotros, al depender del poder de Dios en lugar del suyo propio. Si sus discípulos hubieran pasado tiempo en oración y comunión con Dios durante esa noche, al pie de la montaña, habrían estado listos para sanar al niño endemoniado.

Tener una actitud de ayuno significa que tu tiempo privado con Dios es tan importante para ti, y está tan alto en tu lista de prioridades, que, si alguna vez estás tan

presionado por el tiempo, de forma que tienes que elegir entre alimento físico y alimento espiritual, siempre elegirás el alimento espiritual. ¡Ese es el verdadero ayuno!

CAPÍTULO 14: HÁGASE TU VOLUNTAD

Recientemente, un grupo se reunió para orar por un niño que padecía una enfermedad terminal. Dijeron: «¡Por supuesto que Dios no quiere que este niño muera! No creemos en un Dios que quiera que los niños mueran. Sería un insulto a Dios, una falta de fe, decir en tal caso: Hágase tu voluntad».

Entonces oraron. Después uno de su grupo informó: «¡Y no oramos nada de eso de 'Hágase tu voluntad'!»

¿Estás de acuerdo con eso? ¿Muestra falta de fe, o una mala comprensión del carácter de Dios, orar: «Hágase tu voluntad»? ¿O es seguro orar según Su voluntad? Se nos ha dado algunos consejos específicos sobre este punto:

«No siempre es seguro pedir sanación incondicional. Que tu oración incluya este pensamiento: «Señor, Tú conoces todos los secretos del alma. Conoces a estas personas; porque Jesús, su abogado, dio su vida por ellos. Él los ama más de lo que nosotros podemos. Si, por lo tanto...»

Recuerdo orar con un grupo al lado de la cama de un moribundo, y cuando alguien dijo: «Si es tu voluntad»,

alguien más en el grupo dijo: «¡No digas si! ¡Eso demuestra falta de fe!» Pero nota el consejo que se nos ha dado:

««Si, pues, es para tu gloria y bien de estos afligidos, resucitarlos con salud, te rogamos en el nombre de Jesús que les sea dada la salud en este tiempo.» En una petición de este tipo no se manifiesta falta de fe... Debemos decir, después de nuestra ferviente petición: «Sin embargo, no se haga mi voluntad, sino la tuya» ... Tal petición nunca será registrada en el cielo como una oración infiel» (Consejos sobre Salud, página 375).

Así que podemos orar con seguridad para que se haga la voluntad de Dios y, de hecho, es peligroso no orar según Su voluntad. Ahora bien, es cierto que hay algunas cosas sobre las cuales Su voluntad ya ha sido revelada. No necesitamos decir: «Y por favor, perdona nuestros pecados, si es Tu voluntad», porque Su voluntad ya ha sido revelada en ese caso. Siempre es Su voluntad perdonar el pecado. Pero cuando se trata de peticiones de bendiciones temporales, debemos encomendarle nuestras peticiones, y pedirle que obre de acuerdo con lo que Él considere mejor.

LÍMITES AL PODER DE DIOS

Dios es limitado en lo que puede lograr por nosotros. ¿Crees eso? Es cierto. Está limitado en varios sentidos. Es cierto que creemos que Dios tiene todo el poder en el cielo y en la tierra. Pero debido a su participación en el gran conflicto, su poder todavía tiene límites. Hay dos maneras en que el poder de Dios es limitado.

Dios está limitado por nuestro poder de elección. Dios decidió, desde el principio, que todos sus hijos tendrían el poder de elegir. No estaba interesado en tener un grupo de robots en Su reino, ofreciendo alabanzas grabadas. Sólo quería el servicio del amor, y el amor tiene que ser voluntario para ser real. Dios ha hecho todo lo posible para ganarnos para sí. La cruz abre sus brazos amigos a todos los nacidos en este mundo. La invitación ha sido dada a todos. Pero Dios no puede obligar a nadie a aceptarlo. Sería contrario a su naturaleza. Por lo tanto, Él está limitado por nuestro poder de elección.

Entonces, cuando lees la promesa bíblica: «Contenderé con el que contiene contigo, y salvaré a tus hijos» (Isaías 49:25), esa es una promesa condicional. Dios está limitado allí. Él hará todo lo que un Dios de amor puede hacer para llevar a sus hijos al punto de aceptar Su

amor, pero nunca forzará su voluntad. Su poder de elección siempre sigue siendo sagrado.

Dios está limitado por los problemas más importantes. Hay momentos en que las manos de Dios están atadas, debido a cuestiones más importantes en juego que la crisis del momento. Jesús lo experimentó en Getsemaní. Preferiría haberse saltado Getsemaní y la cruz. No fue agradable para Él. Sintió el dolor de un corazón roto, tan profundamente como nosotros. Cuando vinieron a buscarlo allí en el jardín, le ataron las manos, y se lo llevaron, Él tuvo que irse, porque había asuntos más importantes que solo Su comodidad personal.

Pedro blandió su espada, y cortó la oreja de Malco. Jesús dijo a sus captores: «Déjenme hacer esto», y extendió la mano, y sanó al criado del sumo sacerdote. Pero luego se sometió a todo lo que podían hacer, porque tenía un mundo que necesitaba salvación. Y sabía que, para lograrlo, no podía escapar del sufrimiento.

Así que no tenemos que mirar a Dios por encima de nuestras gafas, y preguntarnos si Él es el tipo de Ser al que le gusta ver morir a los niños pequeños. Cuando hoy tiene que decir «No», a algunas de nuestras peticiones, es porque hay más en juego que sólo el sufrimiento

momentáneo de esta vida. Su primera prioridad es poner fin al gran conflicto, para que la raíz del problema, que es el mundo del pecado, sea solucionada para siempre.

Para usar un ejemplo bastante hogareño, ¡me sacaron el apéndice cuando cumplí trece años! ¡No fue muy divertido, tratándose de regalos de cumpleaños! Pero después de que llegué a casa, y tuve unos días más para sanar, mi padre tuvo el privilegio de quitar la sutura.

En lugar de una serie de puntos individuales, habían usado un punto largo, que daba vueltas y vueltas a lo largo de la incisión, con un extremo del hilo en un lado, y el otro extremo en el otro lado. Para quitar la puntada, había que tirar de ese hilo hasta el final.

Mi padre tomó unos alicates, y se puso a trabajar. ¡Dolió! Probablemente a mi padre le dolió aún más que a mí, ¡y eso fue bastante! Mi padre hubiera preferido saltarse esa parte. Pero sabía que en el futuro habría un dolor mayor, en algún lugar, si no seguía así. Entonces apretó los dientes, y terminó el trabajo.

Cuando mi hijo era adolescente, tenía una motocicleta Honda que no arrancaba. Lo remolcábamos detrás del coche, y cometió el error de atar la cuerda al manubrio, en

lugar de simplemente sujetarla. Voló dos metros y medio y cayó al piso, con tierra y arena en el brazo y el hombro.

Lo llevé al médico. ¡Eso fue algo malo de hacer! ¡El médico tomó un cepillo de acero, y una especie de solución limpiadora, y raspó la mugre que había sido incrustada en la carne. Fue terriblemente doloroso. ¿Por qué lo hicimos? ¿Por qué fuimos tan malos? Porque queríamos evitar un dolor mayor en el futuro.

Aparentemente, en algunas de nuestras experiencias en esta vida, Dios tiene que permitir el dolor, la desilusión, y las lágrimas, porque Él ve cosas que nosotros no podemos ver, en términos de una perspectiva más amplia. Está comprometido a asegurarse de que el pecado no vuelva a surgir. Por esta razón, la preferencia de Dios tiene que inclinarse ante Su sabiduría. Su corazón a menudo tiene que ceder ante su mejor juicio, y tiene que decir «No», en momentos en que anhela desesperadamente decir «Sí».

De modo que estamos seguros al comprometernos con Su voluntad. Debido a su infinito amor, tan a menudo como le sea posible, nos dará las cosas que le pedimos. Él nos evitará tanto sufrimiento como sea posible. Pero debido a su gran sabiduría, también rechazará nuestras

peticiones cuando interfieran con nuestro bien mayor. Podemos acudir a Él con confianza, y orar: «Hágase tu voluntad».

CAPÍTULO 15: ORACIÓN Y TESTIFICACIÓN

Es imposible tener una vida de oración significativa, por mucho tiempo, sin involucrarse en el servicio, y es imposible estar involucrado en un servicio significativo, por mucho tiempo, sin involucrarse en la oración. Ambos dos son inseparables.

Muchos han tenido el estereotipo de ser testigos, alguien que va por la calle tocando timbres, y hablando de religión con personas que nunca habían visto. Pero el trabajo en el servicio cristiano de la vida, el testimonio y la predicación, puede implicar diversos métodos. Lo importante es trabajar. Una de las principales razones por las que la vida de oración se ha convertido en poco más que una forma para muchas personas es que no se han involucrado en el servicio y el trabajo para los demás.

Nota la historia de la alimentación de los 5000:

«Cuando alzó Jesús los ojos, y vio que había venido a él gran multitud, dijo a Felipe: ¿De dónde compraremos pan para que coman estos? Pero esto decía para probarle; porque él sabía lo que había de hacer. Felipe le respondió:

Doscientos denarios de pan no bastarían para que cada uno de ellos tomase un poco. Uno de sus discípulos, Andrés, hermano de Simón Pedro, le dijo: Aquí está un muchacho, que tiene cinco panes de cebada y dos pececillos; mas ¿qué es esto para tantos? Entonces Jesús dijo: Haced recostar la gente. Y había mucha hierba en aquel lugar; y se recostaron como en número de cinco mil varones. Y tomó Jesús aquellos panes, y habiendo dado gracias, los repartió entre los discípulos, y los discípulos entre los que estaban recostados; asimismo de los peces, cuanto querían. Y cuando se hubieron saciado, dijo a sus discípulos: Recoged los pedazos que sobraron, para que no se pierda nada. Recogieron, pues, y llenaron doce cestas de pedazos, que de los cinco panes de cebada sobraron a los que habían comido.» (Juan 6:5-13).

Leamos el relato de Marcos, para conocer sus ideas sobre la relación de la oración con el servicio cristiano:

«Cuando ya era muy avanzada la hora, sus discípulos se acercaron a él, diciendo: El lugar es desierto, y la hora ya muy avanzada. Despídelos para que vayan a los campos y aldeas de alrededor, y compren pan, pues no tienen qué comer. Respondiendo él, les dijo: Dadles vosotros de comer. Ellos le dijeron: ¿Que vayamos y compremos pan

por doscientos denarios, y les demos de comer? Él les dijo: ¿Cuántos panes tenéis? Id y vedlo. Y al saberlo, dijeron: Cinco, y dos peces. Y les mandó que hiciesen recostar a todos por grupos sobre la hierba verde. Y se recostaron por grupos, de ciento en ciento, y de cincuenta en cincuenta. Entonces tomó los cinco panes y los dos peces, y levantando los ojos al cielo, bendijo, y partió los panes, y dio a sus discípulos para que los pusiesen delante; y repartió los dos peces entre todos. Y comieron todos, y se saciaron.» (Marcos 6:35-42).

Jesús «miró al cielo». (Hasta donde podemos decir, ¡Jesús oró con los ojos abiertos ese día! ¡Ojalá hubiera sabido eso cuando era niño! La culpa que solía tener si abría los ojos durante la oración era terrible. Tenemos nuestras propias tradiciones. ¿No es así? Probablemente tenemos tantas tradiciones como la gente en los días de Cristo, y ésta es una de ellas.) Pero Jesús no estaba operando independientemente aquí. Él logró todos Sus milagros a través de la oración, a través del poder que estaba sobre Él, y no a través del poder que estaba dentro de Él. Su vida de oración y servicio a los demás es un ejemplo para nosotros hoy.

¿Te hubiera gustado haber sido uno de los discípulos ese día? Si eran 5.000 hombres, y tenían 5000 esposas, y traían a sus 10000 hijos, ¿cuántas personas había en total? ¡Saca tu calculadora de bolsillo y descúbrelo!

Entonces, había doce discípulos. ¿Cada discípulo debía llevar comida a cuántas personas? ¡Más de 1500 cada uno! ¡Te gustaría que te dijeran que vendrían a cenar 1500 personas, y que la cena se serviría inmediatamente! ¿Puedes ver a los discípulos abriéndose paso entre la multitud, llevando las pequeñas cestas de pan y pescado? ¿Crees que tenían miedo de hacer el ridículo? Suena muy emocionante leer sobre esto, pero debe haber sido estresante para los discípulos, porque la siguiente vez que tuvieron la oportunidad de hacer lo mismo cuando los 4000 necesitaban comida, no estaban tan ansiosos por intentarlo de nuevo. De hecho, ¡se mostraron reacios y trataron de convencer a Jesús de no hacerlo!

Para la multitud, fue más emocionante. Es posible que hayan sido un poco más lentos que los discípulos para comprender la magnitud del problema que tenían ante ellos. ¡Tenían hambre, pero no esperaban cenar! No fueron puestos en aprietos como los discípulos, por lo que pudieron sentarse y disfrutar mucho más del milagro. ¿Te

imaginas entre la multitud? ¿Te imaginas observar el progreso de los discípulos, preguntándote si aún quedan algunos para cuando llegue tu turno? ¡Quizás hayas experimentado algo así, en una cena compartida! Pero efectivamente, había pan para todos. Nadie quedó fuera. No sólo todos tenían mucho para comer, sino que sobraron tantas cestas como discípulos.

Y LA MORALEJA DE LA HISTORIA ES...

Esto no sólo fue un milagro que suplió las necesidades de la multitud hambrienta, allí en Galilea, sino que también fue una parábola actuada. Hay al menos siete principios relacionados con la oración y el trabajo que podemos aprender de esta historia.

No podemos dar a los demás lo que nosotros mismos no poseemos. ¡Esa es una cita, por cierto! Se encuentra en «El Discurso Maestro de Jesucristo», página 37: «No podemos dar a los demás lo que nosotros mismos no poseemos». ¡Uno de los problemas que muchos de nosotros hemos tenido al tratar de ser testigos de Cristo, es que no hemos experimentado nada sobre lo cual testificar! Si no hemos probado y visto que el Señor es

bueno, tendremos verdaderos problemas para describir esta experiencia a otra persona. Si nunca has probado el pastel de fresas, o incluso has visto el pastel de fresas, te resultará difícil compartir con alguien más, cómo es el pastel de fresas. No podemos dar a los demás lo que nosotros mismos no poseemos.

Estamos obligados a dar a los demás lo que nosotros mismos no poseemos. A primera vista, estos dos primeros puntos parecen contrarios, ¿no es así? No puedes darle a otra persona lo que tú mismo no tienes, ¡pero debes hacerlo! ¡Curiosamente, así es! Los discípulos, el día que fueron alimentados los 5000, no tenían pan suficiente para alimentar a la multitud. De hecho, los propios discípulos no tenían nada de pan, el niño tuvo que ayudarlos, ¡incluso para empezar! Entonces, Jesús les dijo: «Dadles de comer». ¡Qué orden tan imposible! No podrían dar pan a la multitud si ellos mismos no tenían pan, pero eso es exactamente lo que se les pidió que hicieran.

Los discípulos debieron haber tenido cierto grado de fe para poder participar en el servicio ese día, en la ladera de la montaña. Pero mientras trabajaban en unión con Aquel que levantó Sus ojos al cielo, de alguna manera ocurrió el milagro. Ésa es siempre la fuente de suministro

para las necesidades de quienes nos rodean. Primero, tenemos que recibirlo para poder darlo. Y luego, confiando en Aquel que tiene la abundancia, podemos dar a los demás lo que nosotros mismos no poseemos.

Sólo podemos impartir lo que recibimos de Cristo, y sólo podemos recibir lo que impartimos a los demás. Esa cita es de «El Deseado de todas las gentes», página 370. A medida que continuamos impartiendo, continuamos recibiendo, y cuanto más impartimos, más recibiremos. No podemos dar más de lo que recibimos, ni podemos recibir más de lo que damos. Cuanto más daban los discípulos, más tenían para dar. Ese es siempre el método de trabajo de Dios. Incluso cuando se trata de diezmos y ofrendas, obtenemos más, al dar lo que tenemos. Es un principio que el mundo no entiende, pero es uno de los principios más grandes del reino de Dios.

¿Quieres involucrarte en la testificación y el servicio? Extiende lo que tienes en la mano ahora mismo, y cuando lo hagas, recibirás más. Si atesoras lo que tienes ahora, lo perderás.

El que no hace más que orar, pronto dejará de orar. Elena de White dijo una vez:

«Dios no quiere decir que alguno de nosotros deba volverse ermitaño o monje, y retirarse del mundo para dedicarnos a actos de adoración. La vida debe ser como la vida de Cristo, entre la montaña y la multitud. El que no hace más que orar, pronto dejará de orar, o sus oraciones se convertirán en una rutina formal. Cuando los hombres se alejan de la vida social, de la esfera del deber cristiano, y de llevar la cruz; cuando dejan de trabajar fervientemente para el Maestro, que trabajó fervientemente para ellos, pierden el tema de la oración, y no tienen ningún incentivo para la devoción. Sus oraciones se vuelven personales y egoístas. No pueden orar con respecto a las necesidades de la humanidad, o la edificación del reino de Cristo, implorando fuerza para trabajar» (El Camino a Cristo, página 101).

La oración es esencial. La oración es el punto de partida. Cristo no envió a sus discípulos con los cinco panes y los dos peces, y luego comenzaron a orar. Para empezar, se tomó el tiempo para orar. Pero Él no se detuvo ahí. Él no oró, y luego esperó que cayera maná del cielo sobre el regazo de la gente. La oración y el trabajo siempre van juntos. La oración, por sí sola, no es suficiente.

Si la obra es de Dios, Él proporcionará los medios. No es nuestro problema proporcionar los recursos suficientes para realizar la obra de Dios. Este nunca ha sido nuestro problema, y nunca lo será. Ése es el departamento de Dios.

«Los medios que poseemos pueden no parecernos suficientes para el trabajo, pero si avanzamos con fe, creyendo en el poder todo suficiente de Dios, se abrirán ante nosotros abundantes recursos. Si la obra es de Dios, Él mismo proporcionará los medios para su realización. Él recompensará la confianza honesta y sencilla en Él. Lo poco que se utilice, sabio y económicamente en el servicio del Señor del cielo, aumentará en el mismo acto de impartirlo. En la mano de Cristo, la pequeña provisión de alimentos permaneció intacta, hasta que la multitud hambrienta quedó satisfecha. Si acudimos a la Fuente de toda fortaleza, con nuestras manos de fe extendidas para recibir, seremos sostenidos en nuestro trabajo, incluso en las circunstancias más adversas, y podremos dar a otros el pan de vida» (El Deseado de Todas las Gentes, página 371).

No se trata simplemente de pan. De hecho, cuando Jesús alimentó a la multitud, no les estaba ofreciendo sólo pan. No entendieron el punto, y vinieron buscando más

comidas gratis, y Jesús los reprendió. Él dijo: Estás aquí sólo por los panes y los peces.

La promesa es que cualquier recurso que se necesite para llevar a cabo la obra de Dios, ya sea temporal, física, o espiritual, se proporcionará mediante el mismo método. Si la obra es Suya, Él proporcionará los medios para realizarla, sin importar qué medios se necesiten.

Estamos invitados a llevar nuestros panes de cebada a Jesús. Cuando Andrés comenzó a mirar entre la multitud para ver cuánta comida había disponible, lo que el niño que encontró tenía, no parecía demasiado impresionante. No tenía mucho. Pero cuando le llevó lo que tenía a Jesús, de repente le sobraba.

En el mundo actual, existe un experto en todos los campos que puedas imaginar. El procedimiento correcto para las operaciones de grandes empresas es llamar a los expertos. Cuando tenemos problemas, se considera una buena inversión, pagar todos los gastos de viaje y otros gastos para que los profesionales lleguen a la ciudad.

¡El reino de Dios funciona según el mismo principio!
¡Estamos invitados a llamar al experto! Pero a veces nos confundimos acerca de quién es realmente el experto. Escucha estas palabras:

«Cuando la pregunta llega a tu corazón: «¿De dónde compraremos pan para que coman éstos?», que tu respuesta no sea respuesta de incredulidad. Cuando los discípulos oyeron la dirección del Salvador: «Dadles de comer», todas las dificultades surgieron en sus mentes. Preguntaron: ¿Iremos a las aldeas a comprar comida? Entonces ahora, cuando el pueblo está privado del pan de vida, los hijos del Señor preguntan: ¿Mandaremos traer a alguien de lejos para que venga y los alimente? Pero ¿qué dijo Cristo? «Haz que los hombres se sienten», y allí les dio de comer. Comulga con Él. Lleva tus panes de cebada a Jesús» (El Deseado de Todas las Gentes, páginas 370 y 371).

Los discípulos pensaban que las aldeas eran la fuente del pan, ¡cuando el Pan de vida estaba justo a su lado! A veces pensamos que otros en la iglesia tienen la sabiduría necesaria. Pero no tenemos que obtenerla de otros, podemos acudir a la Fuente de la sabiduría, y Él suplirá nuestras necesidades con la misma disposición que suplirá las de ellos.

Cuando veas las necesidades de quienes te rodean, no intentes delegar la responsabilidad. Estás invitado a la Fuente de toda fuerza. Trae tus panes de cebada a Jesús. Él está dispuesto y esperando para bendecir.

El servicio y la testificación nos impulsan a la oración. Nada te hará más consciente de tu desesperada necesidad de ayuda desde arriba, que involucrarte en llegar a los demás.

«Si vas a trabajar como Cristo desea que sus discípulos lo hagan, y ganas almas para Él, sentirás la necesidad de una experiencia más profunda, y un mayor conocimiento de las cosas divinas, y tendrás hambre y sed de justicia. Suplicarás a Dios, y tu fe se fortalecerá, y tu alma beberá tragos más profundos del pozo de la salvación. Encontrar oposición y pruebas te llevará a la Biblia y a la oración. Crecerás en la gracia y el conocimiento de Cristo, y desarrollarás una rica experiencia» (El camino a Cristo, página 80).

La oración se vuelve obsoleta sin servicio. El estudio bíblico se vuelve aburrido sin servicio. Tu vida devocional se convertirá en nada más que una rutina y un ritual, si no te involucras en compartir con los demás lo que estás recibiendo de Dios. Dejarás de recibir, si dejas de dar.

Y cuanto más te acerques, más crecerá y florecerá tu vida de oración. ¿Quieres una vida de oración más significativa? Encuentra maneras de regalar lo que has

estado recibiendo de Él, y estarás preparado para recibir más abundantemente Sus dones.

CAPÍTULO 16: ORACIÓN Y ALABANZA

¿Cómo te sentirías si alguien se acercara a ti y te dijera: «Oh, gracias. Muchas gracias. Simplemente no puedo empezar a agradecerte. Eres tan maravilloso. Eres genial. ¡Un millón de gracias!»? Puede que te avergüences un poco si alguien fuera tan entusiasta, pero ¿no te gustaría preguntar: «¿Gracias por qué?»

¿Y si respondieran: «No lo sé? ¡Pero muchas gracias!» Cabría preguntarse si no están locos.

El principio más importante para alabar y dar gracias a Dios es que tiene que haber contenido. Tiene que haber algo más al alabar que simplemente decir «Aleluya», una y otra vez. La alabanza y la acción de gracias deben ser una respuesta a bendiciones específicas o evidencias de Su amor, no sólo palabras vacías.

Salmo 47:7 dice: «Cantad alabanzas con entendimiento». A Dios sólo le interesa la adoración que viene del corazón. En su libro «Discípulo», el autor pentecostal Juan Carlos Ortiz escribe:

Para enseñar a mi congregación acerca de la alabanza, comencé a interrogarlos. Cuando alguien dijo: «Alabado

sea el Señor», dije: «Espera un momento. ¿Por qué alabas al Señor?»

«Bueno, alabo al Señor porque... eh, bueno...» No lo sé.

Alguien más dijo «¡Aleluya!»

Y yo dije: «¿Por qué dijiste Aleluya?»

«Bueno, dije Aleluya porque... uh, bueno...»

«¡Dijiste Aleluya porque eres pentecostal! Por eso lo hiciste. Es parte de nuestro camino. Es por eso.»

David dijo: «Alabadle por sus maravillas». No hemos hecho eso. Hemos llegado a la iglesia con carretillas llenas de cajas envueltas, atadas con bonitas cintas y grandes cartulinas, que dicen: «Aleluya», «Alabado sea el Señor», «Gloria a Dios» y «Amén.» Y los pastores han dicho: «¡Qué gente maravillosa! ¡Vienen a la iglesia con tantas alabanzas!» Y todas las cajas han sido llevadas al altar. Pero cuando Dios ha abierto todos sus regalos, no ha encontrado nada en su interior.»

¡Los adventistas del séptimo día ni siquiera traen las cajas! Creemos en ser mucho más clementes con respecto a nuestra religión. Puede que no digamos las palabras con

tanta frecuencia, pero podemos ser igual de inconscientes de las bendiciones de Dios.

Independientemente de tu método para alabar a Dios, ya sea que te resulte fácil decir: «Alabado sea el Señor» o si le agradeces en privado, para que sea significativa, la alabanza y la acción de gracias deben tener contenido. Debemos hacer que nuestra alabanza sea específica, y ¿no hay muchas bendiciones específicas por las cuales alabar a Dios? ¡Seguro que las hay!

CONCEPTOS BÁSICOS DE LA ORACIÓN

La alabanza no debe ser una rutina formal. La alabanza es una cosa individual. Mi método puede ser completamente diferente al tuyo, y el tuyo puede ser diferente al de otra persona.

Todavía recuerdo con placer al estudiante de seminario, que asistió a una semana de oración que mi hermano y yo llevamos a cabo en la Universidad Andrews. Este estudiante de seminario se sentó en la última fila. Tenía una voz profunda. No dijo, «Aleluya», ni «Amén». No se quedó sentado en silencio escuchando. Él dijo: «¡Está todo bien!» ¡Era su manera y me gustaba!

Aquí hay un párrafo de El Ministerio de Curación:

«Nuestra confesión de Su fidelidad es el instrumento elegido por el Cielo para revelar a Cristo al mundo. Debemos reconocer su gracia tal como se dio a conocer a través de hombres santos de la antigüedad, pero lo que será más eficaz es el testimonio de nuestra propia experiencia. Somos testigos de Dios cuando revelamos en nosotros mismos el funcionamiento de un poder que es divino. Cada individuo tiene una vida distinta de los demás, y una experiencia esencialmente diferente a la suya. Dios desea que nuestra alabanza ascienda a Él, marcada con nuestra propia individualidad. Estos preciosos reconocimientos para alabanza de la gloria de Su gracia, cuando están respaldados por una vida cristiana, tienen un poder irresistible que obra para la salvación de las almas» (El Ministerio de Curación, página 100).

Nota el énfasis sobre la individualidad de nuestra alabanza. ¿Tienes tu propio método único para alabar a Dios? «¡Eso está bien!» Aquí hay algunas otras buenas ideas sobre la oración y la alabanza.

No alabamos a Dios lo suficiente. Israel experimentó la liberación de Dios, una y otra vez. Recibieron bendición tras bendición de Él, pero rápidamente olvidaron lo que

había hecho por ellos. En lugar de ofrecer alabanzas, ofrecieron quejas (ver Salmos 105 y 106).

Se nos dice que, si alabásemos a Dios cada vez queuviésemos una evidencia de su amor y cuidado por nosotros, lo estaríamos alabando continuamente. Es muy fácil, en cambio, dar por sentadas Sus bendiciones, ¿no es así?

Estamos invitados a alabar en los buenos y en los malos momentos. No tenemos que esperar para alabar a Dios hasta que suceda algo bueno. Estamos invitados a alabarle cuando las cosas van mal. «Alabado sea el Señor incluso cuando caigas en la oscuridad. Alábalo incluso en la tentación» (2TPI, página 593).

Pero ¿por qué querrías alabar a Dios cuando las cosas van mal? ¿Qué puedes encontrar entonces para alabarle?

Se cuenta la historia de un viejo predicador que un día caminaba hacia la ciudad, y se encontró con un ladrón que le quitó todo lo que tenía. Esa tarde escribió en su diario: «Hoy me han robado, y alabo a Dios por las siguientes razones: primero, porque nunca me habían robado. Segundo, que, aunque tomó mi dinero, no me quitó la vida. Tercero, aunque tomó todo lo que tenía, ¡no fue

mucho! Y cuarto, doy gracias porque fui yo quien fue robado, y no yo quien robó.»

Incluso, en los momentos más oscuros de nuestras vidas, podemos estar agradecidos por la luz que hemos tenido antes. Podemos estar agradecidos por la luz que se nos promete en el futuro. Y podemos estar agradecidos por Aquel que permanece con nosotros, incluso en la oscuridad. Quizás no podamos sentir Su presencia, pero podemos saber que Él está ahí.

La alabanza es un deber tanto como la oración. ¡Probablemente lo reconozcas como una cita! Es de «Palabras de Vida del Gran Maestro», página 299. ¿Te gusta el sonido de la alabanza que se ofrece como un deber? ¿Qué tal la oración que es un deber? ¡A veces consideramos la palabra «deber», como algo malo! ¿Pero es el deber una mala palabra? Elena de White añade esta iluminación al deber:

«Cuando la mirada se fija en [Cristo], la vida encuentra su centro... El deber se convierte en deleite, y el sacrificio en placer» (La Educación, página 297).

No afrontamos el deber con los dientes y la mandíbula apretados. Ponemos nuestra atención en contemplar a Cristo y conocerlo. Entonces, podemos reformularlo en

nuestra propia experiencia: «La alabanza es tan deleitante como la oración».

CÓMO ALABAR A DIOS

Hay varias maneras de alabar a Dios. Si estás buscando tantas maneras como sea posible de hacer que tu experiencia de alabanza sea un deleite, tal vez quieras considerar algunos de los métodos utilizados por otros en su adoración a Dios.

Podemos alabar a Dios con canciones. Pablo y Silas usaron este método cuando estaban en la cárcel. ¿Recuerdas el resultado? Dios respondió a sus alabanzas de una manera espectacular.

Una vez conocí a dos estudiantes del Colegio Unión del Pacífico, que habían estado involucrados en la brujería. Habían experimentado el milagro de la conversión. Les pregunté: «¿Los espíritus vuelven a molestar, alguna vez, ahora que ustedes se han convertido?»

Dijeron: «Oh, sí. Los reconocemos bien.»

«¿Y qué hacen cuando eso pasa?»

«Cantamos canciones de alabanza. Cuando cantamos canciones de alabanza, a los espíritus no les gusta. Tienen que irse. No pueden soportar escuchar.»

Hay poder en la alabanza. Quizás es por eso por lo que nos han dicho que el canto es parte de la adoración, tanto como lo es la oración. Los salmos a menudo tenían música, y están llenos de alabanza a Dios por lo que ha hecho por su pueblo en el pasado.

«Que la alabanza y la acción de gracias se expresen en cánticos. Cuando somos tentados, en lugar de expresar nuestros sentimientos, elevemos por fe un cántico de acción de gracias a Dios.» (El Ministerio de Curación, página 254).

Podemos alabar a Dios en privado. La oración no tiene que ser pública para alabar a Dios. También podemos alabarlo en privado. Si deseas expresar tu agradecimiento a algún amigo tuyo, no tienes que pagar una propaganda en el noticiero de la noche, ni publicar un anuncio en el periódico. Puedes hablar con esa persona personalmente.

Lo mismo se aplica a nuestra alabanza a Dios. En ocasiones querremos acerca de cómo Dios nos bendijo, a través de una declaración pública de acción de gracias.

Pero quizás la adoración y la alabanza más personales sean privadas.

«No oramos demasiado, pero somos demasiado pocos en dar gracias. Somos los receptores constantes de las misericordias de Dios y, sin embargo, qué poca gratitud expresamos, qué poco le alabamos por lo que ha hecho por nosotros» (El Camino a Cristo, página 103).

Podemos alabar a Dios al dar testimonio de lo que ha hecho por nosotros. Ésta es una de las razones por las que los cristianos deben testificar. Cuando compartimos con otros lo que Dios ha hecho por nosotros, a menudo se despierta su interés. Se sienten atraídos hacia Él, a medida que Él es elevado mediante nuestra alabanza.

A los endemoniados, que querían seguir a Jesús, se les dijo que regresaran a casa y contaran las grandes cosas que Dios había hecho por ellos. Esta vía de testificación está disponible para todos los cristianos. Puede que no seas hábil para presentar argumentos doctrinales, pero puedes decir lo que Él ha hecho en tu vida y, a menudo, ese testimonio causa más impresión que la que jamás podría causar una discusión teológica.

Podemos alabar continuamente. El Salmo 34:1 dice: «Bendeciré al Señor en todo tiempo; su alabanza estará

continuamente en mi boca. Y el Salmo 35:28 dice: «Mi lengua hablará de tu justicia y de tu alabanza todo el día.» La alabanza no debe limitarse a la iglesia o al dormitorio. La alabanza debe convertirse en una forma de vida. Se nos ha dicho que «oremos sin cesar»; ¡también se nos invita a alabar sin cesar! «Dios deseaba que toda la vida de su pueblo fuera una vida de alabanza» (Palabras de Vida del Gran Maestro, página 299).

¡La alabanza es un canto de batalla! Puedes leer sobre esto en 2 Crónicas 20. El enemigo venía, entonces Josafat convocó al pueblo a una reunión de oración. Ayunaron y oraron, y Dios les envió sus instrucciones, diciendo que salgan al encuentro del enemigo, guiados por un coro.

«Era una manera singular de ir a la batalla contra el ejército enemigo, alabando al Señor con cánticos, y exaltando al Dios de Israel. Esta era su canción de batalla. Poseían la belleza de la santidad. Si ahora se dedicara más a alabar a Dios, la esperanza, el valor, y la fe, aumentarían constantemente. ¿Y esto no fortalecería las manos de los valientes soldados que hoy defienden la verdad?» (Profetas y Reyes, página 202).

Nuestra tendencia humana, ante una crisis, es luchar por nosotros mismos, o tal vez, cuando vemos que no

podemos vencer, correr a Dios y suplicar su protección. Él quiere que acudamos a Él, en busca de liberación, y que podamos hacerlo como lo hicieron Josafat y su ejército, con cánticos de alabanza en lugar de súplicas llenas de temor y lágrimas. ¡Él honra la fe que lo alaba antes de ganar la batalla, no sólo después!

LOS BENEFICIOS DE LOS ELOGIOS

Los beneficios de los elogios son numerosos. La alabanza no sólo es buena para Dios, ¡es buena para nosotros! Ese es uno de los aspectos hermosos del reino de Dios. Él siempre se las arregla para devolvernos todo lo que le damos, ¡y con intereses! Cuanto más lo alabamos por sus bendiciones, más bendecidos somos. Observa algunas de las formas específicas, junto con los comentarios inspirados como referencia.

MÁS ALABANZA EQUIVALE A MÁS PODER EN LA ORACIÓN.

«Si la bondad amorosa de Dios provocara más acción de gracias y alabanza, tendríamos mucho más poder en la

oración. Abundaríamos más y más en el amor de Dios, y tendríamos más cosas por las que alabarle. Ustedes que se quejan de que Dios no escucha sus oraciones, cambien su orden actual, y mezclen alabanzas con sus peticiones. Cuando consideres Su bondad y misericordia, encontrarás que Él considerará tus necesidades.» (5TPI, página 317).

MÁS ELOGIOS EQUIVALEN A MÁS VICTORIA.

«El ejercicio de la alabanza «hace retroceder el poder de Satanás». Expulsa el espíritu de murmuración y queja, y el tentador pierde terreno» (Palabras de Vida del Gran Maestro, página 300).

«Si hubiera mucha más alabanza al Señor, y mucha menos recitación lúgubre de los desalientos, se alcanzarían muchas más victorias» (El Evangelismo, página 499).

MÁS ELOGIOS EQUIVALEN A MÁS FE.

«Si ahora se dedicara más a alabar a Dios, la esperanza, el valor y la fe aumentarían constantemente» (Profetas y Reyes, página 202; véase también El Ministerio de Curación, página 100).

MÁS ELOGIOS EQUIVALEN A MÁS EFICIENCIA EN EL SERVICIO.

«La eficiencia en Su servicio aumentaría enormemente, si se contaran Su bondad y Sus maravillosas obras en favor de Sus hijos» (Palabras de Vida del Gran Maestro, página 300).

MÁS ALABANZA EQUIVALE A MÁS ALMAS GANADAS PARA CRISTO.

«No se pueden emplear medios más eficaces para ganar almas para Cristo» (Palabras de Vida del Gran Maestro, página 300).

MÁS ELOGIOS EQUIVALEN A MÁS SALUD FÍSICA.

«Nada tiende más a promover la salud del cuerpo y del alma, que un espíritu de gratitud y alabanza» (El Ministerio de Curación, página 251).

MÁS ALABANZA EQUIVALE A UNA RELACIÓN MÁS CERCANA CON DIOS.

«El alma podrá ascender más cerca del cielo en alas de alabanza» (El Camino a Cristo, página 104).

MÁS ALABANZA EQUIVALE A MÁS GLORIA PARA DIOS.

«El que ofrece alabanza me glorifica» (Salmo 50:23).

¡Así que alabado sea el Señor! Alábalo por quién es, por su amor, misericordia, y bondad. Alábalo por lo que ha hecho en el pasado. Alábalo por lo que está haciendo por ti, hoy. Alábalo por la promesa de lo que hará en el futuro. Podemos alabarle no sólo con palabras, sino consagrándole todo lo que somos y tenemos.

¿Te gustaría ofrecer a Dios la mayor alabanza posible? La mayor alabanza es convertirse en canales consagrados a través de los cuales Él puede obrar (ver Los Hechos de los Apóstoles, página 566). ¡Estás invitado a hacerlo hoy!

CAPÍTULO 17: ¿POR QUÉ LAS COSAS EMPEORAN CUANDO ORAMOS?

Cuando comencé a buscar una relación personal con Jesús, había sido ministro durante tres años, y me había metido en grandes problemas. Durante tres años había dependido de sermones de otros. Había predicado a Richards, Fagal, Everson, mi padre, y mi tío. Pero no había poder, porque no conocía a Dios por mí mismo.

En mi desesperado estudio por encontrar una respuesta a mi problema, llegué a comprender la importancia del estudio de la Biblia y la oración, por mí, por mi propia alma, no sólo por mi trabajo. Comencé a apartar un tiempo todos los días para buscarlo, y quedé estupefacto al descubrir que todo iba mal. No sólo me enfrenté a más pruebas y problemas, sino que en realidad viví una vida peor que antes.

Entonces, lo dejé. Dejé de buscar a Jesús por mí mismo. Para mi sorpresa, ¡todo salió mejor! Mi reacción inicial fue: «¡Eso lo prueba! Este asunto de buscar a Dios no funciona.»

Pero al cabo de un par de semanas me sentí tan mal, que volví a cambiar de opinión. Dije: «Parece que, después de todo, necesito a Jesús». Nuevamente comencé a buscarlo, día a día, y nuevamente todo se derrumbó. Y lo dejé nuevamente, porque no estaba funcionando.

Odiaría admitir cuánto tiempo duró este ciclo. Algunos de nosotros somos lentos para aprender. Podemos enviar un mensaje alrededor del mundo, a una velocidad de 300 mil kilómetros por segundo, ¡pero no podemos transmitir el mismo mensaje a través de un cuarto de pulgada de un cráneo humano!

Me resultó fácil entender por qué el diablo obraba como lo había hecho. Era fácil ver por qué querría hacer todo lo posible para disuadirme de buscar una relación con Dios. ¿Pero dónde estaba Dios? ¿No era Él lo suficientemente grande como para evitar que sucediera este tipo de cosas? Esto fue un misterio durante mucho tiempo, hasta que un día la Biblia lo explicó claramente.

LA HISTORIA DE JOB

Me alegra decirles que encontré la respuesta a esta pregunta, cuando leí el libro de Job. Comencemos a leer en Job 1:6:

«Y hubo un día en que vinieron los hijos de Dios a presentarse delante del Señor, y vino también entre ellos Satanás.»

¿Qué estaba haciendo allí? Bueno, Adán se había vendido a Satanás, por lo que ahora Satanás reclamaba este mundo como su reino. Satanás estaba allí en el consejo del cielo, representando a este mundo.

«Y el Señor dijo a Satanás: ¿De dónde vienes? Entonces Satanás respondió al Señor, y dijo: De ir y venir por la tierra, y de andar por ella» (versículo 7).

En otras palabras, yo estoy a cargo allí abajo. La gente me sigue. Estamos parafraseando ahora, ¿entiendes? Dios dijo: «¿Crees que estás a cargo? ¡Espera un minuto! ¿Has considerado a mi siervo Job?»

¿Cuál fue la respuesta de Satanás? Él dijo: «¿Job? Parece que la razón por la que Job te sirve es por lo que obtiene de ti. Es obvio. Mira cómo lo has bendecido con ovejas, ganado, riquezas, hijos e hijas. A Job no le importas.

Él está detrás de las bendiciones. Si le quitaras las bendiciones, te maldeciría en tu cara.»

Así que el libro de Job comienza cuando Satanás agita su puño contra Dios, y le lanza un desafío. Dios estaba en un rincón. Debido a que ha conducido la gran controversia desde su mismo comienzo de tal manera que el diablo nunca podrá acusarlo de ser injusto, tuvo que dejar que Satanás intentara probar su punto.

Entonces, Dios retiró su protección de las posesiones de Job, y el diablo entró con destrucción. De la noche a la mañana le quitó todo lo que tenía Job. ¡Lo perdió todo excepto a su esposa, y ella debería haber sido la primera en irse! Satanás la dejó, porque ella lo ayudó en su plan, preguntándole a Job: «¿Por qué no maldices a Dios y mueres?»

Pero Job permaneció fiel.

Luego, llegó otro día:

«Aconteció que otro día vinieron los hijos de Dios para presentarse delante de Jehová, y Satanás vino también entre ellos presentándose delante de Jehová. Y dijo Jehová a Satanás: ¿De dónde vienes? Respondió Satanás a Jehová, y dijo: De rodear la tierra, y de andar por ella. Y Jehová dijo

a Satanás: ¿No has considerado a mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal, y que todavía retiene su integridad, aun cuando tú me incitaste contra él para que lo arruinara sin causa?» (Job 2:1-3).

En efecto, Dios le dijo a Satanás: «Tú dices estar a cargo allí en la tierra, y lograste convencerme para que te dejara probar el compromiso de Job conmigo, pero ahora que le has quitado todo, él todavía me sirve. Él sigue siendo fiel. ¿Como lo explicas?»

Satanás respondió: «Piel por piel, todo lo que el hombre tiene, lo dará por su vida» (versículo 4). En otras palabras, ¡dame una oportunidad! Necesito tocarlo. Déjame acercarme un poco más, y tenerlo.

Entonces, Dios dijo: «Está bien, adelante. Intenta demostrar tu punto, pero no lo mates.»

Entonces, Satanás preparó algunos forúnculos. Job estaba terriblemente afligido, con dolores y llagas desde la cabeza hasta los pies. Sus amigos vinieron a consolarlo, pero no lo hicieron bien. El resto del libro de Job registra el diálogo entre Job y sus amigos, y luego entre Job y Dios, mientras un verdadero hombre que amaba a Dios intentaba comprender lo que estaba sucediendo en su

vida. Se negó a darle la espalda a Dios, sino que luchó por comprenderlo.

Ahora bien, la historia de Job no es sólo una lección de historia. Apliquémoslo al presente.

JOB, PARTE 2

Te arrodillas y dices: «Voy a tener una experiencia personal con Dios, y buscaré tener una relación con Él. Me doy cuenta de mi necesidad. Voy a empezar a pasar tiempo con Él, día a día».

En ese momento, el diablo agita su puño hacia Dios, y dice: «¿Crees que esta persona te busca porque te ama? No es así. Él te busca por razones egoístas. Quiere que sus problemas se resuelvan. Quiere escapar del infierno. Quiere impresionar a otras personas con su buena vida. Él te está buscando, sí, pero por motivos equivocados. ¡Si me dejas atacarlo, puedo demostrarlo!»

Entonces, Dios dice: «Está bien, tienes permiso para intentar demostrar tu punto».

Entonces, el diablo entra con todo lo que tiene. Él te convierte en el objeto especial de la tentación. Él trata de

hacerte fracasar, fallar, y pecar. Trae problemas, angustia, y dolor. Él te recuerda todos tus fracasos pasados. Él trata de sobrecargarte con culpa, y todo con un propósito: quiere que dejes tu relación con Dios, porque sabe que entonces te tendrá, y eso hará que Dios también quede mal.

Sí, nuestro comportamiento a menudo empeora en lugar de mejorar, cuando empezamos a desarrollar una relación con Dios. Debido a que hacemos tantas cosas malas, somos tentados a olvidarnos de buscarlo. ¡Pero una de las mayores pruebas de que eres legalista, es si desechas tu relación con Dios debido a tu comportamiento! Buscar a Dios debe ser una respuesta de amor, por lo que Jesús ya hizo por ti en la cruz. Deberíamos estar motivados a buscar a Dios por su salvación, no sólo para controlar nuestro comportamiento. ¿Compras esto?

A veces la gente dice: «Sí, entiendo que es el diablo el que trae pruebas, aflicciones, y persecución. Pero ¿por qué Dios permite que viva peor que antes? ¡Eso no tiene sentido!»

Pero Dios está en el asunto de mostrarnos nuestras necesidades. No tiene que fabricar una necesidad para tener algo que mostrarnos, ya tenemos muchas

necesidades. Sólo tiene que arreglar las circunstancias, para que tomemos conciencia de cuáles son esas necesidades. Así, Él puede utilizar incluso los ataques de Satanás como una bendición, para revelarnos lo que es bueno para nosotros saber. Considere este comentario inspirado:

«Muchos de los que consagran sinceramente su vida al servicio de Dios, se sorprenden y desilusionan al encontrarse, como nunca, enfrentados a obstáculos y acosados por pruebas y perplejidades. Oran por tener un carácter semejante al de Cristo, por ser aptos para la obra del Señor, y se encuentran en circunstancias que parecen provocar toda la maldad de su naturaleza. Se revelan fallos cuya existencia ni siquiera sospechaban. Como el Israel de antaño, se preguntan: Si Dios nos está guiando, ¿por qué nos sobrevienen todas estas cosas?» (El Ministerio de Curación, página 470).

El autor continúa diciendo que «es porque Dios los guía que les sobrevienen estas cosas» (página 471). Él tiene el control, incluso cuando permite que el enemigo nos ponga a prueba hasta el límite.

Dios quiere que comprendamos la rebeldía de nuestro propio corazón, para que sintamos nuestra necesidad de

Su fuerza, en lugar de depender de la nuestra. Y en el proceso, Dios nos da la oportunidad de vindicarlo de las acusaciones de Satanás.

Entonces, verás, cuando comencé a buscar a Dios y todo salió mal, y dejé de buscar a Dios porque todo salió mal, ¿por qué lado estaba votando? De hecho, estaba demostrando que el diablo tenía razón, y él se recostó y se rio. Entonces, un día me di cuenta de que hay una gran controversia, y Dios tiene que permitirle al enemigo la oportunidad de desanimarnos de buscarlo. Y en el proceso, Él puede mostrarnos nuestro propio corazón, y ayudarnos a comprender lo que nos motiva. Entonces, podemos acudir a Dios en nuestra debilidad, y comenzar a pedirle que nos dé los motivos correctos, y la determinación para continuar buscándolo sin importar las circunstancias.

¡EL DIABLO NO ES DEMASIADO INTELIGENTE!

Si el diablo fuera tan inteligente como debería ser después de 6000 años de práctica, nos habría dejado en paz después de conseguir que desecháramos nuestra relación con Dios la primera vez. Si las cosas hubieran ido

tan bien el resto de mi vida, como lo hicieron los primeros días después de que dejé de buscar a Jesús, el diablo me habría tenido en la palma de su mano.

Quizás la falta de inteligencia no sea problema de Satanás. Se nos dice que la mayor evidencia de nobleza en un cristiano es el autocontrol. Si eso es cierto, y si el diablo es el opuesto número uno de eso, entonces la mayor evidencia de su falta de nobleza sería la falta de autocontrol. Entonces, tal vez no se trate de que Satanás no sepa hacer nada mejor. Quizás sea más bien que no puede controlarse. Él sabe que debería dejarnos en paz, ¡pero no puede obligarse a hacerlo! Puede esperar un par de semanas y eso es todo. Simplemente, tiene que venir hacia nosotros otra vez, esta vez solo por diversión. Y al final, nos pone de rodillas.

Cuando finalmente llega el momento en que nos cansamos de la relación intermitente con Dios, y seguimos buscando a Jesús sin importar lo que suceda en nuestras vidas, entonces la escena cambia. Entonces, podremos unirnos a Job para desempeñar un papel en la vindicación de Dios ante el universo. ¿Cómo crees que fue al final del libro de Job, cuando Satanás apareció en el cielo por tercera vez? Imagínalo conmigo.

Dios dice: «¿De dónde vienes?»

Satanás dice: «De andar de un lado a otro sobre la tierra. Yo estoy a cargo allí abajo, ¿sabes?»

Y Dios dice: «¿Has considerado a mi siervo Job? A pesar de todo lo que le habéis hecho, todavía mantiene su integridad.»

En este punto, el diablo se pone nervioso. Comienza a patear el polvo con los pies. Ha hecho todo lo posible, y no le queda nada que intentar.

Entonces, Dios continúa: «¿Será posible que Job me busque por amor, por lo que Mi Hijo hizo por él? ¿Será posible que haya aprendido a buscarme por amor, y no sólo por Mis bendiciones?»

Y el diablo se calla.

Tengan en cuenta que este conflicto se repite en cada alma. A cada uno de nosotros, se nos da la oportunidad de probar cuáles son nuestros motivos al buscar a Dios. Sólo recuerda que Job no quedó allí entre las cenizas, cubierto de llagas. Llegó el momento de la curación y, al final, Job fue bendecido con mucho más de lo que había tenido antes.

Job nunca supo lo que sucedía detrás de escena. Se nos ha contado la historia interna, pero a Job no. Simplemente fue invitado a seguir confiando en Dios, y nosotros podemos hacer lo mismo. Podemos tomar la decisión de buscar conocer a Dios, a través de la oración y del estudio de Su Palabra, día a día. Podemos optar por seguir buscándolo todos los días, hasta verlo cara a cara, independientemente de lo que suceda en términos de bendiciones recibidas.

«ME PREGUNTO SI LE VENDRÍA BIEN UN CABALLO»

Cuando vivíamos en el sur de California, cerca del Colegio de La Sierra, había un pequeño pueblo llamado Norco, que tenía más caballos que personas. Ni siquiera eras un ciudadano decente, a menos que tuvieras un par de caballos en el jardín delantero. ¡Creo que el alcalde de Norco era un caballo! Y cada adolescente de la ciudad debía tener su propio caballo.

Supongamos que un día, mi hija viene y me dice: «Papá, tengo entendido que te vas de viaje».

«Sí.»

«¿Puedo ir?»

Me preocupa que se esté desarrollando cierta distancia entre mi hija adolescente y yo, así que estoy encantado con su petición. Me digo: «¿Mi hija adolescente? ¡A ella todavía le gusta pasar tiempo conmigo!»

Entonces digo: «¡Claro! Eres bienvenida a venir.»

Entonces, comenzamos a caminar, y después de un rato ella dice: «¿Papá?»

«¿Sí?»

«Hay algo de lo que necesito hablar contigo.»

«Dime»

«Necesito un caballo.»

De repente, queda claro lo que tenía en mente cuando sugirió acompañarme en este viaje. Yo digo: «Lo siento, no puedes tener un caballo».

«¿Por qué no?»

«Bueno, no tenemos ningún lugar donde guardarlo. No podemos permitirnoslo. No tenemos a nadie que se encargue de ello, cuando estemos fuera de la ciudad. No sabemos nada sobre caballos.» Hay muchas buenas razones por las que no puede tener un caballo.

Las cosas se ponen realmente tranquilas. El tiempo pasa. Terminamos el viaje con ella, mirando por la ventana hacia un lado, y yo mirando hacia el otro lado. Cuando llegamos a casa, ella se va a la cama sin siquiera decir buenas noches.

Ahora, retrocedamos y rehagamos la historia. Ella dice: «¿Te vas de viaje?»

«Sí.»

«¿Puedo ir?»

«Sí».

Estoy emocionado. Mi hija adolescente: ¡todavía le agrado! Nos subimos al coche y emprendemos el camino. Hablamos. Reímos. Ella me cuenta algunas cosas que están pasando en la escuela. Comparto algunas cosas que están pasando con mi trabajo. Hablamos de nuestras alegrías, tristezas, y sueños. Ella ni siquiera me pide nada. Sólo hablamos. ¡Eso es genial!

Al final del día, ni siquiera sabemos dónde se ha ido el tiempo. Regresamos a casa, ella me da un beso de buenas noches, y se va a la cama. Voy a la cocina, y le digo a mi mujer: «Esto es fantástico. ¡A mi hija adolescente todavía le gusto! Me pregunto si le vendría bien un caballo.»

No quiero rebajar a Dios a nuestro nivel, y hacer que la ilustración «se ponga a cuatro patas», pero debido a la gran controversia y los problemas más importantes involucrados, nuestro motivo para acercarnos a Dios sí marca la diferencia.

Cuando se nos haya demostrado a nosotros mismos, al universo, y a todas las fuerzas del mal, que hemos trazado un círculo alrededor de nuestra relación con Jesús, y que nada nos impedirá buscar la comunión con Él, entonces, y sólo entonces, podrá Dios derramar Sus bendiciones de la manera que Él anhela hacerlo.